Vicente Medina

Aires Murcianos

Aires Murcianos

Vicente Medina

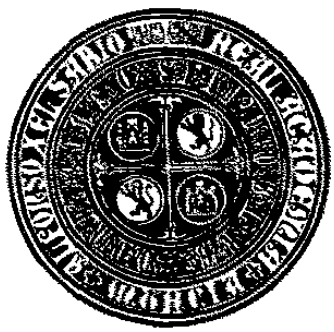
Aires Murcianos

(Recopilación Completa 1898-1928)

Edición y prólogo de

Francisco Javier Díez de Revenga

19.



REAL ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO

Biblioteca Murciana de Bolsillo

© Portada: Cuadro de José M.ª Sobejano («Dulce coloquio») 1873. Museo de Murcia (Bellas Artes)

© Edición de la Real Academia Alfonso X el Sabio
Avda. Alfonso X el Sabio, 9 - 30008 Murcia

Cuarta Edición: Junio - 2005

I.S.B.N.: 84-87408-40-0
Depósito Legal: MU-2433-1991

Impresión: Compobell, S.L. - Murcia

Francisco Javier Díez de Revenga

INTRODUCCION BIOGRAFICA Y CRITICA

INTRODUCCION BIOGRAFICA Y CRITICA

Al plantearse la Academia Alfonso X el Sabio la necesidad de que, en su Biblioteca Murciana de Bolsillo, figurara una obra o selección de textos perteneciente al poeta regional Vicente Medina (1866-1937), se ha preferido ofrecer al lector actual una edición completa de *Aires Murcianos* que, agotada hace muchos años, se considera la obra más representativa del poeta de Archena y una de las principales de la bibliografía regional. Frente a nuevas posibles antologías, en las que figurase una selección espigada de aquí y de allá, y, sobre todo, mejor que volver a realizar una obra ambiciosa en cuanto a lo que se pretende presentar pero realmente corta en su alcance, se ha optado por la reedición de una obra

completa, que por otra parte, responde a una labor constante y dilatada a lo largo de los años de la vida del poeta, no ya sólo por los retoques a que sometió sus creaciones, sino también porque así recogemos las sucesivas ampliaciones que Medina introdujo en sus *Aires Murcianos*. Porque la edición que publicamos no es otra que la preparada por el poeta e impresa en Rosario de Santa Fe en 1929, y que recoge poesías de 1898 a 1928, al tiempo que refunde numerosas ediciones de series diversas que fueron componiendo, a lo largo de ese período de años, sus *Aires Murcianos*.

Hay muchas razones para realizar este proyecto así y no de otra forma: oportunidad de presentar todos los *Aires Murcianos* a los lectores de hoy, que apenas conocen una decena de poemas, necesidad de volver a contar con un texto murciano fundamental; pero sobre todo hay una exigencia filológica que hace esta edición indispensable para un posible estudio o conocimiento del dialecto murciano, utilizado por el autor literario más fiel, más cercano a la realidad lingüística que lo produjo. Poder disponer de un texto como éste, difundido extensamente a través de una edición asequible, es una exigencia que la Academia no ha querido eludir, y por todo ello, *Aires Murcianos* pueden ver de nuevo, por primera vez en España completos, la luz.

La vida de Vicente Medina Tomás es una vida conocida, especialmente porque nuestro autor la relató en distintos lugares, y en particular en su libro *La canción de la vida* (1902), en cuyo prólogo da cuenta cumplida de sí mismo. Además, autores actuales han trazado o resumido las tribulaciones de esa vida intensa y aventurera, que, en la pluma de García Velasco, Barceló Jiménez y Medina Tornero ha quedado captada con detalle y acierto.

Nos cuentan estos biógrafos, y por supuesto el propio Medina, que nuestro poeta nació en el pueblecito ribereño del Segura, Archena, el 27 de octubre de 1866, en el seno de una modesta familia, relacionada, sin embargo, con el mundo de las letras, ya que su padre, leñador y molinero, jornalero de labranza y otros oficios, puso en 1875 un puesto de periódicos y libros en su pueblo natal: «A la necesidad de andar siempre entre libros y periódicos —nos dice Medina— se debió mi afición: yo leía mucho para matar el tiempo en mi pueblecito, y a los trece años ya había leído repetidas veces las obras de nuestros más populares poetas y novelistas, así como las de algunos extranjeros ya traducidos entonces: Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Narciso Serra, Campoamor, Núñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera,Trueba, Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Zola, Dickens, Julio Verne...»

Permanece en esta época una temporada en Madrid como servidor de un procurador de los tribunales, trabajo que abandona pronto para regresar a Archena y preparar oposiciones de auxiliar de telégrafos o de aduanas, que no llegó a realizar. A los 18 años, servicio militar en San Fernando de Cádiz, en el que llega a cabo de Infantería de Marina con destino muy pronto en la Capitanía General de Cartagena y, en los meses siguientes, a bordo de la «Numancia», realiza viajes a Barcelona, Baleares y, por fin, las islas Filipinas, en las que estuvo más de un año como voluntario. Allí publica sus primeros versos con seudónimo, y escribe, entre otros, un drama larguísimo y, por lo que de él dice su autor, compuesto de más de cinco mil versos en distintos metros.

El regreso a Archena a los 24 años, donde lo encontramos como dueño de un comercio de tejidos que se hunde pronto, no lo va a detener mucho tiempo en su tierra. Piensa en la emigración a Orán, y con esta

intención marcha a Cartagena, de la que, sin embargo, no saldrá en algún tiempo por haber encontrado trabajos estables en el Arsenal y en una oficina comercial perteneciente al dueño de dos periódicos cartageneros: *La Gaceta Minera* y *El Diario de Cartagena.*

En 1891 contrae matrimonio en Archena con Josefa, la que será personaje indiscutible de su poesía, con quien se traslada a vivir a Cartagena. En la vida literaria y artística de la ciudad la participación de Medina se hace notar: asiste a la tertulia del «Abanico» en la Calle Mayor, con Inocencio Medina Vera, Bartolomé Pérez Casas y, sobre todo, José García Vaso, que será su mentor y amigo. También publica colaboraciones literarias en *El Diario de Cartagena, El Republicano, El Mediterráneo, Cartagena, Las Noticias,* etc.

La primera publicación es el poema *El Náufrago,* que inaugura su bibliografía con su aparición en abril de 1895 y con un propósito noble y benéfico: socorrer con el producto de la venta a las víctimas del «Reina Regente». El poema tuvo buena acogida de la prensa y la crítica, aunque a Medina no llegó nunca a gustarle en exceso. Pero el poeta ya estaba metido de lleno en otra empresa de mayor alcance: la de sus *Aires Murcianos,* que surgían por un deseo de elevar la categoría del lenguaje de la huerta de Murcia, que él conocía de pequeño. Medina Tornero recoge en su biografía unas declaraciones del autor muy interesantes por referirse a la génesis de esta obra fundamental, tomadas de una entrevista realizada por *Las Ultimas Noticias* de Santiago de Chile, en 1930: «Se estrenó en Cartagena *María del Carmen* de Felíu y Codina. Esta obra pretendía ser una manifestación de la vida y costumbres huertanas. Desde muchacho me indignaba el uso cómico que se hacía del lenguaje huertano en las fiestas de carnaval. A este lenguaje, que llamaban "panocho" se le exageraba llenándolo

de barbarismos y extravagancias en los titulados "bandos", edictos que leía al público de propia voz una máscara disfrazado de alcalde rural. Fue entonces cuando, en total desacuerdo con esta interpretación del "panocho", me propuse escribir un drama huertano, que sería *El Rento*. Para prepararme empecé a hacer, a manera de bocetos, unos romances en lenguaje huertano. Así fueron naciendo: "La Barraca", "En la Cieca", "La novia del sordao"... que se publicaron en la revista "¿...?", y así nacieron mis *Aires Murcianos*».

Los meses siguientes son de intensa actividad. Estrena *El rento,* que tiene éxito entre sus amigos de Cartagena, lo publica y lo da a conocer a los críticos de los diarios nacionales de gran circulación. Uno de ellos, José Martínez Ruiz se convertirá, con una crítica muy elogiosa del drama de Medina, en uno de sus más encendidos admiradores y, sin duda en la persona que más contribuyó a que Medina y su obra fueran conocidas por toda España. Tanto es así, que el poeta, que había enviado a raíz de la positiva crítica de Azorín, todos sus poemas al ilustre escritor alicantino, volvió a recibir nuevos e intensos elogios y un gran estímulo para publicarlos en un librito. Así, aparece la primera edición de *Aires Murcianos,* impresa en Cartagena en 1898, e inmediatamente se reedita en Madrid, en la Biblioteca Mignon en 1899 y 1900. Las palabras de Azorín, sobre todo este tomito, sólo compuesto de trece poemas, son harto conocidas porque Medina las aireó a lo largo de su vida con frecuencia: «Aunque no escriba usted más, este diminuto volumen, que es de oro, bastará para colocarle a usted entre los grandes líricos de nuestro parnaso. Su poesía es de las pocas que conmueven hondamente. Diga lo que diga la prensa, puede usted tener la íntima convicción de que ha hecho una obra

de gran artista. Adelante. Le abraza. J. Martínez Ruiz (Azorín)».

A partir de este momento la vida literaria de Medina es muy intensa: estrenos teatrales con cierto éxito, de dramas y de obras musicales, publicación de numerosas obras, tanto en verso «castellano» como en prosa *(La canción de la vida, La canción de la muerte),* traducciones de sus *Aires Murcianos* al checo, etc. etc. Pero la penuria económica era el signo de su vida y el deseo de cambiar de aires se hace cada vez más patente para poder subsistir su familia y él. En 1906, diecisiete familiares suyos marchan a América, y a partir de ese día sus deseos de cruzar el Atlántico se van acrecentando hasta que ven realidad en los primeros días de 1908, cuando parte de Cartagena rumbo a Barcelona y Montevideo. La prensa local, la catalana y aun la suramericana se hacen eco de la emigración del poeta, que Unamuno anuncia en «La Nación».

La permanencia del poeta, primero en Buenos Aires y luego en Rosario de Santa Fe, permiten que vaya adquiriendo, a través de diversos empleos bien remunerados, un cierto bienestar económico, que le permite llegar a ser terrateniente. Su actividad literaria la reinicia bien pronto, aunque es a partir de 1915 cuando comienza de nuevo a publicar libros: *La Canción de la Guerra,* etc. Funda una revista, *Letras,* que dura cuatro años y, por ese tiempo, 1916-1919, regenta una escuela en la que ofrece veladas literarias y conferencias. Empieza a publicar sus obras completas en pequeños tomos que van saliendo con incorporación de numerosos inéditos y en 1924 abandona su empleo por enfermedad, para dedicarse a partir de entonces a las ediciones de sus libros, a su obra literaria y a sus negocios...

Recorrió entonces toda Suramérica dando recitales de sus poesías, de sus «Aires» argentinos, chile-

nos, etc..., y, aprovechando una invitación recibida para dar una conferencia en París, decidió volver a su tierra murciana, lo que vio hecho realidad en marzo de 1931, cuando, en olor de multitud, era recibido en la estación por las autoridades de su pueblo, por la prensa, por las gentes sencillas de su ciudad natal. Los periódicos de los días siguientes dan cuenta del regreso del poeta murciano, de los discursos desde el balcón municipal de su Archena, de la emoción de los trascendentales momentos para el viejo poeta. Las jornadas posteriores fueron de homenaje caluroso, culminado en unos juegos florales en el Teatro Romea de Murcia presididos por el autor de «Cansera», que pronunció un vibrante y emocionado discurso. También Cartagena, en el Ateneo, rindió a su ilustre habitante de otros tiempos la cumplida consideración.

Los años siguientes los pasa el poeta en Archena, donde ha comprado una casa y se ha instalado. Participa en la política republicana del momento y en las elecciones de 1936 interviene activamente en la campaña del Frente Popular haciendo defensa de la cultura para todos, del acercamiento de los pobres a los bienes de la enseñanza, de la educación: «enseñar, leer, dar libros, y después, hablar de política...»

En abril de 1936, aconsejado por sus familiares, abandona su ciudad y vuelve a la Argentina, a la que llega enfermo, y, al año siguiente, el 17 de agosto, muere en Rosario de Santa Fe, alejado de la tierra que fue el objeto de su poesía más personal.

La obra de Vicente Medina es bastante amplia y las ediciones que de ella hizo el poeta permitieron que fuese muy difundida en España y en América. El mismo Medina pasa a la historia de la literatura como uno de los escritores que con más cuidado ha vigilado las ediciones de su obra, que él mismo super-

visaba y, en algunos casos, ilustraba con fotografías propias.

La primera obra impresa, a la que nos hemos referido, fue *El Náufrago,* que como sabemos se trata de un extenso poema que, con el subtítulo de «Narración poética» apareció en Cartagena en 1895 con fines benéficos. Su calidad no es mucha, ya que se trata de una obra de principiante de escasos vuelos, aunque, eso sí, buenísima intención. Justo García Morales es uno de los pocos críticos que han hecho referencia a esta obra y creo que con acierto, al haber conseguido encuadrar su valor en la edad y la formación del poeta: «A nuestro juicio —escribe García Morales— no era otro ("el pecado de su publicación" de que se autoacusaba Medina) que la timidez y vacilación, la falta de personalidad, de la mayoría de los escritores que empiezan. Porque el poema de Medina no es malo, aunque él siempre lo desterró de las pormenorizadas listas de sus escritos posteriores, sino tan hinchado, pomposo y meditativo como la mayoría de los que entonces se aplaudían». En cualquier caso, la lectura hoy de esta obra sorprende más que otra cosa, al pensar cómo Medina pudo ser capaz de escribir unos versos tan recargados, tan «pomposos» como los que esta composición forman. Comparados con la sencillez y con la desnudez expresiva de sus «Aires», tales circunstancias se ven aun más desmesuradas.

Las obras poéticas siguientes en el tiempo fueron las tres ediciones casi inmediatas de *Aires Murcianos,* el libro, según Valbuena Prat, «más importante y personal de Vicente Medina». La primera de estas ediciones fue la de Cartagena de 1898, que llevaba el subtítulo de «primera serie» y el conocido prólogo de José Martínez Ruiz, que todavía no utilizaba el seudónimo universal de «Azorín». Las palabras del maestro de Monóvar son de comprensión y afecto

hacia el poeta de Archena: «sabe llegar al alma. Pinte escenas de la vega o fustigue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor». Y luego, las dos ediciones pequeñitas de la colección de la Biblioteca Mignón de Madrid, con dibujos de Medina Vera y extraordinario éxito popular. Los dos librillos aparecidos en tan poco espacio temporal constituyeron la popularización y divulgación máxima de Medina y de su arte, de su estilo de compositor de «aires» murcianos, lo que vino a convertirse en su máxima caracterización.

Pero Medina no quiso reducirse a esta poesía en lenguaje dialectal y buscó nuevos hoziontes en la poesía castellana, escrita en la lengua normalizada. El mismo 1900 apareció, también en Cartagena, *Alma del pueblo,* que ostentaba el subtítulo de «versos». En una pequeña introducción, Medina alude a que son creaciones primeras que no quiere que se pierdan: «Se notarán en él, con más abudancia que en mis trabajos posteriores, desaliños y rudezas, simplicidades o imprudentes arrebatos, tanteos de la forma, de las ideas, del género, influencia de ajenas lecturas...». Divide el libro en tres partes que responden a tres géneros distintos: cantares, estrofas y sectarias, que por supuesto constituyen diversas maneras de enfocar la creación poética. Los «cantares», en efecto, son estrofillas de tres o cuatro versos, a veces más, que tratan principalmente temas amorosos o de la guerra y la muerte, que tan dilectos fueron siempre a Medina. En lo que a las «estrofas» respecta, cabe señalar su carácter neorromántico, como ocurre, por ejemplo, en «Primaveral», artístico cuadro de riqueza cromática muy recargado. Todos estos poemas están presididos por un sentido de la tristeza y de los presagios de muerte y de dolor bien típicos de Medina, o por el fuerte sensualismo expresado con exageradas figuras literarias. Hay, entre éstos, un poema titulado

«Fúnebre» que recoge uno de los cuadros típicos de Medina, en el que se descubre un obrero con blusa negra y tres niños enlutados que acuden al entierro de la esposa y madre. El cuadro, con cierto sentido social, no puede ser más macabro y desolador. Por último, las «sectarias» son poemas en los que lo social con tono de reivindicación va en detrimento de lo poético.

La canción de la vida, publicado en Cartagena en ediciones de 1902 y 1903, constituye uno de los proyectos poéticos de Medina más ambiciosos, aunque quizá de los que peor han sufrido el paso del tiempo, ya que se trata de una colección de poemas de temática diversa basados en formas neorrománticas donde entran de lleno alguna de las características de Medina: ingenuidad expresiva, cierta tendencia al melodrama narrativo y, por supuesto, presencia de la reivindicación social en defensa del débil y del oprimido. También entra en juego el componente galante, la temática amorosa llevada con un inconfundible sabor de época, pero tales poemas, en una evaluación global, nos vuelven a indicar que Medina, al alejarse de su «especialidad» pierde mucho en lo que a expresión, espontaneidad y sinceridad líricas se refiere. Julián Viera, que ha analizado en un breve artículo esta obra, destaca la nota de tristeza como el componente más significativo del libro. «Aquí está, sin duda ninguna, el contrapunto de ese canto vital que el poeta realiza a los cuatro vientos en el libro. Por un lado tenemos las abundantes dosis de optimismo que el entorno le proporciona y con el que se identifica: campos, flores, ríos, mar, etc. Sin embargo, desde el comienzo hasta el final no le abandonará una acompañante fiel, que será, como se ha dicho, el contrapunto [...] El desarrollo de esta tristeza a lo largo de los versos y de los poemas nos muestra la actitud y postura que el poeta adopta frente a ella». Y,

en efecto, gran cantidad de estos poemas están presididos por el dolor, por la desolación: «Cómo hablan las madres» incide en la pena triste del dolor de los desaparecidos; «La caja linda» es de los poemas fúnebres basados en un típico y repetido efectismo en que todo es muy alegre para, de pronto y al final, convertirse en algo triste, lleno de dolor; «Las acacias» se convierte en poema de casa abandonada por la muerte y la marcha de sus moradores, dejando sólo la desolación; «Sin consuelo» se destaca como otro ejemplo de poema de muerte, que tan afines eran a la sensibilidad de Medina.

Una nueva serie de *Aires Murcianos* completa las obras poéticas que en estos primeros años, antes de su marcha a Argentina, aparecen en Murcia. Tal es *La canción de la huerta,* aparecida en Cartagena en 1905 y subtitulada «nuevos aires murcianes». La edición lleva «ilustraciones fotográficas del natural por el mismo autor» que son de gran interés ambiental y tipismo. Y, por último, antes de su marcha a América, aparece un gran libro, en 1908, con el título de *Poesía (Obras escogidas),* que venía a reunir la práctica totalidad de lo publicado en verso y, además, algunas nuevas composiciones hasta esa fecha inéditas. Se trata de un voluminoso conjunto que demostró hasta qué punto, en tan pocos años, Medina había escrito una obra ciertamente fecunda.

Antes de pasar al estudio del teatro publicado en esta primera etapa murciana, hay que citar el libro *La canción de la muerte* escrito en su práctica totalidad en prosa e ilustrado por su autor. El título es suficientemente expresivo y las preferencias ya manifestadas por nuestro poeta claras, para que el lector se pueda dar idea de su contenido, temática, estilo y significación.

Respecto al teatro, hay que señalar que Medina publicó entre 1898 y 1902 cuatro obras: *El Rento*

(1898), *¡Lorenzo!* (1899), *La sombra del hijo* (1900) y *El Alma del Molino* (1902), aunque Juan Barceló Jiménez, en su artículo sobre este teatro, señala otros títulos como *El canto de las lechuzas, Pedrín, La coplica triste, La sombra del hijo* y una zarzuela titulada *La Perla.* Algunas de estas creaciones pudo verlas estrenadas y con éxito de prensa, en el que se destaca el elogioso artículo de J. Martínez Ruiz en *El Progreso* el 22 de febrero de 1898, en cuyas líneas podemos leer estas palabras: «*El Rento* es una hermosa obra, un cuadro o canto, sentido, conmovedor, de costumbres campesinas... Un drama pasional, una pintura fácil de un medio... Es el drama del labriego, de la ruda gente del campo, embrutecida por el trabajo feroz de todo el día, explotada por el amo». En conjunto, la obra teatral de Vicente Medina no tiene sino el sentido, hoy, del testimonio de una época y de una realidad social. Medina, en su teatro, rendía también tributo al género de moda en este tiempo, al drama rural que brilló en los años últimos del XIX y primeros del XX. Pero el teatro de Vicente Medina no alcanza hoy el interés de una permanencia, aunque, como ha señalado Barceló Jiménez, «tiene aspectos positivos centrados en lo que ofrece de realismo y sinceridad, en la profundidad al tratar temas candentes de la vida de los huertanos, que pasan a ser tópicos en la obra del poeta».

Como sabemos, durante su estancia en Argentina, es a partir de 1915 cuando comienza de nuevo a publicar libros de poesía al abrir la serie americana con un libro de indudable actualidad, *Canciones de guerra,* muy acorde con los momentos por los que atraviesa el mundo envuelto en la Gran Guerra. Medina, que ya había tocado el tema del soldado, como hemos de ver, en sus *Aires Murcianos,* dedica ahora un libro completo al canto del dolor producido por la guerra. Se trata, como el mismo indicará, de una «piadosa

lamentación, queja angustiosa, protesta airada contra la locura sangrienta de los hombres». Frente al patriotismo hueco de los hombres, Medina, que evidentemente es un pacifista, propone algo totalmente distinto: «Cantemos la tristeza real de nuestra pobreza, de nuestra ignorancia, lleguemos al sentimiento puro y sencillo, único dignificador, y vayamos contra los que embaucan y calientan al inocente grandullón con sus achuchadoras, infladas, suicidas canciones». Y, finalmente, «nuestro libro es piadoso y llama a la paz, al perdón, a la fraternidad y a la abominación de los horrores, poniendo éstos de relieve crudamente».

Las obras de Medina siguieron publicándose en los años siguientes. Una nueva serie de *Aires Murcianos,* la titulada *Abonico,* apareció en Buenos Aires en 1917, y posteriormente una serie de obras medio religiosas, medio místicas, que nos revelan un Medina preocupado por temas distintos, que pasarán a sus obras completas. En estos años es cuando publica la revista *Letras,* a la que ya hemos hecho alusión. Con referencia a la colección de obras completas, hay que señalar que el poeta la fue realizando, siguiendo un orden por él inventado, muy personal, sin atender sino a criterios de agrupación temáticos. Llegó a publicar veintiséis volúmenes entre 1919 y 1927, algunos de los cuales —sobre todo las series de *Aires Murcianos*— eran nuevas ediciones con correcciones, nueva ordenación y adiciones de poemas. Puede verse en la relación que acompañamos en la bibliografía cómo en los subtítulos se advierte con claridad cuál era el contenido de tales volúmenes que solían ser de de pequeño tamaño y no mucho grosor. Entre estos libros aparecen algunos destacables, como *La Compañera,* vol. VI, que el poeta subtituló «Versos, poemas íntimos», y que no es otra cosa que una larga elegía a la muerte de Josefa, su mujer. Luis Valenciano Gayá ha dedicado un lúcido estudio a este libro

elegíaco relacionándolo con el libro elegía a *Dolores* de otro poeta murciano, Federico Balart.

Rafael García Velasco comenta las dificultades que el poeta pasaba para poder llevar a cabo esta labor editora de sus propias obras: «Lucha, denodadamente, con la falta de medios económicos para su empresa editorial. El mismo ha de distribuir los ejemplares para la venta entre libreros que tardan en liquidarle o le quedan a deber un dinero que le es muy necesario. El poeta Eduardo Flores, tan buen amigo suyo, es su corresponsal en Buenos Aires. Le escribe con frecuencia para que haga gestiones entre los libreros, para que acepten en depósito sus obras, y otras veces para que vea el modo de cobrarles lo que le adeudan, con lo que podrá continuar publicando más».

En 1928, vuelve a publicar en Murcia, esta vez la serie de *Aires Murcianos* titulada *¡Allá lejicos!...*, con el subtítulo de «nuevos aires murcianos», edición que supuso un nuevo contratiempo económico para el poeta, según recuerda el propio Velasco, que nos refiere que gran parte de la edición hubo de ser adquirida por un rico comerciante de la ciudad, José García Martínez, quien regaló los ejemplares «distribuyéndolos entre sus amigos, bibliotecas públicas y centros benéficos».

Su última obra publicada, dejando aparte la edición completa de *Aires Murcianos* de Rosario de Santa Fe, de la que volveremos a hablar, fue *Belén de Pastores y villancicos,* libro extraordinariamente curioso que nos da la medida de cómo andaba el poeta metido en política y en reivindicaciones sociales, para lo que cualquier cosa era motivo de reflexión. Medina habla en un pequeño prólogo de este libro impreso en 1932, de la presentación del libro destacando en él que la iglesia ha abandonado las costumbres tradicionales para buscar una renovación,

pero perdiendo la poesía. Eso es lo que le parece al poeta que ha ocurrido con las fiestas de Navidad, que ya no cuentan con las canciones y con los villancicos tradicionales. Por eso, él, en su libro, acomete la tarea de recoger todo tipo de poesías.

El libro contiene una colección de villancicos, en efecto, pero con un marcado aire social y político en el que Medina defiende a los pobres y a los oprimidos, sobre todo. Se allega el cristianismo a estos marginados y, al final, se incluyen dos panfletos sobre el cristianismo y los escritores e intelectuales de la República, sumamente curioso, pero, desde luego, un poco fuera de lugar.

Hemos dejado para el final de esta revisión biográfica y crítica las notas refentes a la obra que nos ocupa, a la que es objeto de nuestra edición: *Aires Murcianos* en su versión de Rosario de Santa Fe, que no sólo fue la definitiva de las preparadas por el poeta, sino también la única completa.

Conviene, en primer lugar, que recordemos cuál es la razón y sentido de esta edición completa, aspecto que nos refiere Rafael García Velasco, siempre tan bien informado en lo referente a ediciones y comercialización de las mismas por parte de Medina. Señala Velasco en uno de sus «Cuadernos Murcianos» que «en aquel viaje (se refiere a la llegada a Murcia de Medina en 1931) fue cuando trajo los ejemplares de *Aires Murcianos* de 1898 a 1928, encuadernados en piel de becerro, con cintas del mismo material, que llevan dibujos de su primo Inocencio y fotos en negro y color, hechas por el poeta, que iban pegadas en sus páginas. Esta obra empezó a imprimirla en cuadernillos, por su cuenta, en julio de 1927, los que no puso a la venta, y la terminó de imprimir en febrero de 1929 en la imprenta de Carlos Pignolo,

E. Zeballo 748, Rosario de Santa Fe. Luego, entre él y sus hijas, pegaron las fotos y dio los ejemplares a encuadernar a un artesano, los cuales iban encuadernados y con la firma autógrafa del autor».

La colección completa de *Aires Murcianos* nos ofrece la imagen más peculiar y característica de Vicente Medina, al que sin duda hay que reconocer una extraordinaria originalidad al crear esta poesía en tres frentes principalmente: en el aspecto filológico, al transmitir la más pura de las versiones literarias de la lengua de Murcia, del murciano, como dialecto del castellano; en el aspecto literario, al formalizar una serie de formas métricas populares y consagrar como tema todo el mundo sentimental y anímico del huertano con sus preocupaciones, sus inquietudes y sus reivindicaciones; y, por último, en un aspecto más amplio, en un sentido cultural, al haber legado, a través de *Aires Murcianos* el testimonio de un pueblo en un momento histórico clave, al haber sabido conjuntar las nociones de espacio (Murcia) y tiempo (crisis del 98 y principio de siglo XX) dentro de los límites de un claro determinismo histórico y paisajístico.

Porque *Aires Murcianos* da la medida de lo que Vicente Medina quería hacer en poesía y sobre todo como reflejo del sentimiento vital de su tierra, de sus campos y de la huerta que conoció de pequeño, alejándose del folklorismo hueco y adentrándose en el espíritu auténtico de las inquietudes de ese pueblo. Juan Barceló Jiménez así lo ha comprendido cuando ha escrito que «Medina es, ante todo, un poeta sentido, inspirado, sencillo y popular. Es el artífice fino y delicado que ha cantado la huerta y a Murcia, porque las ha sentido de verdad, las ha llevado en su corazón. De la Huerta, Medina ha extraído su temática, rica y compleja. Jamás resaltará el paisaje, sino como motivo de desolación para proyectar la vida de los personajes, como los del 98. Parece como si le intereeara

la vida con todas las amarguras que ésta lleva consigo, y como sujeto de esa vida el hombre, con sus reacciones, sus pesares, sus estados al enfrentarse con ella».

Vicente Medina, en sus constantes explicaciones sobre el sentido de su obra poética, frecuentemente alude a la necesidad de expresar el *sentido* del huertano, su forma de ser, sus tristezas y dolores y sus alegrías, cuando las hay. Prefiere esto a un pintoresquismo o a un tipismo afiligranado que no responde a la realidad, porque lo que el poeta quiere ante todo es transmitir la vida de los hombres y mujeres de la huerta. De ahí, su constante preocupación lingüística, su permanente atención a la fidelidad expresiva de sus poemas, que se acerquen al máximo a la expresión real del pueblo que trata de recoger en su obra. Y también característica es su preocupación por la permanencia, la conservación de ese lenguaje propio que se va perdiendo, según el poeta, por el «cosmopolitismo»: «con las tradiciones (costumbres, oficios, fiestas, vestimentas, muebles, alfarería, telares, etc.) —escribe Medina— se va la lengua».

Se ha dicho que la poesía de Vicente Medina es, ante todo, una poesía popular. Por eso es muy interesante constatar cuánto hay de verdad en esta afirmación desde un punto de vista métrico, cómo se incorpora a una poesía elaborada por el artista culto, toda una potente tradición de cantares populares, muchos de ellos anónimos. Asegurar y demostrar este aspecto en Vicente Medina es concederle con la mayor solvencia el merecido timbre de poeta popular. Justo García Morales fue uno de los críticos que más importancia dio a este aspecto: «Casi todos sus *Aires Murcianos* contienen coplas y cantares destacados del texto de cada composición. A veces resulta difícil determinar claramente si estas coplas y cantares los compuso él o los tomó de los que todavía corren de

boca en boca». Y en realidad, el lector verá que son numerosos los ejemplos en los que va a encontrar cancioncillas ya conocidas, que el propio poeta destaca en la disposición tipográfica. Así, «Santa Rita, Rita...», «En la cieca», «Santica», «A la ru ru mi nene», «Isabelica la Guapa», «La coplica muerta», y un largo etcétera. De toda esta cuestión, quizá el aspecto más atractivo, y el que dota a la poesía de una mayor autenticidad, está en la capacidad de fusión, en la fuerza de la unión entre lo popular y lo nuevo, entre lo tradicional y lo artístico creado por el poeta. Vicente Medina se enlaza así con una de las más genuinas tradiciones de nuestra literatura española potenciada en nuestro siglo XX por poetas tan distintos a él y por investigadores de la lírica medieval, del romancero...

Y en el tono popular que esta poesía tiene entra a formar parte, y muy importante también, la temática vital de cada uno de estos «aires». Medina señalaba: «He tocado todos los temas amorosos en pasiones violentas, muy propias de la región murciana y en otros aspectos también muy de allí: constancia, abnegación, ternura. Además, he recogido notitas salientes y pintorescas de costumbres, creencias y supersticiones, procurando recoger la palabra rara y curiosa y dar el ambiente y la visión de mi tierra.»

Por todo ello, percibimos en los poemas trozos de vida presididos por costumbres y tradiciones. En este sentido, tenemos que destacar la larga serie de composiciones que constantemente aparecen por aquí y por allá referidas a las relaciones amorosas, al galanteo, a los peligros y preocupaciones de una relación entre hombre y mujer donde con toda fuerza entra el componente de la «costumbre». «En la cieca», «Tempranico», «Palabrica», «Y la nena, al brazal», «Gracia de Dios», «Loco de remate» son poemas que nos ofrecen con gran expresividad la verdad de un

tiempo ya pasado, pero sobre todo la fuerza de un deseo en el que tanta importancia tiene el paisaje («Tempranico») con sus rincones («Y la nena, al brazal», «En la cieca»), con su enorme exuberancia contagiosa, vitalista. En este conjunto, destaca «Carmencica», que nos ofrece un buen ejemplo de la sensualidad huertana reflejado en la descripción de la moza. Se trata de un poema de honra popular simbolizada en el cántaro que se rompe, que se ajusta a una estructura poética repetida por Medina y, sin duda de clara extracción popular: el relato en estampas, en escenas que van sucediéndose y culminan en un final muchas veces inesperado, sorprendente. Obsérvese en este poema también la gran imaginación de Medina en la conjunción de las metáforas y símiles, sobre todo los que se refieren a los valores tradicionales de la mujer, y su comparación con la fruta. Y también la asociación tan constante del sentido de honradez que se conserva en el pueblo, en la aldea, frente a la pérdida de este valor moral en la ciudad. El final, como tantas veces, trae consigo a la muerte, tan presente en estos *Aires Murcianos,* de Vicente Medina.

Porque, indudablemente, una de las notas más características de toda la obra es el «sentimiento trágico de la vida», dicho en esta ocasión sin excesiva trascendencia. Medina, al captar el espíritu de este huertano, capta también su tremendo sentimiento de la muerte, capta la hondura de un patetismo vital que preside toda su existencia, que antes o después —muchas veces demasiado antes— ha de ser coronada por la muerte. Su sentido de inexorabilidad cala hondo en el espíritu de estos poemas, y por eso no es raro que sean muchas veces los niños los que la reciban ante el dolor y la desolación de sus mayores. Medina, en este aspecto, legó una verdad auténtica: el tremendo dramatismo de las gentes de Murcia ante la muerte, la fuerza de la desolación y la desespera-

ción de aquellos que ven llegar su irremediable presencia, ante la que aparece una rebeldía innata. Los ejemplos son numerosos: «Tate quietecica», «Santica», «A la ru ru mi nene», «Los tres nenes», «La cabecerica», «¡Ya ni el olorcico!», etc. Pero sobre todo «Santa Rita, Rita», que puede ser característico ejemplo del gusto por el contraste en la expresión de los contenidos poéticos: aquí, el deseo de tener la hija, la alegría de tenerla y el pesar de perderla, están expresados en cuatro tiempos. Es excepcional el canto de la alegría reflejado en los juegos de la criatura a cuyo fondo suena el tradicional sonsonete de «Santa Rita, Rita». El súbito zarpazo de la muerte producirá entonces el tan apetecido contraste, siempre presente en estos poemas de Medina. «Naíca», por su parte, también representa en este terreno otro ejemplo que debe ser tenido en cuenta por la riqueza episódica, por la expresividad de un estribillo que se repite, y, sobre todo, por la calidad en captación de sentimientos, particularmente en lo amoroso.

Quedaría, como tercer centro de atención, el tema de la guerra, muchas veces relacionado con los anteriores y expresado en numerosas creaciones de Medina: «Los níos solos», «El abejorrico negro», «La novia del soldao», «La carta del soldao», etc. etc., van dando cuerpo a ese sentimiento pacifista a que antes hemos aludido y que para Medina fue tan primordial que lo hizo objeto único de uno de sus libros: *La canción de la guerra.* No cabe duda que todo este asunto tiene mucho que ver con el momento de crisis en que se vive, ya que los días del 98 están cerca. Valbuena Prat destacaba, al relacionar a Medina con Maragall y la *Oda a Espanya,* en «La novia del soldao» «el mismo eco popular de la guerra y los hombres inútilmente perdidos... en otro tono, pero con la misma melancolía». Y Justo García Morales destacaba que «Vicente Medina, a diferencia de los escri-

tores considerados hasta ahora exclusivamente del 98, vivió personalmente el Desastre muy poco antes de que ocurriera, en su cara y en su cruz: podemos considerar que fue la cara para él, su voluntariado en Filipinas entre soldados heroicos, pero agobiados por las continuas e inútiles marchas y contramarchas a través de terrenos semejantes a la manigua, en los que no era raro que —así lo dice en su poesía *La carta del soldao*— «una bala matase a un hombre»; o que con frecuencia, con mucha frecuencia, se acabase en los destartalados barracones de los hospitales; allí, entre los delirios de las fiebres tropicales surgía —también de la misma forma que en otra composición suya, la «*Murria*»—, la llamada triste e imposible de la Patria lejana, materializada en el terruño y en los seres queridos que tan bien comprende y siente el hombre peninsular. La cruz penosa, la cruz auténtica, la vio sufrir a muchos padres, a todos los padres que de una manera parecida al viejo de *Cansera* se quejaban dolorida, pero virilmente. En otros casos, a las madres que, igual que la que oye zumbar «el abejorrico negro» monologaban atormentadas...». La larga cita es válida por cuanto aporta a la comprensión de Vicente Medina como cantor de la realidad de su tiempo, como componente del «otro noventayocho» que defiende García Morales.

Hemos citado, y dejado para el final, a «Cansera», el «aire murciano» más conocido de Medina. No cabe duda de que la poesía en cuestión representa el des aliento ante las adversidades que sufre el huertano desde muchos ángulos: guerra, hambre, sequía, muerte... Valbuena Prat ha destacado «la profunda melancolía, la inmersión en la inección por desesperación y dolor total en el que el poeta, además de referirse a casos concretos está a tono con el inmenso dolor inútil de los españoles conscientes de la generación del desastre». Por ello, «Cansera» viene a ser

el resumen de todo lo que Medina ha querido encerrar en su libro, todo lo que ha querido captar con ese aire dolorido, desolado, desesperanzado que concedió a su obra como representación de las gentes de un lugar y de un tiempo.

Cambia mucho el espíritu y la temática de *Aires Murcianos* cuando se entra en las partes finales del libro, es decir, las dos escritas en América: *Las cartas del emigrante* y *¡Allá lejicos!* correspondientes a series publicadas o escritas hacia 1917 y 1926. En la primera de ellas, Medina ofrece otra de las imágenes tristes del murciano y del español de la época, la presentada por el dolor de la emigración a lejanas tierras, abandonando el suelo natal, la familia, los amigos, etcétera. Los recuerdos, la añoranza, y, más genuinamente, la nostalgia presiden estas «cartas» de la emigración que vienen a convertirse en el tema con variaciones que constituirá esta serie. Las variaciones refieren los matices, los detalles, los momentos de una estancia alejada de la tierra. Otras veces, son los que se quedan los que cuentan el dolor y la tristeza al que ha marchado, como ocurre en el más lírico ejemplo de todos, el más simbólico y representativo: «Las golondrinas». Aparecen los temas habituales, como la guerra, y también las formas utilizadas a lo largo de todo el libro, como la interposición de cantares populares para sustentar la creación de la obra. Y como más destacable novedad figuran temas y motivos nuevos, procedentes del paisaje y la agricultura americanas. «La yarará» es el más significativo ejemplo, ya que incorpora a su canción dolorida, el sentido de crueldad de estas tierras nuevas, pero también la esperanza ante su esplendor. En este sentido hay que anotar también la presencia del léxico americano, aunque muy esporádicamente.

Los paisajes y parajes grandiosos asombran a Vicente Medina, que, ante las impresiones directas,

llega a producir poemas como «Dulce es el agua que corre», donde, junto a la tierra nueva, figura el indeleble recuerdo de la huerta murciana.

¡Allá lejicos! contiene fundamentalmente recuerdos, que comienzan por la expresión biográfica del poeta y de su pueblo natal, por la evocación de los rincones familiares que más adelante se completarán con el recuerdo de las fiestas, de Navidad, Reyes, Carnaval, Semana Santa que contienen un valor intrínseco, porque dan cuenta de tradiciones y leyendas que se pierden, y que en la memoria del poeta, alejado de su tierra, permanecen vivas. En este sentido hay que destacar el valor tradicional-popular de las canciones de trabajo ajustadas a un tipo ya establecido «La espigaora» y «Olivares» (canciones de siega y de vareo), que, con la tituldada «La almazara», adquieren un muy típico sentido de reivindicación social junto a su carácter de documento literario-costumbrista.

Pero las formas, los modos, las estructuras de estos *Aires Murcianos* permanecen, concediendo a la obra en conjunto una gran unidad, a pesar de lo dilatado en el tiempo, de las novedades introducidas en las partes finales. Un espíritu único, el acendrado murcianismo de su autor, su gran amor a la tierra, a los hombres y a las costumbres, que pudo mantener mejor que nadie por estar emigrado, da al libro su sentido, su valor de lección permanente que otras obras de Medina no han podido, sin embargo, mantener y entregar al lector de hoy.

La edición que ofrecemos sigue fielmente la de Rosario de Santa Fe de 1929, por ser la última establecida por el poeta, que, como él mismo confiesa había vuelto a versiones primitivas de algunos de sus poemas despreciando retoques posteriores. Reco-

gemos exclusivamente los poemas prescindiendo de las introducciones a cada parte, de los prólogos y de los votos de calidad muy conocidos ya por todos los lectores. Hemos conservado, sin embargo, muy fielmente las anotaciones lexicográficas que Medina introdujo en esta edición, cuando se despertó en él, ya en su vejez, una curiosa afición filológica nada despreciable. Por eso hemos mantenido estas referencias, algunas ingenuas, que pueden servir al lector poco avezado, al tiempo que colaboramos con Medina en su deseo de conservar la lengua popular murciana.

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

BIBLIOGRAFIA SELECTA

Ediciones de las obras de Vicente Medina (Poéticas)

El Naufragio. Narración poética, Imp. La Gaceta Minera, Cartagena, 1895.

Aires Murcianos (primera serie), prólogo de José Martínez Ruiz, Imp. La Gaceta Minera, Cartagena, 1898.

Aires Murcianos, ilustraciones de Medina Vera, Biblioteca Mignon, Madrid 1899.

Aires Murcianos, ilustraciones de Medina Vera, 2.ª edición con nuevas poesías y retrato del autor, Biblioteca Mignon, Madrid, 1900.

Alma del pueblo. Versos, Imp. Marcial Ventura, Cartagena, 1900.

La canción de la vida, Tip. El Porvenir, Cartagena, 1902.

La canción de la vida, 2.ª edición, Tip. El Porvenir, Cartagena, 1903.

La canción de la huerta (Nuevos Aires Murcianos), con ilustraciones fotográficas del natural por el mismo autor. Imprenta La Tierra, Cartagena, 1905.

Poesía: Obras escogidas, Librería Brant, Cartagena, 1908.

Canciones de la Guerra, s. l., 1914.

Abonico, s. l. [Rosario], 1917.

Aires Murcianos (reedición del tomito Mignon), Obras Completas, vol. 14, Rosario, 1923.

Abonico (Nuevos Aires Murcianos) (Las cartas del emigrante), Obras Completas, vol. 24, Rosario, 1926.

En la ñora (Aires Murcianos). Serie notablemente corregida, Obras Completas, vol. 25, Rosario, 1926.

¡Allá lejicos!... (Nuevos Aires Murcianos), Tip. de Jorge Valls, Murcia, 1928.

Aires Murcianos. Edición completa. Recopilación total de las ediciones Mignon, *La canción de la huerta, Abonico, En la ñora* y *¡Allá lejicos!...* (1898-1928), Imp. C. Pignolo Rosario de Santa Fe, 1929.

Belén de Pastores. Villancicos y milagros, G. Peña, Madrid, 1932.

Artículos sobre Vicente Medina

ALEMÁN SAINZ, Francisco: «Vicente Medina o el canto a la tierra», *Habitantes de Murcia,* Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1980.

BALLESTER, José: Prólogo a *Aires Murcianos,* Athenas Ediciones, Cartagena, 1970.

BARCELÓ JIMÉNEZ, Juan: «Literatura popular murciana», *Libro de la Huerta,* Ayuntamiento, Murcia, 1973.

BARCELÓ JIMÉNEZ, Juan: «Vicente Medina: notas a su vida y obras», *Murcia,* 8, 1976.

BARCELÓ JIMÉNEZ, Juan: «Notas sobre el teatro de Vicente Medina», *Azahara,* 7, 1980.

CENTENERO, Domingo: «Algo más sobre Vicente Medina», *Contraluz,* 17, 1962.

ESTRELLA SEVILLA, Emilio: «La canción del tonico triste», *Azahara,* 7, 1980.

GARCÍA GARRIDO, Carmen: «Vicente Medina en su obra», *Contraluz,* 41, 1966.

GARCÍA MORALES, Justo: «Vicente Medina y el otro 98», *Primera Semana de Estudios Murcianos,* I, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1961.

GARCÍA VELASCO, Rafael: «Vicente Medina», *Cuadernos Murcianos,* 25, 1976.

GEA ROVIRA, Manuel: «Vicente Medina Tomás: un murciano que amó apasionadamente a su tierra», *Idealidad,* 19, 1979.

GIMÉNEZ PRECIOSO, María: «Vicente Medina y Miguel de Unamuno a través del paisaje», *Murgetana,* 53, 1978.

LINAGE CONDE, Antonio: «Del epistolario de Vicente Medina a don Miguel de Unamuno», *Murgetana,* 44, 1976.

MEDINA TORNERO, Manuel Enrique: «Biografía de Vicente Medina», *Azahara,* 7, 1980.

MEDINA TORNERO, Manuel Enrique: «Bibliografía de Vicente Medina», *Azahara,* 7, 1980.

VALBUENA PRAT, Angel: «Vicente Medina y la generación del 98», *Murgetana,* 20, 1963.

VALENCIANO GAYÁ, Luis: «Federico Balart y Vicente Medina. Un análisis del amor y de la pena», *Anales de la Universidad de Murcia,* XV, 1956-57, y en *Estudios y ensayos sobre la vida y las vidas humanas,* Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1978.

VIERA, Julián: «Unas notas sobre Vicente Medina», *Azahara,* 7, 1980.

Vicente Medina

AIRES MURCIANOS

PRIMERA PARTE

LA CANCION TRISTE

La canción triste

De aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,
la gente en un corro
se apiña alrëor.

Páece que de tierras lejanas el probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y dulce la vos...
¡los ojos azules y hundíos, que miran

que dá compasión!...
De tóico lo que habla,
ni una palabrica, siquiá,[1] se entendió;
pero entorna los ojos y, triste,
canta una canción...
¡más triste!... ¡más triste!...
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas cantando que náide,
por aquello qu'ice, sabe lo que son:
unas palabricas llenas de amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...
pero por el dejo tan triste, ¡tan triste!
llega al corazón,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

Páece que habla mentando su tierra
y quereres que allí se dejó...
paéce que habla de hijos y que habla de nietos
y de algo que al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se güelve pa ande sale el sol,
y se vé que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su vos.

Mocicos y viejos
sienten la canción
del tonico triste,
como nunca de triste se oyó,
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

---

[1] Siquiera.

Los níos solos

De dolor píando,
que no hay quien los sienta,
están en el güerto los ruiseñorcicos...
azoräos vuelan
alrëor de sus níos en onde
ni siquiá un pajarico les quëa...
¡Qué píar y píar más amargo!...
¡dán una tristeza!...

•

De las cosas que esjarran el pecho,
te digo que es una pasar por la güerta.
¡ni siquiá un mocico!...
¡tóicos pa la guerra!...
¡las casas solicas!... ¡los padres llorando!...
¡se siente una pena!...

¡Santa Rita, Rita!...

I

Dame un hijico, Señor,
(la probe de Juana icía;)
dame un hijico, Señor,
pa contento de mi vida.—
Y tanto y tanto rogaba
y con tanta fé pedía,
que, escuchándola, el Señor
le dió, al remate, una hijica.

II

Y creció la nena,
que era de lo hermoso
que en el mundo había,
¡igual que un dibujo,
de tan rebonica!...
A la probe Juana
privá [1] la tenía...
La zagala corre,
la zagala blinca,
la zagala canta,
la zagala chilla...
¡qué aciones de vieja!
¡qué zalamerías!
Pos ¿y las palabras?
¡Ay, lo que sabía!...

III

Y gozando cuanto hay qué,
felís del tó con su hijica,
se estaba tirá en el suelo
la probe Juana tó el día,
haciendo con la zagala
locuras por divertirla...
pasando las horas muertas
embobá y embebecía... [2]
La zagala la caló,
y, encanándose [3] de risa,
tó lo que se le antojaba
a su madre le pedía;
y su madre, pos, ya ves,

---

[1] Cautivada.
[2] Embelesada.
[3] El «encanarse» se aplica también a la risa y al trompo cuando baila tan veloz que parece inmóvil.

le hubiera däo la vida.
Y era e ver a la zagala,
con ropa e mujer vestía,
arrastrando por el suelo
dista el pañuelo e Manila,
y era e ver cómo a su madre
la baba se le caía...
Pos aluego, «Trae la ropa,
que la arcemos [1], hija mía».
¡Que si quieres! ¡Miá que darla!
A röar [2] la mantellina,
y los vestíos de sea,
y tó lo que se ponía.
«¡Pero, trae la ropa, nena!»
¡Que si quieres! Risa y risa
y, chalando [3] el tó a su madre,
cantaba esta retahila;

«Santa Rita, Rita,
lo que se dá no se quita.»

Pos... y Juana la dejaba
y, en sus adentros, icía:
«Dios mío, ya que m'has däo
pa mi contento esta hijica,
no me la quites, Señor...:
Señor, Santa Rita, Rita!...»

---

[1] De alzar — guardar.
[2] Rodar.
[3] De chalar — trastornar el juicio.

IV

Pero como tó tié fin,
y antes que tó la alegría,
pa esesperación de Juana
se puso mala su hijica
y encomenzaron los llantos
y se acabaron las risas.
¡Ay, qué cuadro! ¡Si hubiás visto!
¡Qué tristeza y qué agonía!
Muriéndose de su mal
aquella crïaturica,
y al mesmo tiempo su madre
que de pena se moría.
Esvariändo las dos,
que era un dolor el sentirlas...
la probe Juana de angustia,
de calentura su hijica:
la zagala con los juegos
que con su madre tenía,
y saliendo en su trastorno
con aquella retahila:

«Santa Rita, Rita,
lo que se dá no se quita...»

Y la madre con la idea
de las gracias de su hijica:
d'aquellas palabras dulces,
d'aquellas alegres risas,
d'aquellas cosas de vieja,
d'aquellas zalamerías...
Y cá ves más la zagala
qu'ice «Santa Rita, Rita»,
y la madre, que ca ves
más loca al ver que su hijica
se le muere, y que el Señor

que se la dió se la quita,
sin que haiga pa ella consuelo,
y al son de la zagalica,
como iciéndoselo a Dios,
dice «¡Santa Rita, Rita!...»

A otras tierras

Eres probe y eres peña[1]
que por los suelos te ves,
y que vas ande le rulan
los que te dan con el pié.

Asina dice una copla
y es la verdá, como lo oyes.
¿Te acuerdas de Paco El Güeno,
como l'icen por el mote,
mote que á náide en el mundo
le coge como a él le coge?
Pues por el ramblizo abajo
va con su familia el probe...
tós con el hatico a cuestas,
en busca e tierras mejores
ande no morirse de hambre
manque[2] el trabajo los doble.

•

¿Ande irán a dar sus güesos?
¡Ni ellos mesmos saben onde!
icen que van a la mar
a pasarla aunque se ahöguen,
porque en la güerta se ahögan
por tós estilos los probes...

[1] Piedrecilla del camino.
[2] Aunque.

Quien[1] ir ande el pan no falte
y ande la gente no sobre,
por esos mundos de Dios
a buscar tierras mejores...
¡Mejores tierras! ¡Ya ves!
Me pienso que no lo logren.
¿Ande hay ná como la güerta
siempre entapizá de flores?
¿Ande hay ná como este suelo,
cuajäo de bendiciones,
en el que, por cá granico,
mil granicos arrecoges?
Las tierras no son las malas...
la maldá la tién los hombres:
los de arriba, porque llevan
acöraos[2] a los probes...
los de abajo, porque aguantan
que los otros los acoren.

•

¡Y es un dolor! Hay que ver
el cuadrico que componen
Paco y su gente. ¡Si van
que parten los corazones!...
¡Casi esnüos!... ¡En los güesos,
como el que ha tiempo no come!...
Con la cära ensombrecía
de penas y pesaömbres!...[3]
Más callaïcos y tristes
que el agua blanda que corre
por la arenica que pisan
y entre los juncos se esconden...

---

[1] Quieren.
[2] Sacrificados.
[3] Pesadumbres.

¡Llorando lágrimas que echan
más amargas que el salobre [1],
que la agüica del ramblizo
escupe en sus alreöres!

Naïca

I

La zagala estaba
töa encortaïca,
sin alzar los ojos,
la cara encendía,
trenzando los flecos
de su pañuelico
con las manecicas...
Con los ojos puestos
en la zagalica,
abonico [2] el mozo
su querer l'icía
con unas palabras...
¡qué güenas!, ¡qué dulces!
¡ay, qué palabricas!...
Daba gusto verlos,
¡qué pareja hacían!
Él, arriscaïco,
sin parar d'icirla...
Ella, con sus labios
siempre cerraïcos
sin icir naïca...

---

[1] Sal.
[2] En voz muy baja.

II

Al pié de la Virgen
hincáos de ruillas,
dempués vide al mozo
y a la zagalica...
los vide junticos
y echarles las cruces
pa töa la vida.
Si él, por lo arrogante,
privaba [1] la vista,
no sé por lo que ella
mejor me paecía:
si por lo compuesta,
si por lo modosa,
si por lo bonica...
Daba gusto verlos,
¡qué pareja hacían!
Él, arriscaïco,
sin parar d'icirla...
Ella, con sus labios
siempre cerraïcos
sin icir naïca...

III

¡Vide el ataulico [2]
con la zagalica!...
Al laïco el mozo
lloraba y gemía,
iciéndole lleno
d'angustia unas cosas
que el alma partían.

---

[1] Cautivaba.
[2] Ataúd.

Loco por la pena,
le toca temblando
las manos, la cara,
¡tan blancas! ¡tan frías!...
llamándola a voces,
esesperaïco:
«¡Nenica!... ¡Nenica!...»
Dolor daba verlos,
¡qué pareja hacían!...
Él, siempre llorando,
sin parar d'icirla...
¡Ella, con sus labios
siempre cerraïcos
sin icir naïca!...

El abejorrico negro

¡Más cerca me paece que está
el hijo mío,
cuando está más lenjos!
A töas las horas
elantico e mis ojos lo tengo.
¡Clavo que en el alma
traspasäo llevo!
¡Sombrica perene
de mi pensamiento!...
Dende que lo vide marcharse aquel día,
pué que, por mi esgracia, pa nunca más verlo,
ni ganas de verme me quean siquiera,
ni como, ni duermo...
Las noches enteras en vela me paso
sin pas ni sosiego,
y, en las horas mortales y negras
que vivo muriendo,
de llorar se me escurren los ojos,
¡de pensar se me erriten los sesos!...

¡Mentira me páece que llegue algún día
que a mis penas encuentre consuelo,
devolviéndome Dios aquel hijo
tan sano y tan bueno!
Mentira me páece que Dios me lo traya,
y que aprieten mis brazos su cuerpo,
y que pueda su cara, entavía,
comérmela a besos!...
La lus de mis ojos
perdiera por verlo;
por sentir el soplico del suyo,
perdiera mi aliento...
Mi vida; mi gloria, tóico lo perdiera,
¡tó por no perderlo!

¡Cuándo será el día!
¡Cuándo querrá el cielo
que se diga que hay gozo en mi casa
porque él esté dentro;
que se sienta reir, porque él sea
quien se esté riëndo;
que se sienta cantar, porque él cante
como en otro tiempo!...

•

A töas las horas tengo un sobresalto...
a töas las horas por su suerte tiemblo;
mil vueltas la sangre me dá ca minuto
y mil y mil vueltas me dá el pensamiento...
No tengo de él carta
ya cuatro correos,
¡d'aquel hijo mío
que está allá tan lenjos!
Sin carta... ¡sin vida!
pa'l caso es lo mesmo.

Y es morir, sin morir, esta angustia,
pa que sea mayor el tormento...
¡es arrebanarme, cachico a cachico,
mi alma y mi cuerpo!

•

Ayer me seguía,
sin darme sosiego,
un abejorrico
mu negro, ¡mu negro!
Y esta mañanica
tempranico ha vuelto,
como si estuviera
pa verme al acecho,
y otra ves, sin parar, me ha seguío
arriba en la casa y abajo en el güerto...

Con naïca s'iba...
era lo mesmico que sombra del cuerpo,
por lo pesaïco que estaba en seguirme...
por su colorcico tan negro... ¡tan negro!
Siempre a mi reorcico
sus revoloteos,
siempre en mis oidos su zumbío triste
zurriendo y zurriendo...
¡El que yo lo entendiera paecía
que era tó su empeño!
Se me helaba la sangre al sentirlo,
temblaba de verlo,
me atemorizaba...
¡Erizá me ponía de miedo
y, entavía, ná más de pensarlo,
töa me estremesco!

Delante e mis ojos
s'atraviesa un velo,
y fijo en el alma
va ahogándome un peso...
¡Me páece que es mi hijo de cuerpo presente
que lo llevo dentro!

Que Dios no me olvide; que no se me cumpla
lo que me recelo;
que el abejorrico no quiera decirme,
con su colorcico, «vístete de negro»;
¡que con su zumbío no venga a avisarme
que mi hijo se ha muerto!...

oOo

¿Pa qué ya más vida, si pa él ya no vivo?
¿Pa qué ya más penas, si pa él ya no peno?
¡Que me lleve el Señor!... ¡Que me lleve,
que con tanto dolor ya no puedo,
y es, de tóicas maneras, morirse,
el vivir, como yo, padeciendo
sin una esperanza,
sin una gelepa [1] siquiá de consuelo!

¡Si esperando su carta he vivío,
y ya no la espero!...
¡Que me lleve el Señor!... ¡Que me lleve
pa bien de mi älma... pa escanso e mi cuerpo!

¡Qué trebajos habrá padecío!...
¡La idea me mata ca ves que lo pienso!
¡Qué faltas! ¡qué angustias! ¡Qué esamparo el suyo!
¡Tan solo!... ¡Tan lenjos!...

[1] Pizca.

¿Ande irán sus piazos?... ¡No sabré, siquiera
ande están enterräos sus güesos!
¡Si lenjicos vivo,
más lenjicos muerto!...

¡Ay, abejorrico, qué claro m'icías
«vístete de negro...»!
¡Ay, abejorrico, ya me tiés de luto!...
¡Ya me tiés de luto por fuera y por dentro!

Carmencica

I

¡Releñe, cuánta prisa! ¿No la has visto?
¡Carmencica con novio!
¡Y no está encelaïca, que digamos,
platica que platica con el mozo
los dos mu rejunticos
sentäos en el poyo!
¡Válgame Dios! Me dá como tristeza
de que sea tan pronto.
¡Señor, si es una cría!
Si ayer mesmico, como dice el otro,
llevando elante su maná de pavos,
corría esaliñá por los rastrojos,
y era una cabra suelta, que la vías
abora del barranco en lo más hondo
y aluego en lo más alto de las lomas
y empués allá en el soto,
siempre pegando blincos y corriendo
dende un lugar a otro,
y siempre, ennegrecía y tan secuza,
que tö en su cara se volvían ojos...

•

Y, mirándola espacio,... no es la mesma...
¡si dá, de verla, gozo!
¡Si su cara tié lumbre
y tién sombrica de parral sus ojos!
¡Si hasta paéce que el seno quiere ahogarla,
de llenico y reöndo!...
Con tó y con ello... ¡vaya, me dá pena
de verla ya con novio!...
Y no es que no lo tenga... pué tenerlo;
pero más alantico... no tan pronto
que paéce va con ella esta coplica
que anoche, de rondeo, echaba un mozo:

Trempanera me has salío
como la flor del almendro.
¡Cuánta flor trempanerica
se guiela o se lleva el viento!

II

Me lo daba el corazón.
¡Releñe! ¿No te lo icía?
¡Miá lo que ha tardao en irse
con su novio Carmencica!...
A por agua fué... y están
aguardándola entavía...
La vieron ir pa la cieca
con cara mu pensativa...
¡y hecho piacicos hallaron
el cantarico en la orilla!...

III

¡Miá el fin del arrechucico [1]
de una cabecica loca!...

[1] Arrechucho — arrechuzo.

A los cuatro días justos
volvió a su casa la moza...
a los cuatro días justos...
¡pero sin cántaro y sola!...
¡Lástima de Carmencica!
¡Más guardara lo que importa,
que agua que pasa y no vuelve
es en la mujer la hönra!

IV

¡Qué mal se quié Carmencica!
¡Qué poco conocimiento!
Ya tié la risa en la boca,
ya tié los ojicos secos,
ya está alegre y satisfecha,
sin rastro de sentimiento,
como está el que la perdió [1]
con otra novia, tan fresco.
¡Qué lástima de zagala!...
¡Por mal camino la veo!

•

Una cuadrilla de mozos,
y anoche, sin ir más lenjos,
paraös frente a su puerta,
sentí que cantaban esto:

Aunque te laves y laves,
manchaica te has de ver,
como está la cantarica
ande tos van a beber.

[1] Perderla, deshonrarla, desflorarla.

V

En icir que te resculles [1],
si no te afincas [2], te caes
y, en icir que caes, rulas...
y, en rulando, ya se sabe;
en icir que rulas, vas
a lo más hondo a estrellarte.
Pos estos son los pasicos
bien justicos y cabales
de la estrá [3] de Carmencica
dende el comienzo al remate.
¡Quien la vió y la vé¡... ¡Señor,
qué diferencia tan grande!...
Como está lo que se vende
a tó el que vá por la calle;
como lo que pué comprar
tó el que se acerque y lo pague;
como cosa que está a mano;
como en las tablas [4] la carne...
asina está Carmencica...
ya pensarás en qué parte,
que el icirlo pa entenderlo
maldita la falta que hace.
¡Qué lástima de zagala!...
¡Frutica a medio maurarse
que cayó de su ramica
y anda por los barrizales!
¡Frutica sana y gustosa
que llevan a las ciudäes,
y allí se daña y se pierde

[1] Resbalas.
[2] De afirmarse.
[3] Desatino.
[4] Las tablas de los carniceros: grandes mesas donde exponen y venden la carne.

de rular y de tocarse
con la que ya está podría
en los puestos y en las calles!...
El arrebol de su cara
no es arrebol de su sangre;
el descaro de sus ojos
no es la lumbrecica de antes;
no es la mesma su risica,
ni los mesmos sus modales...
De otra manera se peina
y de otro estilo es su traje;
no es el olorcico que echa
olorcico de azadares,
ni su cantar es el mesmo,
ni tién sus coplas el aire
de aquellas que por la güerta
se echan entre los cañares.
Pué que ni siquiá se acuerde
de ésta, que ella, sin cansarse,
una y mil veces echaba,
sin entender tó su alcance:

Más te quiero peña dura
que pelufica[1] *de caña,*
que las peluficas van
ande el aire las arrastra.

VI

Yo he puesto en crus sus manos,
y he compuesto los rizos de su frente,
apañando el pelico que tenía
pegaïco a las sienes...
y he llenäo su cuerpo de azadares
y rosas y claveles...

[1] Pelusita.

Yo he besäo su cara
abora que ninguno la apetece,
y he cerräo, llorando,
sus ojicos, pa siempre...

•

Otra ves sus pestañas
con su sombrica de parral se extienden...
otra ves en su cuerpo
los azadares güelen...
¡ya está otra ves más pura
que el agua cristalina de la fuente!

•

Florecica de almendro,
más blanca que la nieve,
¡trempanerica caes
al airecico helão de la muerte!

Tóico

Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...
me espreció por probe,
me tenía en poco...
Pa saber lo que yo la quería,
¡yo solico, solo!
Pa ella, yo, naïca...
¡y ella, pa mí, tóico!
Morenica tenía la cara,
negricos los ojos...
Ahora es un probe puñäo de güesos
que está enterraïco dentro de aquel hoyo...
naïca pa'l caso... naïca pa'l múndo...
¡manque es, pa mí, tóico!

Nochebuena

I

Malhaya [1] el tiempo malo,
malhaya la probeza,
¡malhaya el que este mundo se gobierne
de tan mala manera!

•

II

Blancos de nieve están, como palomas,
los altos de la sierra;
de plata enguarnecías
páece que están las ceñas,
ande los chorros de agua
hechos encajes al helarse quëan;
de vidro son las fuentes,
de vidro son las ciecas... [2]
¡paraliza el helor los correntales!... [3]
¡las aguas páece que se paran muertas!...

¡Dá temor tanto frío!
¡Probe de aquel que sin calor se vea
y halle nieve en el cielo
y halle guielo [4] en la tierra!

•

[1] ¡Malhaya sea! (interjección).
[2] Acequias.
[3] Correntadas.
[4] Hielo.

III

Con la mar de trebajos
hizo Juan su casón[1] en la laëra;
un abujero en onde
meterse tan siquiera;
un resguardo pa'l frío,
porque a más no alcanzaba su probeza;
un rincón pa vivir... o pa morirse,
¡que el hundirse un casón no es cosa nueva!...

Pos allí tiés a Juan acobardäo;
que no häy ná que los probes tanto teman
como estos días tristes
en que tóico se asuela;
¡como estos días en que grana el hambre
y arrecoge la muerte su cosecha!...

Allí está el probe Juan, que es de lo poco
güeno que ya se encuentra,
y su probe mujer, que es una santa,
y con ellos sus nenas:
dos angelicos de esos
que Dios al mundo pa penar los echa.
Allí los tiés a tós en la cocina;
allí los tiés... ¡pero sin chispa e leña!
Del humo, de otras veces,
allí se vé la señalica negra
y se vé el hogaril[2] y el puñaïco
de ceniza que quëa...
¡tó aquello que, sin rastro de rescoldo,
más páece que cocina, una nevera!

---

[1] Silo, habitación subterránea.
[2] Fraile — Canaleta cónica en la pared bajo la chimenea, destinada a chupar el humo.

¡Allí los tiés!... ¡los cuatro
que acurrucäos y arrecíos tiemblan...
helándoles el frío ista los güesos
y helándoles el alma la tristeza!

Y pué que más que el alcabor de un horno
aquel casón de calentico sea;
pero yo te aseguro
que dentro de él el corazón se guiela
¡y que se siente allí mucho más frío
que en los mesmicos altos de la sierra!...

•

IV

Suelen icir que el hambre
hace salir al lobo de su cueva;
yo pienso que hace más... ¡pienso que iguala
los probes cordericos con las fieras!...

•

Por el casón de Juan, junto por junto
a la mesmica puerta,
han hecho una sendica
que vá al pueblo derecha,
y tós los del partío
la toman por verëa,
igual si van pa'l horno,
que si van pa la iglesia.
Asina tiés que, en siendo
como hoy, que es Nochegüena,
mil almas pué que pasen
por la sendica aquella,
por el casón de Juan... ¡junto por junto
a la mesmica puerta!

Y pasan las mujeres
con sus tablas de pan a la caëza...
con aquel pan de trigo,
que granicos de anís por dentro lleva...
con las tortas de Pascua,
que trascienden de güenas...

Y pasan los que güelven del mercäo
charla que charla... ca uno con su tela...
tós pensando en comer y en divertirse,
¡tós con cara contenta!
Y dentro del casón se vá colando
to aquel rum rum de gente satisfecha
y aquel olor de pan... ¡ese olorcico
con que el hambre se espierta!

•

—¿No hace tortas la madre?—
l'ice al probe de Juan una e sus nenas...
Y Juan... ni responderle...
ni mirarla siquiera...
¿Pa qué mirarla el probe,
si no podría verla,
si siente que sus ojos,
llenándose de lágrimas, se ciegan?
¿Cómo ha de responderle,
si se ahöga de pena?

Y la otra criatura,
que está arrimá a la puerta,
poniendo esos ojazos tan espiertos
que pone la miseria,
dice en tonico dulce,
que amargo al alma llega,
ca ves que el olorcico de las tortas

en el casón se cuela:
—¡Qué olor más güeno, padre!
¡Qué olor más güeno que echan!—

•

Y hace ca ves más frío...
no para de nevar allá en la sierra...
De vidro son las fuentes...
de vidro son las ciecas...
paraliza el helor los correntales...
las aguas páece que se paran muertas...
¡en el cielo tó nieve!...
¡guielo por tóicas partes en la tierra!...
—«No pué ser, —dice Juan— ya soy tan güeno
que a gritos m'ice malo la concencia...
Nuestros eran enantes
los montes con sus leñas,
y libres pa los probes
aquellos altos de pinás espesas...
libres, con sus lentiscos y chaparras,
lo mesmo los colläos que las chentas... [1]
y libres los barrancos con sus nebros...
¡libres, con sus romeros, las laëras!...

Y en estos días malos
en que al probe le niegan
trebajo, pa vivir, quien tié caudales,
y el cielo su calor y el pan la tierra...
en estos días malos, otras veces
no era cosa e temblar, como hoy se tiembla,
que, pa el hambre y el frío, les queäba a los probes
el consuelo e la sierra
(¡ya que no el de los hombres!)

[1] Crestas de los cerros.

el consuelo e la sierra
con sus manás de lobos,
con sus mantos de nieve, con sus peñas!...
No pué ser; soy tan güeno,
que a gritos m'ice malo la concencia;
esos montes son míos
con sus pinás espesas...
¡y mis hijos tién hambre
y, estroceãos[1] por el frío, tiemblan!»

•

VI

Probe Juan, que olvidaba en su esvarío
que, aunque páece mentira, aquí en la tierra,
las leyes que hace Dios son leyes malas,
y las que hacen los hombres, leyes buenas...

En la plaza del pueblo está la cárcel;
Juan está dentro de ella...
y su mujer y sus hijicas lloran,
arrimás a la reja...
Pa la misa de gallo va la gente,
la media noche llega,
hace ca ves más frío,
no para de nevar allá en la sierra...
Alegres van los mozos en pandillas,
camino de la iglesia,
y, al son de los guitarros y zambombas
y de las panderetas,
al pasar po encomedio de la plaza,
esta coplica sueltan:

[1] Destrozados — quebrantados.

Los pastores y pastoras
todos van juntos por leña
para calentar al niño
que nació la Nochebuena[1].

Y por más que es alegre la coplica,
triste a la cárcel su sonico llega...
Y el probe Juan esesperäo llora,
y lloran en la reja
su mujer y sus probes angelicos,
que tién las manos en los hierros puestas...
¡manos helás, que son también de hierro,
de agarrotás y tiesas!

Los pajaricos sueltos

(A la memoria de mi querido maestro de primeras letras don Miguel Medina.)

I

No mandes a los nenes a la escuela,
porque no la han abierto
y está, si es que el Señor no hace un milagro,
cerraïca pa tiempo...
Ha caído en la cama
mu malico el maestro,
y es cosa de temer, por las señales,
que ya no se levante el probe viejo...
Una jáula vacía
páece la escuela con aquel silencio
y, por fuera, corriendo los zagales,
una bandá de pajaricos sueltos.

[1] Popular.

II

Ya doblan las campanas...
ya arremató el maestro...
Mucha pena me dá, porque era un hombre
de los pocos que hay buenos...
mucha pena me dá por los zagales...
¡No paro de pensar qué va a ser de ellos!

•

III

¡Traigo en el corazón una tristeza!...
De allá abajico vengo:
la escuela, como enantes, cerraïca,
y con aquel silencio...
chillando alreörcico los zagales
y a sus anchas corriendo...
¡La jaulica vacía
y la bandá de pajaricos sueltos!

¡Que Dios se lo lleve!

Que mis palabricas
me perdone el Cielo
¡Pobre viejecico!...
pa ver, como a tóicas las horas lo veo,
penar y queärse
poquico a poquico como un esqueleto,
¡que Dios se lo lleve
y escansen sus güesos!

Páece que la cama
se lo vá comiendo:

ni ya se alza de ella,
ni siquiá se remueve su cuerpo...
ni una palabrica sale de su boca,
ni sus ojos se ven nunca abiertos...
¡como un pajarico
va a queärse muerto!
Pa una cosa na más tié entavía
voluntá y aliento;
es una petera
que dá pena y miedo:
quié taparse la cara a cá istante,
como se la tapan al que ya está muerto,
¡y, a ná que lo dejan, ya está tapaïco
con la sábana blanca de lienzo!

•

Que mis palabricas
me perdone el Cielo,
Pa ver cómo pena, que Dios se lo lleve...
¡que Dios se lo lleve y escansen sus güesos!

Murria

(a José García Vaso)

¡De fijo mi madre
las horas mortales llorando se pasa!...
Ya sabe la pobre
que naïca en el mundo me salva,
que me encuentro malico del pecho,
que, día por día, las fuerzas me faltan,
que, lo mesmo que lus sin aceite,
poquico a poquico mi vida se apaga...
Yo me pienso que el mal que me acora,
más bien que en el pecho, lo llevo en el alma...
Por volver a mi tierra, tan sólo,
son töas mis ansias,

¡y, de hallarme tan lejos, la murria
me corca y me mata.

•

¡Llévate esa copa,
no me dés más agua!...
Pa apagar la sequía que tengo
me tenías que dar una jarra
de aquellas tan limpias
que están colgaïcas debajo e las parras...
de aquellas tan frescas
¡que gotica a gotica tresmanan!... [1]
¡Llévate esas flores,
que es muy fuerte su olor y me daña!...
Pa olorcico suave,
aquel que en la güerta de tóico se escapa:
¡de aquellos rosales; de aquellos claveles,
de aquellas alábegas,
de aquellos naranjos, de aquellos pomposos
jasmineros que visten las tapias!...
¡Quítame esta ropa
que el cuerpo me abrasa!...
¡Pa ropica aquella tan asolaïca...
aquella tan blanca
que alzaïca [2] me tiene mi madre
en l'hondo del arca!...

•

¡Qué dolor de caëza!...
¡Que se callen tos esos que cantan!...
¡Pa coplicas, aquellas tan dulces
y aquellas, a veces, también tan amargas:
¡aquellas que páecen quejíos de pena!...
¡aquellas que páecen risicas del alma!...

•

[1] De rezumarse.
[2] De guardar.

¡Me muero! ¡No tengo
ni gelepa[1] siquiá[2] de esperanza!
No es, con tóico[3] y con ello, la pena
que más me acobarda,
que, al fin y al remate[4],
quien muere descansa...
Mi dolor es morirme tan lejos...
no ver mi barraca...
no ver a mi novia...
no ver mi guitarra...
¡no sentir el calor de los besos
que mi madre llorando me daba!

•

Yo quisiá morirme
bebiendo aquella agua...
Pué que aquellas coplicas tan dulces
de este sueño mortal me espertaran...
¡pué que el olorcico de los azadares
me resucitara!

•

Diles que me lleven... ¡diles que me lleven,
anque llegue ya muerto a mi casa!
que aquella ropica,
que en l'hondo del arca
alzaïca me tiene mi madre,
me la pongan, siquiá, de mortaja...
que me abrigue mi cuerpo mi tierra...
¡mi tierra del alma!

---

1 Pizca.
2 Siquiera.
3 Todo.
4 Al fin y al cabo.

SEGUNDA PARTE

CANSERA

Cansera

¿Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas
arroyás y pegás a la tierra;
pa ver los sarmientos ruïnes y mustios
y esnüas las cepas,
sin un grano d'uva,
ni tampoco siquiá sombra de ella...
Pa ver el barranco,
pa ver la laëra,
sin una matuja... ¡Pa ver que se embisten,
de pelás, las peñas!...

Anda tú, si quieres,
que a mí no me quea
ni un soplo d'aliento,
ni una onza de fuerza,
ni ganas de verme,
ni de que me mienten, siquiá, la cosecha...
Anda tú, si quieres, que yo pué que nunca
pise más la senda,
ni pué que la pase, si no es que entre cuatro,
ya muerto, me llevan...
Anda tú, si quieres...
No he d'ir, por mi gusto, si en crus me lo ruegas,
por esa sendica por ande se fueron,
pa no volver nunca, tantas cosas buenas...
esperanzas, quereres, suöres...
¡tó se fué por ella!
Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
Por esa sendica se fué la alegría...
¡Por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡a ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!...

En la ñora

Poquicas comparanzas
hallara pa mi vida, como aquella:
Una ñorica hicieron los zagales
en el mesmo quijero de la cieca,
y a un pajarico de esos,
alegría y encanto de la huerta,
a estilo de una mula
lo engancharon en ella

y, arreándole, hacían
al pobre animalico, darle vueltas.

Me daba compasión el pajarico
y me paeció la suya mi tristeza,
cautivo de los hombres y por ellos
condolío y sin fuerzas...

Me daba compasión... Mirando al pobre,
me imaginaba yo de qué manera
tan dulce cantaría el pajarico
libre entre los naranjos de la huerta...

Como el pájaro triste
me vide yo con pena,
forcegeändo por alzar el vuelo...
prisionero en cadenas...
¡Me vide yo mesmico, pobre esclavo,
dando a la ñora de mi vida vueltas!

La barraca

A la orillica del río
y mirándose en el agua,
está como satisfecha
y orgullosa mi barraca...
A mí me entra pena, a veces,
y digo al considerarla:
«¡Cerca está del que la vida
la da, igualico que mata!»...

Entre álamos y cañares
y limoneros y parras;
con las paëres de atobas [1],
abrigás con arcazabas[2],

[1] Adobes.
[2] Cañas del maíz.

y con el techo de sisca [1]
y con las puertas de caña,
agachá bajo una higuera
grande que töa la tapa
y acurrucá, ¡propiamente
páece un nío mi barraca!

La he revocäo de yeso
y está que la vista encanta:
tó lo que tiene de humilde
tiene de limpia y de blanca,
y mi mujer ha hecho de ella
una tacica de plata:
El cantarero reluce,
la cantarica tresmana [2]
fresca y como un sol de limpia,
que abre de beber las ganas...
la espetera y la platera [3],
de emperegilás se saltan...
las sillas y la mesica
sin polvo y sin una mancha...
debajico del jarrero
sus macetas con alábegas...
¡y, como un altar de ilesia,
en un laïco la cama
con sus encajes de nieve
y su cobertor de grana!...

Yo no envidio los palacios
que en las ciudaës levantan,
que en ellos, con ser tan grandes,
el corazón se me aplana
y, en cambio, en mi barraquica,
que es tan pequeña, se ensancha...

---

1 Jisca.
2 De trasminar, rezumar.
3 Especie de leja para platos y fuentes.

Tomando el fresco en verano
a la sombrica e la parra;
tomando el sol en invierno
al amparo e la barraca,
con la concencia tranquila
¡qué a gusto las horas pasan!...

Tan hermosa está la huerta
que páece una moza maja,
y tan hermoso está el cielo,
que deja la huerta a zaga...
A descansar del trabajo,
con el que mi pan se gana,
(que el pan que se come el pobre
siempre con sudor se amasa),
me siento junto a la puerta
y, cogiendo mi guitarra,
pienso que, pa mí, en el mundo
tó se encierra en mi barraca...

¡Ay de mí si crece el río
y se lleva mi barraca!...
¡Ay de mí, si tu querer
se lo lleva una mudanza!...

En la cieca

Con un zagalejo e grana
y con una almilla negra
y apargaticos [1] en onde
sus piececicos enseña
más limpios que las chinicas
que el río en la orilla deja,
Doloricas vá por agua
al remanso de la cieca...

[1] De alpargata, alpargate.

Las manos en la centura
y el cántaro a la caëza,
más encarná que una rosa
la he trompezao en la senda.
Siempre tié color su cara,
pero el color que ahora lleva
es la señal de un querer
que a Doloricas marea,
y me páece vá por algo
más que por agua a la cieca...

Un mozo recio de cuerpo
y con la cara morena,
vestío con zaragüelles,
chaleco e rosé y montera,
de la cieca en el quijero
sentäo sobre la guierba,
tira chinicas al agua
desimulando que acecha
cómo viene Doloricas
y que aonde él está se acerca...
Por un álamo caído,
que su tronco se atraviesa
sobre el corrental [1] del agua
y como puente se presta,
hasta el otro läo cruzo
en onde tengo mis tierras
y, arreglando una almajara
que he puesto pegá a la cieca,
tapäo por los carrizos,
los juncos y las aneas,
(como el mozo y la zagala
no ven que anguno se entera
y hablan descuidaos tan libres
de su querer), a mí llega

[1] La corriente.

lo que platican que, a veces,
con su dulzor se asemeja
al pío pío que tíen
los pájaros en la güerta...
Él, con ojos que relumbran
mirándola con terneza;
más roja que un ababol [1]
y los ojos bajos, ella;
ca ves más arrimaïcos,
ca ves con trazas más tiernas,
con angunas palabricas
tan dulces y tan de cerca,
que no páece que se häblan
y sí páece que se besan,
pasan juntos una höra
que como un menuto cuentan
y, de mucho que se ïcen,
en mis oidos se quëan
estas cosas que pa l'alma
son siempre cosas tan güenas:

—¡Lo que has tardao, Doloricas!
—Es que es mu larga la senda.
—No sabes lo que padesco.
—Al que sufre, Dios lo premia.
—Si mi premio has de ser tú,
son pocas töas las penas.
—Ese es el cuento de tos,
pero adrento otra se quea.
—Adrento!... Adrento, bien sabes
que náide más que tú reina...

•

[1] Amapola flor.

¡Ven!... asina ¡más junticos!...
¡Qué gusto verte tan cerca!...
¡Qué hermosa que tiés la cara!...
no cría töa la güerta
rosa con estos colores,
ni tan suavecica y fresca...
¡Y qué cuello! ¡qué blancuras!
Páece que en el seno llevas
toïcos los azadares
que tus naranjicos echan...
¿Y tus ojos?... ¿Y tu boca?...

•

¿Que no quieres? ¡vamos!... ¡deja!...
¿Que es pecäo...? ¡ni lo pienses!...
Dichoso el que se condena,
si es así.

•

¿Por qué suspiras?
¿A qué viene esa tristeza,
si sabes que he de cumplirte
po encima e tó mi promesa
y me casaré contigo,
tó lo más, pa la cosecha?
¡Así quiero que sonrías,
manojico e guierba güena!
—¡Qué palabricas que tiés!
¡Qué bien trebajas la tierra!

oOo

Lleno el cantarico d'agua
y de ensueños la caëza,
Doloricas va cantando
esta copla por la senda:

Flores de mi naranjico
tus palabricas no salgan...
¡de un naranjico que tengo
en el que la flor no cuaja!

•

Quijero arriba va el mozo
por la orilla de la cieca
y este otro cantar también
salir de su pecho deja:

La palabra que te he dao
o muero o se cumplirá,
que antes que faltarte yo,
el río se güelve atrás.

•

Caminico e mi barraca
yo también tomo la vuelta
y, pensando en Doloricas
y el mozo que la corteja,
me acuerdo de este cantar
en el que páece se mesclan
amargor de las retamas
y dulzor de las colmenas:

¡Vientecico de palabras
y palabricas de viento!
¡Palabricas que dán gusto
y son lagrimicas luego!

La novia del soldao

I

¡Lástima de zagalica,
la de casa del Alto,
la zagalica cantora,
que era el sentirla un encanto...
la de los ojos alegres,
que era una gloria el mirarlos!...
De aquella alegría hermosa
ni sombrica le ha quedäo...
¡ahilaïca por la pena,
pasa el día suspirando!...

La guerra tiene la culpa:
la guerra que le ha robäo
aquel mozo que le echaba
músicas con su guitarro;
aquel que töas las noches,
en el poyo y a su läo,
l'icía cosicas dulces
al oïdo, platicando...
Solo alguna ves que tiene
carta del pobre soldao,
se consuela la zagala
y, por entre los naranjos,
se oye esta coplica triste,
en un tonico tan bajo
que más páece que la llora
que no que la está cantando:

Ojos que te vieron ir
por aquellos olivares,
¡cuándo te verán volver
para alivio de mis males! [1]

[1] Popular.

II

¡Lástima de zagalica!
Ya no suspiran sus labios,
ya no llora... ¡ya pa siempre
sus ojos están cerräos!...
¡Qué rebonica hasta muerta!...
¡como un ángel se ha quedäo!
Cubierta está de azadares
en un ataulico [1] blanco,
y la mortaja más blanca
que la nieve en los picachos...
blanca la cabecerica
en ande la han acostäo
¡y blancas como azucenas
también la cara y las manos!...

Florecica a medio abrir,
que el aire tronchó del tallo...
pajarico que a la huerta
ya no alegrará su canto...
¡lástima de zagalica,
la de la casa del Alto!

¡Sus ojos ya no verán
volver al pobre soldao!...
Aquel mozo que le echaba
músicas con su guitarro...
¡aquel que töas las noches,
en el poyo y a su läo,
l'icía cosicas dulces
al oïdo platicando!

[1] De ataúd.

Tempranico

¡Vaya una helá! La escarcha cuajaïca
páece harina en la tierra
y de cristal y plata
los tallos tiernecicos de la yerba...
¡Qué mañanica! El helorcico que hace
dista los güesos se entra...
sin fuerza el solecico
a dar en los picachos encomienza...
el airecico corta...
¡las palabras se yelan!...

¡Vaya una helá! Pa Roque y pa Antoñica
ni páece que es temprano ni que yela:
charla que charla están allá en el soto
paräos en la senda:
él que, de buena madrugá, ya vuelve
con una carga e leña;
ella, que vá pal río
con un lebrillo e ropa a la caëza...
¡Pero qué embebecíos y qué a gusto!...
él de su carga ni siquiá se acuerda;
a ella el lebrillo, menos entavía
que una pluma le pesa...
Cá ves están más juntos
y ca ves más se ciegan:
¡unas cosas le está diciendo Roque!...
cosicas que trastornan la caëza...
Con miraïcas solo
Antoñica contesta
¡pero qué miraïcas le echa al mozo!...
¡qué miraïcas le echa!

El lebrillico e ropa
y la carguica e leña,
junticos y sin náide que los guarde
están a la orillica de la senda...
Y el sol está ya altico...
y el yelo en los brazales se blandea...
¡y se errite la escarcha...
y se esponja la tierra!...

Tate quietecica

¿Nena, tiés azogue? ¡Ni que los demonios
tuviás en el cuerpo!... ¡Qué criäturica!...
¡Miá que no has de estarte ni un menuto quieta!...
¡Miá que es una brega tóico el santo día!...
Que corro, que salto, que rompo la escoba,
que vuelco la zafa, que piso las sillas,
que el perro, que el gato,
que si los pollicos, que si las gallinas...
¡Ni que juás [1] de yerro!...
¡válgame, hija mía!...
Te lo pido por tóicos los santos:
no seas asina;
tate en un laïco, no me dés más guerra,
¡tate quietecica!...
¿No vés que no quiero, zagala, ponerte
las manos encima?
¿no vés que no quiero
pegarte, alma mía?
¡A ver si eres buena y una ves, al cabo,
te veo tranquila!

•

[1] Fueras.

La nena se ha muerto... ya no dá más guerra...
ya... ¡tan quietecica!

¡Hija, María! (*)

I

Dale que le dás al ciazo[1],
cerniendo está Mariquita,
con su pañuelo a lo curra
y con la cara encendía,
luciendo esnüos los brazos
con las mangas hasta arriba,
plantá y ejando que asome
un pié que roba la vista
y el comienzo de una pierna
¡más recia y más reöndica!...
Carne que trasciende a pan
¡quién no se la comería!
¡Cara y brazos, pierna y pié
que están que abren la ganica,
blanqueändo y relucientes
del polvico de la harina!...

II

Dale que le dás al ciazo
y en menos que se presina
un cura loco, cernís
tres celemines tenía;
y aluego en un santiamén,

* Escaparse la mano al poner el agua, amasando el pan, y sacar la masa demasiado blanda: hacer «hijamaría».
[1] Cedazo.

ligera como una ardilla
cuelga el ciazo y las cerneras [1]
hace su pará de harina,
trae la creciente [2] y el agua
y se pone de seguía
a amasar, cuando su hermana
entra y l'ice: «Mariquita,
que tu suegra, si lo ha e ser,
con la madre está en la esquina
hablando del casamiento
que páece que marcha a prisa.
Dice la tiá Rafaela
que los deja la puntica
de ovejas y el olivar
y las tierras de «La Anquibla»,
que las amonestaciones
se van a correr seguías...
que el refresco... que los dichos...
que el ajuar... ¿qué se me olvida?...
¡yo qué sé! ¡si no me acuerdo
de tanto como decían!...
Y tó ¡pa que veas tú!
porque Sebastián tié prisa
que, si juá por él, pa enantes,
con breve y tóico, se haría.

•

¿Pero, zagala, estás lela?
¿pero no ves, Mariquita?
¡¿Ande vas?!no eches más agua,
añídele pronto harina...
de juro que no te llega,
anque töa se la añidas...

---

[1] Caballete para mover el cedazo sobre la artesa.
[2] Levadura.

¡válgame qué gacha has hecho!...
¡estás atolondraïca!...»

III

Y, en esto, que entra la madre
y que pa la artesa mira,
y que dice, al ver la estrá [1]:
«¡Ay, Jesús, hija María!»

Santica

Para mis penicas tengo
consuelico de esperanzas,
que he visto mirando al río,
que el agua turbia se aclara.

¡Miá Santica!... como siempre,
¡sin parar, hala que hala!...
¡Dá dolor! tan rebonica
¡y el trebajo la remata!...
Quemaïcos tié los brazos,
tostaïca tié la cara...
¡negra como una hormiguica,
de tanto como trebaja!...
Tóico porque no les falte
á sus viejecicos náica...
tóico por ver si algún día
al fin con José se casa...
En sus trebajicos tiene
«consuelico de esperanzas,
que ha visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara».

•

[1] Desatino.

¡Pobre Santica!... De suerte,
mal están en su barraca:
de pan, salú y alegría,
siempre mermaïcos andan...
El viejecico, primero,
cayó malico en la cama,
y después la viejecica,
que ya poquico haleaba...
Luégo José se esespera
porque la güerta está mala
y no gana pa casarse
ni pa comer, y se marcha
a las minas de la sierra,
ande los hombres se matan...
Y, á tó esto, Santica acude
a la güerta y a la casa:
ella a cuidar a los viejos
pa que de ná sientan falta,
y las pocas tierrecicas
ella también a cuidarlas...
¡pobrecica!... es una mártir
y, más que Santica, santa!...

•

Ya el viejecico se ha muerto,
porque así de Dios estaba,
y a la pobre viejecica
también la tierra la llama...
Dista de José, hace tiempo,
no se sabe una palabra...
¡pué que en lo hondo de las minas
enterraïco queära!...
¡Qué sola Santica quea!
¡qué desamparo le aguarda!
¡Miála perene en el yunque,
esclavica de su casa!...
¡miá qué sombrica de pena

se le extiende por la cara!...
¡miála vestía de luto,
que dá compasión mirarla!...
¡Miála con su crus a cuestas!...
la penica la traspasa...
Su querer, poquico a poco,
al camposanto se marcha
¡y también me páece que ella
los mesmos pasicos anda!...
Sus penas, con tó y con ello,
resisnaïca se pasa:
«que ha visto, mirando al río,
que el agua turbia se aclara»...

A la ru ru, mi nene...

I

Ya está Juan arriba
con su nene en brazos...
la criäturica
se esjarra llorando,
y el padre y la madre,
sin saber qué hacerse,
las noches enteras
se pasan en claro.
¡No pega los ojos
nunca el angelico!...
Juan se tira, el pobre,
de la cama escarzo
y lo toma y se pone a cantarle,
pa ver de callarlo:

A la ru ru, mi nene,
que viene el Coco
y se lleva a los niños
que duermen poco...

II

Ya no llora el nene...
Pa no dispertarlo,
Juan no se atermina
ni a sentar los pasos
y, helão de frío,
muy arrebonico
le sigue cantando.

•

III

«A la ru ru, mi nene»...
¡Quién ha e pensarlo!...
¡Canta y canta y lo lleva
muerto en los brazos!...

El calorcico

Al ver a Doloricas
y a Frasquitico,
ya los dos tan formales
y tan tranquilos,
alguien pensara
que el querer, con los años,
también se acaba.

Cierto que no se hächen
ya carantoñas,
que no los ve la gente
gastarse bromas,
que su cariño
páece, por lo sereno,
propio de amigos.

Pero tó el que se fije
puede ver claro,
que uno en el otro siempre
se están mirando,
y que en su vida,
como en un cielo puro,
no hay nubecicas.

Y en las noches de invierno,
si fácil fuera,
tranquilamente juntos
dormir los vieras...
¡como hermanicos,
dándose el uno al otro
su calorcico!...

Irse al tallo [1]

Contra un márgen recostäos
Ginés y Pepica s'hallan
algo mustios y callàos
comiendo con pocas ganas,
por más que trasciende a gloria
aquella ollica gitana [2]
y por más que, de limpicos
y relucientes, se saltan
aquella fuente vidriá
y aquel tendío [3] de lana
y el plato e pié [4] y la reöma
y la cantarica d'agua...

---

[1] Modismo con el que se significa la esterilidad de las plantas y árboles, cuando echan poco o ningún fruto, llenándose, en cambio, de frondoso follaje, en el que se va toda la fuerza de la savia.
[2] Guiso especial.
[3] Especie de mantel.
[4] Plato de pie, de barro ordinario.

Con trebajico pué icirse
si d'anguna cosa catan:
las sopicas en la fuente,
casi enterica la hogaza,
y en la ollica la comía
y sin untar las cucharas...
Y no es que están d'incomodo,
porque eso enjamás les pasa
a Pepica y a Ginés,
que se quién tanto que encanta.
Dos años que se casaron,
justamente hará por Pascua
y se encuentran entavía
como la primer semana:
llevándose que dá gozo,
siempre en amor y compaña,
como ni en el mesmo cielo
los ángeles se llevaran...
Y tampoco se pué icir,
si espacio no se arrepara,
que aquel panalico e miel,
como tóico tié su falta,
pues la vista de los dos,
tan arrogantes, engaña:
Ginés, como el pino erecho
que en lo alto e la sierra se alza
y en la piná sobresale
y sobre tós se alevanta;
Pepica como el rosal
que asombra las otras matas
y que tóicos los perfumes
con su olor hermoso apaga...
Pero sí que tién su pena
o como se quiá llamarla:
pena, esazón o deseo;
algo que se vé en sus caras
ca ves que por su laïco

los nenes pequeños pasan;
algo que se vé en sus ojos
¡que miran con unas ansias!...
algo que ejan recelar
siempre que de críos hablan;
algo muy tierno y muy triste;
¡algo muy dulce que amarga!...
Y es que a Ginés y a Pepica,
por su suerte o por su esgracia,
les ha pasäo lo mesmo
que a esos bancalicos de habas
que se suelen ir al tallo
y en ellos la flor no cuaja:
muy verdes y muy frondosas,
pero sin frutos las matas.
Pepica y Ginés desean
lo que el Señor no les manda:
un hijico, nene o nena,
pa su gozo y su compaña;
en cambio el Señor les dá
la salú que a otros les falta,
carnes sobrás en el cuerpo
y muy güen ver en la cara,
y es esto lo qu'irse al tallo
se dice por comparanza.
Por eso se encuentran mustios,
casi sin hablar palabra;
porque de tener un crío
sienten ca día más ganas
y echan ca ves más de menos
un zagal o una zagala,
uno de esos angelicos
que llenan töa una casa
y que träen, cuando vienen,
pa curar las penas, gracia
y la alegría más dulce
de que pué gozar el alma...

Uno de esos angelicos
que, cuando al cielo se marchan,
dejan un röal tan grande
que con naïca se tapa,
y el desconsuelo mayor
y la pena más amarga...
Por eso está la comía
elantico y no la catan
ni Pepica ni Ginés,
que ni piensan en mirarla,
por más que trasciende a gloria
aquella ollica gitana,
y por más que, de limpicos
y relucientes, se saltan
aquella fuente vidriá
y aquel tendío de lana
y el plato e pié y la reöma
y la cantarica d'agua...

Palabrica

I

¡Adiós, le dije, nena;
yo volveré, nenica;
¡adiós y no me olvides
por náide en esta vida!»

De no faltarme nunca
me dió su palabrica...
«Te espero viva o muerta!»
llorando me decía...

Llevándome hecha piazos
el alma de sentirla,
«Adiós, le dije, nena;
yo volveré, nenica».

II

Allá muy lejos supe
lo que por mí sufría...
¡con otro hombre, a la fuerza,
casarla pretendían!

Y yo pensaba siempre,
cá ves con fé más viva:
«Mi nena no me falta...
mi nena no me olvida...»

III

Y fué leal mi nena...
la pobre zagalica
logró no ser de náide,
quitándose la vida!...

«Te espero viva o muerta!»
llorando me decía,
y muerta me esperaba...
cumplió su palabrica!

El aullío de los perros

Sin dejar a su nenico de los brazos,
sin pegar siquiá los ojos, ni tomar casi alimento,
siete días con sus noches se ha pasao Carmencica
padeciendo...
¡consumía de llorar y de angustiarse
y escurría y en los güesos!
Siete días y sus noches con el nene malo en brazos,
que se pone más malico por momentos...
siete días con sus noches,
sin alzarse de la silla ni dejar el traqueteo,

porque nunca hubo una madre
que tuviera por su nene tanto celo...
Siete días con sus noches...
¡siete siglos de tormento!

Há tres días dió la muerte
señalicas de que estaba ya al acecho:
¡como voces de agonía, a la media noche justa,
se sintió en las oliveras el aullío de los perros!...
Se sintió remoto y triste y, al sentirlo, Carmencica
se espantó de pena y miedo...
—¡Sal y mátalos!—le dijo con rencor a su marío.
—¡Sal y mátalos! que es cierto
que, en matándolos, la muerte
de ande ronda se va huyendo—
Y Clemente su marío,
loco va por el barranco, de dolor y rabia ciego...
loco va con la escopeta disparando en los peñascos,
ande ve unos bultos negros
que, al igual que almas en pena,
se le pierden en lo escuro y a lo lejos...
—¡Sal y mátalos, Clemente! ¡Sal y mátalos!—le dice
Carmencica con angustia y desconsuelo,
cuando ve que entra en la casa
sin matarlos y sin ansia y sin aliento...
—¡Sal y mátalos, Clemente!... ¡si por tres noches
pal nenico no hay remedio!— [aüllan,
Y otras dos noches seguías ha pasäo lo mesmico:
¡más cercano y lastimero
se ha sentío muchas veces
el aullío de los perros,
y Clemente sin matarlos,
a su casa loco ha vuelto!

•

Ya sin fuerzas pa llorar ni removerse...
sin alientos...
traspasá de angustia y pena
y en la silla enclavaïca como Cristo en el madero,
¡en los brazos, Carmencica
su nenico tiene muerto!

Isabelica la Guapa

I

¡Morena!... ¡la más graciosa!
¡la que se lleva la palma!
¡Espiguica raspinegra [1]
de los llanos de La Páira!
Con una mata de pelo
que está e non en la comarca,
qu'igual ni en su altar la tié
la Virgen de la Fuensanta;
arrepretaïca e cuerpo;
con una mirá c'abrasa
y su boquica que páece
rosica llena de escarcha,
rïéndose que dá gloria
y gastando unas palabras!...

II

Señalica bien segura
que poquicas veces falla:
siempre tié mu cerca el nío
el ruiseñor cuando canta.
Ande haiga mozos que ronden

[1] De trigo raspinegro.

y rasgueos de guitarra
y esas coplicas que llegan
a lo más dentro del alma,
cerca tié c'andar el nío
d'anguna hermosa zagala.
No preguntes que en ónde es
ande se toca y se báila:
ande están aquellos mozos
que llevan vistosas mantas;
ande relucen al sol
las lentejuelas de plata;
ande zurren las postizas
y con intención se canta,
es la casa en ande vive
Isabelica La Guapa.

III

Si las miraïcas queman,
aun queman más las palabras,
y aun queman más las posturas
de los que en el corro báilan.
Miraïcas de cariño
y miraïcas de rabia:
unos que no se puén ver
y otros que e verse no se hartan...
Cariños, celos y envidias
que recomen las entrañas:
los que una ojeriza tién
y relamen la venganza
que la llevan escondía
como el hierro de la faca;
los que rumban y guapean
porque en tó triunfan y ganan
y lo mesmo entrincan báile
que dimpués lo desfaratan.

Cosicas que el sol alumbra
debajo d'aquella parra,
ande zurren las postizas
y con intención se canta;
¡ande está, de las morenas,
la reina de la comarca!

IV

Tóico es por Isabelica;
solo por ella se báila,
solo por ella se toca,
solo por ella se canta.
Munchas mozas hay allí
y, aunque las haiga bien guapas,
töas se quëan por bajo
y nenguna ande ella raya.
Eila es el dios de la fiesta
y tos su hermosura acatan,
que, hasta los que tién sus novias,
por ella se las dejaran,
si les diera Isabelica
una chispa de esperanza.
Pero ella, con to y con ello,
agraeciera que a su casa
no fueran con tanto báile
ni que tanto la rondaran,
como la rondan de noche
dista los claros del alba,
que ella no quié más que a Paco
El Chiguito de La Rambla,
y pa su pecho los otros
son agüica que no cala.

V

Paco tié celos d'Andrés
El Rojo del Agua amarga;
celicos que se lo comen
porque se repudre y calla
pa devitar un tropiezo
y no acarrear desgracias...
que es Paco güeno y honrão
y de prudente se pasa.
Pero, como aluego s'ice:
no te fies de aguas mansas,
que tanto el costal se llena
que al fin revienta o se errama.
Paco está harto de aguantar
y su pacencia se acaba,
que aunque ni al Rojo ni a náide
Isabelica hace cara
y pa él na más tié los ojos
y pa él na más las palabras,
no se ciega ni se duerme
y na a su celo se escapa.
El Rojo está pesaïco
porque la envidia lo mata
y to se güelven coplicas
y dar güeltas a la parva
con fantesías y rumbos
y rondeos y sonatas...
Y a Paco que to lo oserva,
la sangre se le achicharra,
pos tié miedo de que piensen
que por cobarde se aguanta,
y el querer de Isabelica
tié miedo que se le vaya,
y to lo ve ya mu negro
y va perdiendo la calma
y, cuando menos se piense,

se contará anguna esgracia.
To esto lo vé Isabelica
y tiembla y se sobresalta
ca ves que acuden de baile
los mocicos a su casa,
porque enjamás falta Andrés
El Rojo del Agua amarga.
Por eso lo agraecería
si de ella no se acordaran,
que ella no quié más que a Paco
El Chiguito de la Rambla,
y es su petera de siempre,
cuando de estas cosas hablan:
«que estas fiestas, por milagro,
rara ves en pas acaban».

VI

Animaïco está el baile;
es tóica la güerta en ala;
de una legua á la reönda
ni mozo ni moza faltan.
¡Vaya un tajo de zagales!
¡Vaya un plantel de zagalas!
Es lo mejor del partío
y el verlos la vista encanta.
Miá qué arriscaïcos ellos
y ellas qué honesticas... ¡miálas!
¡Qué cobollicos más dulces
y qué bendición de gracia!...
Encomedio están del corro
los que se llevan la palma;
la pareja más graciosa
de töas las que allí bailan.
No hay qu'icir ni preguntar
quien son y cómo se llaman,
que ya de sabío sobra
lo que es cosa de la fama.

El mozo que báila es Paco
El Chiguito de la Rambla
y la mocica su novia
Isabelica la Guapa.
¡Vaya unas vueltas con aire
cuando la moza se encana!...
¡paéce una pirinolica,
tan serenica y gallarda!...
¡qué posturicas que tié
y qué gusto de mudanzas!
¡qué bracicos y qué cuerpo,
cuando se mimbrea y salta!
¡qué manejo de postizas
con repiqueteos que hablan!...
Tampoco el zagal flojea
y bien con ella se iguala,
que tóico lo tié cumplío
y pocos ande él se plantan:
porque, si es guapo y buen mozo
y erecho como una vara,
báila tamién que hay que verlo
y ni un paso se le escapa.
Isabelica lo enrëa
y prueba á ver si lo cansa;
pero Paco se le esculle
del vuelo de las enaguas
y se ladea y se arruílla
y en seguía se alevanta
y la sigue, zalamero
copiándole las mudanzas.
Ella, entonces, lo desdeña
y, dándole las espaldas
y huyendo de que la alcance
y volviendo hácia él la cara,
sobre las mesmas punticas
de los piececicos báila;
pero aluego hácia él se vuelve

y él entonces se separa
y se hace el orgullosico
bailando con arrogancia,
y, aluego, los dos de frente
como para abrazarse marchan
y honestamente, al juntarse,
ligericos pa atrás andan
y, dando una vuelta, quean
otra ves báila que baila,
zarandeändo los cuerpos
al compás de la guitarra
y de esta coplica triste
que uno de los mozos canta:

Me tienes despreciaïco
y por otro te deshaces...
¡A unos tó el mundo los quiere
y á otros no los quiere náide!

VII

¡Bién se conoce el querer
que se tién Paco y La Guapa!
¡Bién se le conoce al Rojo
el reconcomio y la rabia!
Ciego del to por la envidia,
de ellos la vista no aparta
y se vé que, cuanto gozan,
es un torzón pa su alma...
To al revés es lo que a Paco
y á Isabelica les pasa,
que olvidando con el báile
las pesaömbres que matan,
de gozar na más se acuerdan
y el uno en el otro clava
los ojos que les relumbran
lo mesmico que unas ascuas.
To el mundo encantao los mira
y to el mundo los alaba,

que, a no ser el Rojo, náide
mala voluntá les guarda.
Ca ves que acaba una copla
se oye icir «¡Viva quien báila!»
y Paco, según costumbre,
más güeco que el Rey de Francia,
reventando e satisfecho,
ca ves responde: «¡Quien habla!»
Isabelica se pone,
de bailar, como la grana
y clavellinicas páece
que l'han nacío en la cara...
A Paco se le encandilan
los ojicos, al mirarla,
porque le vé los piecicos
al regüelo e las enaguas,
con zapaticos de raso
y medias calás y blancas...
y algo más de los piecicos,
que le quema las entrañas.
Ella lo mira y se ríe...
y él, gastándole una chanza,
le suele icir abonico
anguna de esas palabras
que como la miel son dulces
y como un ñorico abrasan...
Cuando se hallan en sus glorias,
El Rojo, que está que brama
y toa la tuera del mundo
con la saliva se traga,
levantándose resuelto
deja el cayäo y la manta
y pa encomedio del corro
vá erecho a los dos que báilan.
Y mu fresco y risueñico,
anque a la legua se alcanza,
que es tó fingío y que lleva

como un chicharrón el alma,
quitándose su sombrero
y con cortesía falsa,
por favor le pide a Paco
la pareja con quien báila.
Al verlo Isabel, se ha puesto
como la cera de blanca
y á Paco el color también
se le ha mudao en la cara;
pero uno y otro esimulan
y su incomodo se aguantan,
pos anque hay motivo y gordo
pa hacer una que sonara,
en la aparencia no hay más
que una cosa justa y llana,
y, tras de una perdición,
viene, aluego, el «¡quién pensara!»
Esto se le ocurre a Paco
y, repudriendo su rabia,
á Isabel deja que báile
con el Rojo e la Agua amarga.
Esto piensa ella tamién
y, por devitar esgracias
sigue el báile con El Rojo,
como si ná le pasara...
Tóico como un llampo ha sío;
pero tos, bién a las claras,
han visto lo que ha pasäo
y algo más se temen que haiga,
que hace tiempo que se espera
que Paco y El Rojo salgan
por la cuestión del noviaje
de una manera muy mala
y, estando de Dios, to llega
á la corta o a la larga.

VIII

A manera de un nubláo
páece que a la fiesta amaga:
náide chancea como antes
ni náide, como antes, canta.
Se cantusëan coplicas
y s'ice anguna palabra,
pero el aire que ahora sopla
ya no es el que antes soplaba.
Recelicos y desgustos
páece que enfoscan las caras,
y mirás maliciosicas
y cuchicheïcos andan...
En cuanto ha bailao una copla,
Isabelica se para,
dando al Rojo por escusa
que tanto báile le cansa,
y va a su silla a sentarse,
en ande Paco la aguarda
ceñuïco... ¡pintaïca
la pesaömbre en la cara!
El Rojo, al ver que tan pronto
Isabelica lo planta,
la mira, tóico corrío
con sonrisica de rabia,
en la que se vé el veneno
y la intención de venganza.
Miraïca y sonrisica
que a Paco no se le escapan
y que revuelven su sangre
y hacen que tiente su faca...
pero piensa lo que piensa
y se recome y se aguanta...
En esto, echando leñica
y atizando la fogata,
del corrico en ande están

los que tocan la guitarra,
un amigote del Rojo
con muncha sornica canta:

El empeño de un querer
se lleva con vida y honra;
o se pierde en él la vida
o se ganan las tres cosas.

Conforme está la cuestión,
maldito si hacía falta
que esa copla, y con sornica,
tal mocico la cantara.
No necesitaba El Rojo
ni Paco necesitaba
la guisquica del repullo
pa que más se calentaran,
pues se han puesto que echan chispas
y a ná que pase han de armarla.
Temblando se halla Isabel
y temblando tóicos se hallan,
que Paco está como nunca,
que no rechista palabra...
¡y tié la mirá muy torva...
y tié de muerto la cara!
Pero un compañero suyo
que vé que el carro se atasca
y que va a haber vuelco y grande
y que va a rular la carga,
quié esapartar a unos y a otros
del camino po ande marchan
y encomienza a meter yesca
con palabricas y chanzas
y hace que unos echen coplas
y que a bailar otros salgan.
Toma otro color la fiesta
y algo el humor se alevanta;

pero ni El Rojo ni Paco,
anque aparentan que cambian,
se dejan su tesonico
ni su rencor se les pasa.
El Rojo con su risica
comprometeöra y falsa...
Paco, sin pestañear,
con ojos que le echan flama...
Isabelica se ríe,
anque el pecho se le espiaza,
y, en tal de que haiga armonía,
más que tos juntos trebaja,
haciendo por conformar
a Paco con sus palabras
y a los demás con finezas
y con su manera llana.
Más anima ella que náide,
que pa to le sobra gracia,
y si, por morena hermosa,
ande ella, nenguna raya,
echando una copla al aire,
y tocando la guitarra,
no hay otra con más salero
que Isabelica La Guapa.
Alguien que de esto se acuerda
le ha pedío que cantara;
y ella por dar gusto a tóicos
a ver si el nublëo pasa
y a ver si deja su idea
el Rojo y se desengaña,
pide parecer a Paco
y aluego esta copla canta,
con su vocecica dulce
a la par triste y amarga:

Morenica m'hizo Dios,
morenica y no me quejo,
que por lo rojo no paso
ni penica, ni deseo.

Mal le ha salío la cuenta,
como ella no se pensara,
y en ves de espejar la nube
s'ha puesto negra que espanta,
pos el Rojo, que a la copla
tóica la intención le alcanza,
coje el compás y en seguía
con ésta tamién se arranca:

Moreno pintan a Cristo,
morena la Magdalena,
moreno es el bien que adoro,
¡viva la gente morena! [1]

Paco, que observa, se toca,
c n disimulo, la faca
y dá temor el mirarlo
de fosca que tïé la cara,
que Dios sabe sus ideas
cuando tanto y tanto calla;
y, Isabelica, al oir
la copla que El Rojo canta,
sacando tavía fuerzas,
anque la angustia la mata,
en son de penoso ruego,
con esta coplica salta:

Déjate ya la sendica
por ande tus pasos llevas,
que no es sendica pa dos
y otro mozo vá por ella.

[1] Popular.

Cuando oye esta copla El Rojo
de su silla se alevanta
y va pa ande está el que toca
y le pide la guitarra.
El tocador se la deja,
y El Rojo, impués de templarla,
tocando con fantesía
pa otra copla se prepara.
Tos lo miran y tos temen
que aquella coplica traya
la perdición que se espera
á la corta ó á la larga,
y está más muerta Isabel
que si fueran a enterrarla...
Paco páece más tranquilo
y dá mäs miedo su cara...
Y al fin, El Rojo, espacico,
recalcando las palabras,
á manera del que trova,
contesta con arrogancia:

Yo no dejo la sendica
porque nunca vuelvo atrás:
de los dos que la seguimos,
quien no caya, llegará.

Entavía s'oye el son
de la ultimica palabra,
cuando Paco, en un suspiro
esenvainando la faca
y pegando un bote, llega
al corrico ande se canta
y corta, de un tajo, töas
las cuerdas de la guitarra...
Con el color trasmudäo
y pintaïca en la cara
la mala idea que lleva

y la ojeriza que guarda,
el traicionero del Rojo,
que ya prevenío estaba,
dá un salto y como una fiera
sobre Paco se abalanza
y acorarlo quié de un golpe
que le tira con la daga.
Pero, más ligero, Paco
a la intención se le alanta,
acometiéndole ciego,
a la ves que el golpe para,
y, lo mesmico que a un tronco,
la riá con fuerza brava
arrasträo se lo lleva
entre el podre de sus aguas,
lo arrempuja a la paré
y allí, loco por la rabia,
le acrebilla el maldecío
corazón, ande la faca
abre ca ves una hería
y ca ves más dentro esjarra,
¡como buscando el querer
encangrenäo del alma!

•

IX

¡Bién icía que estas fiestas
rara ves en pas acaban!
¡Ay, qué razón que tenía
Isabelica la Guapa!

La sequía

Ni que a Dios se lo pidas,
ni por más que suspires ni que ruegues;
tómalo con pacencia y no te canses
que, ya lo vés, no llueve
ni una gotica de agua, tan siquiera,
que tanto mal consuele.
¡Páece que ya en el cielo,
al igual que en los hombres que no sienten
las penas de los pobres,
ni el brillo de una lágrima se advierte.

Y, si no quiés venirte de vacío,
no vayas a la fuente,
que tié la sierra las entrañas secas
lo mesmo que las tién angunas gentes...

De tóico, lo mejor es que no salgas,
por más que te esesperes,
que de tós lc dolores
es el peor mil veces,
el ver tó el mal que la sequía ha hëcho
¡el ver tanta miseria y tanta muerte!...

Los campos, asolãos...
las tierras, traspillás [1], sin que les entre
la punta del aräo, ni que en ellas
agarre ni un granico de simiente...
las matas, retorcías
y los árboles, muertos... ¡náica verde!...
sin pastos y sin charcas ande beban,
los ganäos... ¡muriéndose las reses!...

[1] Resecas.

Los caminos, con una vara e polvo
ande se hunden los carros dista el eje
y se arrastran las mulas carleändo
y, abrasäos y ahogándose, se meten
los pobres carreteros que respiran
la terruza caliente...
¡Tó perdío!... ¡Perdío de remate,
sin que Dios lo remedie!...

Te pués esengañar, que náica alantas;
no suspires, ni ruegues;
y, si no quiés venirte de vacío,
ya lo sabes, no vayas á la fuente,
¡que tié la sierra las entrañas secas
lo mesmo que las tién angunas gentes!

Y la nena, ¡al brazal!

La boca me duele de estarle diciendo
—No quiero que vayas, nenica, al brazal...
no quiero que vayas, porque a ver a Paco
sé nena, que vás...
¡no quiero que vayas!...
¡miá que ni chispica de gusto me dá!...
Y no es que se diga
que es malo el zagal,
no es que yo me piense
que no te querrá...
pero es ligerico de cascos y páece
que le gusta beber y jugar...
¡Miá que ni chispica
de gusto me dá...
¡no quiero que vayas,
nenica, al brazal! —
¡¿Ella hacerme caso?!
Como el que una lumbre

quisiera apagar
y fuera, el reñirle, leña que se echara
pa encenderla más...
«Anda ves, nenica», páece que entendía
y, a tóicas las horas, ¡la nena, al brazal!
Ni con palabricas ni con malos tratos
se alantaba ná:
—Miá, nena, que Paco no anda muy erecho
ni páece formal...
miá que es un enrea
que le gusta vivir y triunfar...
miá que sus pasicos
no son bueno ya...
Pues como decirle que Paco era un ángel...
palabras perdías... ¡la nena, al brazal!
—¡Por Dios, hija mía, tén concimiento!
Procurando estás
que no te consienta
salir al portal,
que te encierre en el cuarto y te amarre
y que, aunque me duela, te llegue a pegar...
¡Ni por esas!... ¡ni chispa de caso!
¡ni que del demonio se hallara tentá!
de día y de noche
¡la nena, al brazal!

•

Ahöra resulta que Paco quería
divertirse con ella, na más...
que ya, con la nena, ni á buenas ni á malas
se quiere casar...
Con tóico y con ello y á tóicas las horas,
¡la nena, al brazal!

¡Uno sobra!

I

¡Mocico entavía!... ¡una criätura!...
era un zagal de esos que nunca resuellan
ni se meten con náide en el mundo,
Paco el de la Cerca.

Al revés de Paco, Pascual el Chubito
era... ¡vamos! como Dios quiso que fuera:
un hombre ya hëcho... güen mozo y valiente...
pero mu fantástico... mu mala herramienta!...

Pos tuvieron un día palabras,
y dista hay quien cuenta
que Pascual a Paco le pegó y le dijo:
«De hoy más, pués guardarte de que yo te vea,
porque ande te pille,
te pego en la geta.

Y a Paco ya náide lo vido, p'al caso:
de su casa, derecho a la güerta...
de la güerta, derecho a su casa...
sin icir palabra... baja la caëza
sin alzar los ojos
¡como el que en la cara llevara una afrenta!

«Pascual lo ha cardao; —decían algunos—
ese ya no alea.»
Y Pascual, si se hallaba presente,
riéndose, icía con mucha fachenda:
«Dejadlo; se esconde debajo e la cama
y, como los perros faldericos, tiembla.»

Y Paco callaba, por más de saberlo;
tenía su madre: una probe vieja
que se mantenía de lo que él ganaba,
y... ¿qué más razones pa ser una peña?

Una vececica, na más, dijo Paco
muerto de vergüenza:
«Pascual es la causa
de que yo me pierda;
¡o él sobra en el mundo o yo!... sin remedio
de los dos, hay uno que de más se encuentra.»

•

II

Pero tóico pasa, y a su madre un día
la llamó la tierra...
Lloró mucho el pobre... después tan sereno...
¡quién pensar pudiera!
¡Como esos remansos del río, que asustan,
se queó sereno Paco el de la Cerca.

Páece ser que entonces
hizo la encomienda
de la faca larga de cuatro canales,
y, empués de tenerla,
aunque siendo día de trebajo, el hombre
se puso igualico que en día de fiesta,
de majo y compuesto:
¡mu bien afeitao!... ¡su ropica nueva!...
Y buscó al Chubito sin parar y, dando
con él encomedio de la carretera,
le dijo: «A matarte
vengo, pa que veas
que, si tóico pasa,

tamién tóico llega.»
Y, en menos que s'ice,
se encontró el Chubito muerto en la cuneta,
y Paco en la cárcel,
con tó el pensamiento puesto en una idea:
«Sobrábamos uno;
no tenía vuelta.»

•

Lo vide entre cuatro paëres escuras,
resaltando en ellas
su cara tranquila...
¡su ropica nueva!

Gracia de Dios

Miá aquella zagala que ya pide novio,
y allá en el molino
tuícas las mañanas, en tanto que almuerza,
trisca con los mozos, que están derretíos.
Hoy, cuando juäba, el pan de las manos,
en la gresca, caérsele he visto:
se ha apagao su risa; se ha quedao suspensa
como si su padre, que es un viejecico,
fuera el que en el ínten
se hubiera caído...
Luégo, formalica,
su pan ha cogío,
besándolo á un tiempo... los mozos, en ésto,
la han dejao tranquila y, á la ves, han dicho:
«¡Ay, quién por su suerte,
pan hubiera sío!»
Ya vés, al remate,
lo que yo te digo:

el pan no se tira,
porque mata el Señor, hijo mío;
lo tienes de sobra y otros pasan hambre...
déjalo en la leja pa algún pobretico.
¡El pan no se tira,
porque está bendito!
Se coge y se besa...
al besarlo, dices «¡Amén!», hijo mío;
pal caso, haste cuenta que, en Dios puesta el alma,
rezas abonico:
«El pan nuestro de cada día, dánosle hoy
y perdónanos, Señor!»

•

El pan está santo;
oye esto, hijo mío:
El padre, en el campo trabajando, riega
con sudor el trigo...
hiñe el pan la madre
y hace en él una crus al heñirlo...
Por San Marcos, espiga la siembra
y bendicen los campos floríos...
El pan en sus manos
el Señor bendijo...
el pan es la vida...
¡es la gracia de Dios, hijo mío!

¿Que no quiés pan solo?...
¡Pan que no nos falte, yo al Señor le pido!
Páece que suspiran al decir los padres
«¡el pan de mis hijos!»
Pa dárselo á un pobre, se besa... lo besa
el pobre, al tomarlo, tan agradecío...
Cuando al suelo se cae, lo cogen
y lo besan tuícos

como cosa santa que tiene misterio
en que algo se encierra de humano y divino...
¡Se coge y se besa
como un piazo vivo
del alma y la carne,
que el golpe, al caerse, lo hubiera sentío!

•

El pan no se tira: si no tienes gana,
se pone en la leja pa algún pobretico,
no lo tires nunca,
¡que el pan es la gracia de Dios, hijo mío!

La enramá

I

¡No tié enjamás perdón Mariá Dolores
y anguna ves le pedirá Dios cuenta!
Al pobre de Juanico
de aquí pa allá lo lleva,
abora con esprecios
y aluego con risicas embusteras,
y está el zagal, por su querer, que páece
falto de la caëza...

•

¡Lástima que lo mesmo que de hermosa
Mariá Dolores de variable sea!
¡Lástima que Juanico, que es tan bueno,
tanto y tanto la quiera!...

•

Y no hay que esperanzarse
en que el zagal su desengaño vea:
ca ves está más loco,
ca esprecio que recibe, más le ciega;
cuanti menos está por él la moza,
el mozo más y más está por ella.
Tos ven esto más claro
que el agua de la fuente de la sierra;
tos, menos él, comprenden
que equivocó la senda...
Y tos lo mesmo l'icen
y tóicos lo mesmico le aconsejan:
«Déjatela, que pierdes el trebajo
sembrando en esa tierra.»
Y aburrío lo tién. Dista le sacan
coplas que lo encangrenan;
coplas que á su querer y á su pesáombre
van arrimando leña;
coplas maliciosicas
de retintines llenas,
que no le abren los ojos
¡y abren el corazón, ande se le entran!
Miá la que le cantaron,
que amargarle debió más que la tuera,
anoche cuando el probe, como siempre,
rondaba esalentäo dando vueltas,
sin que Mariá Dolores
se asomara á mirarlo, tan siquiera:

Busca ande te hagan laïco
y ande te traten mejor;
que esa es una lumbrecica
que a ti no te dá calor.

II

Mal camino ha emprendío
Juanico en su ceguera,
empeñäo en que ha e ser Mariá Dolores
su novia, por la fuerza.
Y, bién mirá la cosa,
la culpa, más que de él, es culpa de ella,
que pudo engañarlo antes que el probe
se llegara a poner de tal manera.
Pero a ella le ha pasäo
lo que a töa la que es una veleta:
hoy te quiero, mañana te aborresco,
te pongo cara alegre o cara seria,
y tomo tus regalos y los tiro,
y salgo a icirte adiós, dista a la puerta
y me escondo si vienes y te esprecio,
y aluego una risica... ¡y dale vuelta!...
Y no es esto entavía
lo peor de la fiesta:
lo peor es que un mozo
que viene tos los días de La Alberca,
muy fantesioso y majo,
montando pinturero en una legua,
se alaba de que está por él solico
María Dolores muerta.
Y aunque claro se vé que, alabancioso,
por presumir y por lucirse aumenta,
no se deja de ver, al mesmo tiempo,
que dando está Mariá Dolores vueltas,
y que está más vencía
p'al laïco del mozo de La Alberca.
Esto que pa to el mundo
ya es una cosa vieja,
también lo ve Juanico y no quié verlo,
porque de verlo tiembla,
y le echa a su querer tóica la culpa

de estos celos que el alma le envenenan...
¡A su querer, que él sabe
que cuanti más querer, más se recela!
Asina, con sus celos
y su querer pelea;
de un lão, lo que siente...
del otro, lo que piensa...
Y tiés asina que a los cuatro vientos
su sentimiento suelta
y canta esas coplicas
tan tristes y tan tiernas...
Desde hace angunos días,
hay una que se ha vuelto su petera,
y se pone a cantarla
ca ves que está Mariá Dolores cerca.
Escúchala y verás: seguramente
llorarías de pena
si en boca de Juanico,
con tó su sentimiento la sintieras.

No te rías si me caigo,
perdona si te trompiezo,
porque, a tientas y sin tino,
por tu querer ando ciego.

•

III

Hay trazas de que al fin Mariá Dolores
acabará con töa la pacencia
del pobre Juanico
que páece que al remate se esespera.
No hay día que al zagal no le haga un feo,
ni día que no häga que Juanico la vea
que gasta palabricas

y chanzas con el mozo de la Alberca.
Siempre en danza la ves con uno y otro,
sin queär dentro o fuera,
y se han puesto las cosas en tal punto,
que temo que algo malo sobrevenga,
estando como está Sábao Santo,
con sus músicas, cerca...
con töas sus porfías
y töas sus peleas.
Lleno de rumbo ha dicho
el mozo de la Alberca,
que música ha e tener Mariá Dolores
la santa noche entera
y que se ha de lucir y ha de ponerle
una enramá en la reja
con tóicos los claveles y las rosas
y tos los azadares de la huerta...
Lo que de hacer Juanico
nenguno se lo piensa;
él sabe las palabras
del mozo de la Alberca
y tié la cara fosca
y calla y se encangrena...
Se sabe solamente
que ayer en la Arboleja
y en un baile, al que fué María Dolores,
soltó Juanico una coplica llena
de celos y coraje
y de amenaza clara y manifiesta.
Vas a sentirla; mira el venenico
y la intención que lleva:

Si es que Dios no lo ha dispuesto,
lo ha dispuesto mi querer:
¡has de ser pa mí solico
o pa náide tiés que ser!

•

IV

Tales cosas tenían otras cosas más malas
que acarrear por fuerza.
¡Qué esgracia, madre mía!
Este Sábao Santo pasará a las leyendas.
¡Juanico, sí, Juanico
tan loco de remate, que dá pena!
Pa hacerle una enramá a Mariá Dolores,
allá a la media noche, según cuentan,
tronchó tós los naranjos de su huerto,
trayendo ramas de azadares llenas
y jasmines, en tallos, a brazäos
y, por haces, los nardos y azucenas...
Luego empués, con las ramas y las flores
igualico que adornan por la Pascua la iglesia,
remirándose, puso, de bonica,
como un altar la reja...

Pos en ese altarico, ande él tenía
su virgencica puesta,
empeñäo Juanico en que Mariá Dolores
esta mesmica noche el «sí» o el «no» le diera,
sin compasión anguna
y ejándolo lo mesmo que una peña,
ella le ha respondío
que «no» y que se marchara y que enjamás
[volviera...

Y loco ya Juanico, por la rabia,
y en la mesmica reja,
de un tajo, ha degollao a Mariá Dolores,
¡y allí la tiés entre las flores muerta!...
¡Allí la tiés... Su cara,
más blanca que la cera,
rodeá de jasmines y azadares

y nardos yazucenas,
¡páece una rosa blanca
que arrancó del rosal la ventolera!

•

Y allí también... cerquica, muy cerquica...
al comenzar la senda,
en un balsón de sangre está tendío
el mozo de la Alberca,
¡y espantá, a su laïco,
relinchando, su yegua!...

La reina de la huerta

Josefica, Josefica,
rosa fina de la huerta,
tan bonica, tan graciosa,
tan natural y tan buena,
que náide puede olvidarte,
con una ves que te vea;
tan modosa y tan poquico
creïda de tu belleza,
que tomas lo que te dicen,
a chanza, si te requiebran;
que si te cantan, que cantan
por otras mozas te piensas
y la cara, si te miran,
te se enciende de vergüenza...
Josefica, Josefica,
que privas sin que lo sepas
y eres, sin imaginarlo,
soberana de la huerta;
que, pa besarte, se doblan
a tu paso las palmeras;
que las aguas, pa mirarte,

se detienen en la cieca;
que un palacio, tu barraca,
páece cuando estás en ella,
y puede una miraïca
tuya encender una guerra...
Josefica: caballeros
principales de Valencia
(que, al igual de aquellos otros
andantes de las leyendas,
en libros y damas tienen
gala en poner sus empresas)
al amor y a la hermosura
le van a hacer una fiesta,
y en ella gran homenaje
rendirán a cuantas reinas
proclamaron y cantaron
en sus versos los poetas.
Y yo digo, Josefica,
que si a tí te conocieran
estos nobles caballeros
de la ciudá de Valencia;
a tí, que te habrán cantao,
por las noches a tu puerta,
tantas coplas como pueden
escribir tós los poëtas;
a tí que, alreorcico tuyo,
de tóico te enseñoreas
y, por tu gracia, te adoran
y, por tus hechizos, reinas,
digo que estos caballeros,
de conocerte, vinieran
y en triunfo, seguramente,
te llevaran a la fiesta
del amor y la hermosura,
pa que brillaras en ella
¡hermosa entre las hermosas!
¡¡como reina de la huerta!!

Aleccionaïca

No me daba calor la zagala...
A mí me paecía
que estaba por otro,
que en mí no pensaba ni siquiá una chispa...
Se me figuraba que hacer imposibles
pa que me quisiera, poquico sería...
¡Mi hacienda le hubiera yo däo por una
de sus miräicas!...
—«Díselo, porque, a media palabra,
te responde que sí»— me decían.
«Díselo, que con palmas te esperan
en su casa, si vas a pedirla.
¿Ande, nunca enjamás, semejante
proporción pa casarla tendrían?
No serán, de seguro, tan ciegos
sus padres que dejen, así tan aïnas,
escapar la ocasión de que sea
la zagala rica.»

Y como el cariño no atiende á razones
y va, sin remedio, siempre pa ande tira,
me senté en el poyo y, en cuatro palabras,
le dije, abonico, que si me quería...
Ella, sin empacho y a poquicos ruegos,
aterminaïca,
me repuso que «sí» de tal modo,
que me dió tristeza más bien que alegría...
de un modo que el alma me llenó de pena
pa töa la vida...

Pa mí, que al icirme que «sí» la zagala,
su sentir no icía...
Pa mí, que ya estaba revuelta del tóico...
¡y aleccionaïca!

Rosica

I

Miá qué fatigosa
y apavilaïca
viene la zagala
por la cuesta arriba...
desansiá, sin fuerzas,
acansinaïca...
¡Páece, con los ojos
hundíos y tristes
y como la propia
cera las mejillas,
su cara bonica!
Al andar, la pobre,
con ná se atosiga
y en cá aliento páece
que va á echar la vida...
La gente asegura
que está opilaïca...
perene en su cara
se extiende un pañico
de melancolía...
¡quién ha de pensarse
del mal que se muere
la pobre Rosica!

•

II

Bartolico el Troväor,
que es de los mozos cabales,
porque a bueno y recogío
hay poquicos que le ganen

y porque cantando copias
tampoco hay quien le aventaje,
anda que bebe los vientos
y está loco de remate
por la nena de Los Rojos,
amos de la Casa Grande.
Pero como a la zagala
no le consienten sus padres,
por ser Bartolico pobre,
con el zagal tal noviaje,
haciendo, así, que la moza
más por el mozo se afane,
los muchachos a escondías
llevan su querer alante
y, a salto de mata siempre,
andan pa verse y hablarse.

•

Rosica tié su barraca
enfrente e la Casa Grande
y conoce a Bartolico
desde que iban de zagales
a las moreras por hoja
y por yerba a los cañares...
¡de töa la vida!... ¡de ir
junticos por tóicas partes!...
Luego ya, al hacerse mozos,
si no sueltos como enantes,
han seguío tan amigos
y en su trato tan iguales,
que no hay tan siquiera un día
sin que Bartolico pase
ca Rosica un buen ratico,
cosa que no extraña a náide.
Tienes, así, que el zagal,
con la excusica de estarse

sus raticos ca Rosica,
rondea la Casa Grande
y echa sus buenos vistazos
y habla cuando pué lograrse
con la zagala de enfrente,
que está al acecho a cá instante.
Y como Rosica se halla
sola, porque no tié madre,
y su padre y su hermanico
siempre están en los bancales,
tiés que ná tan reservao
Bartolico pué buscarse
pa gozar de su querer,
sin que lo eche de ver náide,
como aquella barraquica
que, escondía entre rosales,
a un nío de ruiseñores
mu bien pudiá compararse.

•

III

—¡Válgame, ya no tengo
que agradecer que vengas a mi casa!—
De esta manera comenzó Rosica,
temblándole la vos a cá palabra...
clavando en Bartolico aquellos ojos,
que más tavía que la boca hablaban...
aquella boca que, con ser tan dulce.
tenía una risica más amarga...
—¡Ya sé que estás por ella!...
No me lo niegues, que se vé en tu cara,
como se vé en la fuente el chinarrico,
a través del cristal limpio del agua...
¿Pa qué vas a negarlo?

¿Es que es alguna falta?
¿Es que se echa el querer por la sendica
que a uno le dá la gana?
¡Y estás loco por ella!...
¿Verdá que te ha robäo entera el alma?
¿Verdá que estás sin juicio?
¿Verdá que ya no escansas
y la noche y el día
pensando en ella pasas?—
Y töas estas cosas,
de la boquica aquella se escapaban,
juntas y a borbotones,
como el chorro del agua
que, al destapar la hilera [1],
suelta la azarbe [2] cuando viene rafa... [3]

Y aquello que Rosica a Bartolico
cual propia interesá le preguntaba,
aquello que afanosa
l'icía llena d'ansia,
no era ni más ni menos
que el sentir que la ahogaba...
un querer de esos grandes,
que son más grandes cuanti más se callan...
querer por el mocico,
y querer en el que ardía la zagala,
querer que, hablando, hablando,
¡a piazos de su pecho se arrancaba!...
Y Bartolico a tó le respondía
siempre que sí con la cabeza baja,
y ella se estremecía de sentirlo
y, sin chispa de rabia,
clavando más y más en él sus ojos,
¡resisnaïca y triste lo miraba!...

---

[1] Sangría en la acequia — atarjea.
[2] Gran acequia.
[3] La acequia plena, derramándose.

Estuvo Bartolico un par de días
sin ir por la barraca,
porque, allá en sus adentros,
tó se lo recelaba
y sentía reparo
de poner a Rosica de pantalla.
Pero ella, en la apariencia muy alegre,
lo llamó una mañana
y, dista en son de broma,
le dijo estas palabras:
—¿Ande vas tan ligero?
¿Qué tiés que ya no pasas?
Los amigos leales,
nunca por nunca faltan.—
Y Bartolico entró dando una excusa,
y ella, manifestándose muy franca,
pero con vos un poco tomaïca,
de esta manera le habla:
—A mi no me incomoda
que vengas a mi casa,
ni que desde ella aceches
a quien te priva el alma,
ni que venga a buscarte esa persona,
ni siquiá que me mandes a llamarla.
Los amigos leales,
nunca por nunca faltan,
y no fuera amistá ni en mí sería
querer como Dios manda,
no hacerte tóico el bien que yo pudiera,
cuando en mi mano estaba.—
Sintió estas palabricas Bartolico
con tóico el amargor de la retama;
pero, al alzar los ojos,
se encontró tan serena aquella cara,
que, en el ínten [1] aquel, pensar no pudo

[1] Instante.

el fuego que llevaba,
consumiéndola viva,
Rosica en las entrañas!...

•

IV

Y con tanta fé se toma
Rosica su penitencia
y, por bien de Bartolico,
tanto y tanto se atormenta,
que, siendo to lo contrario,
páece que la novia es ella,
y al ver cómo se las busca,
páece que goza en las penas.
Ella vá á la Casa Grande
y ella los recäos lleva;
ella evisa a Bartolico,
si es ocasión de que venga,
y en su barraca a los novios
a sus anchas se los deja,
saliéndose ella al portal
y acechando, entanimientras,
pa que platïquen a gusto,
sin que náide los sorprenda.
¡Qué raticos, pa Rosica,
estos que pasa en su puerta!...
Pué icirse, con tó y con ello,
que ni esazón manifiesta:
con sus ojos entornäos
y con su cara de cera,
sin removerse pa ná,
páece que es tóica de peña,
y se vé, sin gran trabajo,

que está más dentro que fuera.
Dentro, ande está Bartolico,
viendo, por más que no vea;
dentro con el pensamiento,
dentro con el alma entera,
y gozando, porque él goza,
aunque es su gozo su pena.
Y hay que sentir sus palabras
y hay que ver tó lo que encierran,
cuando solo a Bartolico
ó a la novia sola encuentra.
A ella, lo mesmico siempre,
con poquica diferencia:
—No le pagas su querer,
ni tó lo que vale aprecias.
¡Cuántas por él, sin pensarlo,
la fama y la vida dieran!
¡No es tu querer verdaëro,
cuando tanto lo esesperas
y no te atreves a hacer
«una» que suene en la huerta!—

•

Y a Bartolico, otras veces:
—¡Ven aquí, que vas a verla!—
Y solos en la barraca
y cerraïca la puerta,
juntos y a escuras, se asoman
por las rendijas aquellas...
Y él siente pegá a la suya
aquella cara que quema,
y apoyaïca en su espalda
aquella mano que tiembla...
y el aliento calentico
y la boquica tan cerca...

y aquella vos tomaïca,
diciéndole con tristeza:
—¿Verdá que por nada en el mundo,
dejarías de quererla?—

•

V

Tó tié su remate,
y a tóico en el mundo le llega su höra:
Segura Rosica de que Bartolico
sus cinco sentíos tenía en la ötra;
segura de verlo morirse penando,
si no se casaba con aquella moza;
y segura de ver a los viejos
de la Casa Grande cá ves más en contra,
se conoce que echó bien su cuenta
y no, como dice la gente, que loca,
sino como santa,
hizo aquello que hizo, que asusta y asombra.
Aguardó a que estuviá Bartolico
dentro e la barraca junto con su novia
y, echando la llave, los dejó encerräos
y se fué por la senda más sola
y se echó de cabeza a la azarbe
¡y muerta la hallaron atrancá en la ñora!

•

¿Sientes las campanas?
¿sientes cómo doblan?
Pues, anque es a muerto, por una promesa,
se celebra a ese son una boda:
la de Bartolico
con aquella novia...

Pa siempre, las cruces acaban de echarles,
y oyendo la misa se hallan a estas horas
¡por el alma e la pobre Rosica,
que Dios tenga en gloria!

Bendición

Caen hachos encendíos, parte las peñas
el sol que abrasa...
ni en los altos un soplo de viento corre
¡y un pavor de la tierra sale que mata!...
Con la boca más seca que los traspoles [1],
en las eras el mozo, del trillo salta:
de roja y encendía, que tira a negro
tiene la cara,
y carleändo,
viene y se abuza, muerto de sé, a la cántara,
que tresmanando cuelga
bajo la parra...

La moza, que a la sombra de los nogales
animosa y alegre la ropa lava,
con los brazos esnúos y el seno abierto
luciendo una hermosura de carne blanca,
de puntillas al mozo llega abonico
y dándole en el brazo, le aboca el agua
que, cayéndole encima,
tóico lo cala...

Corre tras ella el mozo, la moza vuela...
gavilán y paloma... vá a darle caza...
en el cañar cercano,
por fin, la atrapa

[1] Traspol — piso de yeso.

y, por más que ella chilla,
¡le mordisquea y besa la carne blanca!

•

Otra vez animosa,
y deshecha de risa, la moza lava...
Desde su trillo,
a poquico, en las eras el mozo canta:

¡Qué bien lava mi nena,
qué ropa tiende!...
la vá ejando blanquica
como la nieve...
¡páece que el agua,
al pasar por sus manos,
sale más clara!

II

Llega debajo del parral, sin fuerzas,
el pobre viejecico de la cabeza cana,
y se deja caer penosamente
en el poyo a la puetra de la casa.
Con tóico el solanero
viene desde los Llanos de la Páira...
La moza, condoliéndose, se acerca
y él le dice: ¡Hija mía, dame una sé de ägua!»
Le dá la moza,
compasiva, la cántara,
y bebe el viejecico ansiosamente... luego, asina,
como un apóstol, a la moza le habla:
¡El agua es tó, hija mía!... Vengo de los secanos,
ande las tierras traspillás se abrasan...:

Cuando es que llueve, o dicho a nuestro modo
con mejores palabras:
cuando a esas tierras el Señor les echa
su bendición, encantan!...
¡el propio paraïso
son entonces los Llanos de la Páira!...
¡Hogaño, que hay sequía,
de pasar por allí, se parte el alma!

Las cebás se cogieron... a los trigos
entavía les falta...
de llover estos días, pué que a tiempo
la bendición llegara...
Pudiera ser que esta mesmica tarde,
tuviéramos el agua,
porque es buena señal cuando las nubes
a los picachos del Cajal se agarran...
Dios te lo pagará, dame, hija mía,
¡dame otra ves la cántara!

Qué penosa es la sé y qué consuelo
tan hermoso es el agua!...
¡El agua es la alegría!...
¡el agua es tó: la vida y la esperanza!
Desde el alto en que estamos,
mira la huerta que la vista encanta:
¡la cruzan como venas los brazales [1],
en ande corre, como sangre, el agua!...

Ayer unos zagales en la cieca,
como hacen las diabluras sin pensarlas,
iban quijero arriba
y töas las hileras [2] las soltaban...

---

[1] Hilos de riego, arroyos.
[2] Sangría, escape de acequia de donde arranca el brazal.

Se vían los caminos
anegándose en agua...
aquella bendición que se perdía...
¡los hubiá confundío, porque me dió
una lástima!...
¡me paeció que la huerta
töa se desangraba!...
¡Ay, huerta de mi vida,
si su sangre preciosa le faltara!...

III

Ya apaga la tierra su sequía... ¡llueve,
gracias al Señor!...
En la casa, la moza y el mozo,
juntos se cobijan riëndo los dos...
los pájaros pían y buscan sus níos...
granan en los campos los trigos en flor...
¡Agua de los cielos, vida de los pobres!...
¡santa bendición!

Deshechica

Podía usté, máere,
llevarme a la fiesta...
—Mujer, ya veremos...
¡Jesús, qué petera!
Te duermes de noche con el estribillo,
y por la mañana con él te despiertas...
no sé qué te pasa, pero a buen seguro
que en tós sus cabales no está tu caëza
Enantes cantabas lo mesmo que un pájaro
que no tiene penas,
y a tó te reías igualicamente
que quien en naïca de este mundo piensa...

Ahora, zagala,
ya no eres la mesma:
ya no te se siente y estás pensativa...
tú no eres, zagala, sombra de lo que eras...
¡Ya no te se siente, si no es pa decirme:
«Podía usté, máere, llevarme a la fiesta!...
Sin que lo esperaras
ni me lo pidieras,
el año pasao
te llevé a la fiesta;
te daba lo mesmo ir como quedarte
yibas tan contenta...
Reparé que estabas
triste y pesarosa después a la vuelta...
¡no quisiá llevarte, por temor, zagala,
de que luego más triste volvieras!...
—Lléveme usté, máere,
¡que iré yo solica, si usté no me lleva!...
El año pasäo, sin parar d'icirme
cosas y mirarme, por tóica la fiesta
nos seguía un mozo... Lléveme usté, máere...
¡más triste que estoy, no pué ser que vuelva!

Siempre te conocería

Nena que por cara tienes
una rosa alejandrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendía;
nena la del seno altico
y pelo como la endrina;
murcianica por el habla,
por el querer murcianica...
yo, ande te viera en el mundo,
siempre te conocería.

Zagala del Verdolay,
huertana de Albatalía,
de tu natural graciosa
y sin maldá ni malicia;
te lleven ande te lleven,
te llamarás Carmencica,
te llamarás Rosarico,
te llamarás Doloricas...
Yo, cuando oyera llamarte,
siempre te conocería.

Te vayas ande te vayas,
te llevarás tus ropicas
de huertana: tu refajo,
tu armaör, tu mantellina...
y aunque te llegues á ver
ande otras hablas se estilan,
yo sé que dirás «nenico»;
yo sé que dirás «bonica»...
y yo, si te oyera hablar,
siempre te conocería.

Te encuentres ande te encuentres,
serás siempre la mesmica:
suspirarás por la tierra,
que es lo que menos se olvida...
tus recuerdos, tus cariños
y tu ilusión de algún día,
con estilo y sentimiento
pondrás en una coplica...
Yo, si te oyera cantar,
siempre te conocería.

También pondrás en un hombre
tu querer, con alma y vida,
y por un querer, sé yo

capás de lo que serías:
¡ay si tus celos despiertan!
¡ay si tu querer te quitan!...
huertana mora celosa,
¡ay cómo te trocarías!...
¡Yo, por tu querer, zagala,
siempre te conocería!...

Y te vayas ande vayas,
yo sé que a la Fuensantica
tendrás en un fanalico
con una lus encendía
y el fanalico adornäo
con alábegas benditas...
y sé que le rezarás
hincaïca de rodillas...
Yo, si te viera rezando,
siempre te conocería.

•

Nena la del seno altico
y pelo como la endrina;
nena de los ojos negros
y de la boca encendía;
tú la que por cara tienes
una rosa alejandrina,
serás, cuanti más lejicos
te vayas, más murcianica...
y yo, en el mundo, ande fuera,
¡siempre te conocería!

TERCERA PARTE

LA CANCION DE LA HUERTA

La carta del soldao

No hetenido carta tuya,
pero de mi madre sí...
¡y aún no le he escrito á mi madre
y otra vez te escribo á ti!

Me dicen angunos que pa qué te escribo...
¡Ay qué bien que se habla!...
¡Yo te escribiría manque me dijeran
que á tus manos no llegan mis cartas!...

Te escribo y asina, nenica, me pienso
que te hablo lo mesmo que enantes te hablaba;
sentaïcos los dos en el poyo... ¡cuánto tiempo que
[hace!...
Tu madre cosía... los nenes juäban...

¿Por qué no recibo,
nenica, tus cartas?
Hay quien asegura
que con otro mozo del pueblo te casas...
Mi madre me escribe ¡pero no me mienta
de esto una palabra!...

¿Por qué no me escribes tú también, nenica?...
Yo nunca me creo náica de esto que hablan:
pienso que muy fácil
se pierden las cartas;
pienso, sin sosiego,
que pué que estés mala...
pienso en tóicas esas
cosas que me matan...
¡pienso en tóicas esas cosas que me güelven
loco de pensarlas!

¡Que pa qué te escribo!... Pa hacerme la cuenta
de que siempre te hablo... de que no me engañas...
Pa hacerme la cuenta de que no hay otro hombre
que en el poyo te habla...
Por eso te escribo. Yo quiero que veas
que nunca por nunca mi querer te falta...
yo quiero que veas que de tó me acuerdo...
¡que estoy con el alma
siempre en la sendica
que va pa tu casa!...

Por eso te escribo...
¡por eso te escribo larguica la carta!...
Pa negar y negar que me olvidas,
pa negar y negar que me engañas,
pa que veas que soy siempre el mesmo...
¡aquél que en el poyo te hablaba y te hablaba!...
¡Cuánto tiempo que hace!...
¡Tu madre cosía!... ¡los nenes juäban!...

¡Qué triste me he puesto,
nenica del alma!...
Mira qué coplica
de cantar acaban:

Cuando vuelva, si es que vuelvo,
¡Dios sabe lo que hallaré!...
Si una bala mata un hombre,
¡el tiempo mata un querer!

Carta de mi madre... De tí... ¡cuánto tiempo
que no tengo carta!...
¿Por qué no me escribes,
nenica del alma?
Dicen que, de fijo, de mí no te acuerdas...
que con otro mozo del pueblo te casas...
¡¿Por qué no me escribes?!... ¡¿Por qué no me dice,
de tó esto, mi madre, siquiá una palabra?!
Qué triste me he puesto!...
¡qué triste me he puesto, nenica del alma!...

El esjince [1]

¡Calao vienes
dista los güesos!
¡Miá qué apargates! [2]
¡miá qué babero! [3]
¡Barro en la cara!
¡barro en el pelo!...
¿En ande, asina,
zagal te has puesto?
¡Si reventaras!...
¡si diás un trueno!...

¡Tú dás conmigo
fin, sin remedio!
¿Vine yo al mundo,
Señor, pa ësto?
Si de esta hecha no pierdo el juicio,
nunca lo pierdo.
¿No es pa matarte?
¿no es pa que hiciera yo un desacierto?
¡A ver si callas,
demonio vivo de los infiernos!

¿Tavía lloras?... ¡Que no rechistes!
¡que no te sienta, miá que te estrello!
¡Ven que te esuelle! ¿Que no te lave?...
¡si he de arrancarte dista el pellejo?

•

[1] Rasguño, herida.
[2] Alpargates.
[3] Delantal.

¿Pero, Dios mío, qué esjince es éste?
¡y echando sangre, Dios de los cielos!
¡Hijo de mi alma! ¿Te duele muncho?...
¡no ha de dolerte!... ¡no pué por menos!
¡Deja la ropa que se haga yesca!
¡Ay nene, nene... si no es más que ésto!...
¡Jesús qué esjince!... ¡lástima de hijo!
¡¿Ves, hijo mío, lo que te has hecho?!
¿Ves? ¡de tan malo! ¡Ven que te cure,
demonio vivo de los infiernos!

Mustia

Ya sé yo que no tiene motivo
nenguno de pena:
se casó con aquél que iba töas
las noches á verla;
se querían los dos y se quieren
como hay en el mundo pocos que se quieran,
y es cosa de encanto, la pas tan hermosa
que en su casa reina.
Si él madruga y trabaja y afinca,
no hace menos ella;
tienen hijos y el pan, á Dios gracias,
no les escasea;
como pobres, ni pueden quejarse,
ni nunca se quejan...
pero yo te digo que, con tó y con ello,
ver á Rosarico me causa tristeza.
¡Lástima e zagala!...
¡no es ya ni la sombra de lo que antes era!
¡Lástima de moza!...
¡qué apañá... ¿te acuerdas?...
¡Más blanca, entavía, que la propia nieve!
¡maja como en día perenne de fiesta!

¡alegre y riéndose á tóicas las horas!
¡airosa y lo mesmo que un junco de erecha!...
¿Ande está aquel aire? ¿ande están sus risas?
¿ande sus majezas?...
No tendrá la zagala motivo
nenguno de pena,
pué que viva á gusto...
pero dá tristeza
ver á Rosarico tóico el santo día
igual que una negra,
abora pal río,
dempués pa la ëra,
un zagal en brazos y otro de la mano,
siempre encorvaïca con la crus á cuestas,
siempre en el camino como una hormiguica,
siempre en la faena;
la ropa estrañica que, limpica y tóico,
ni es vistosa, ni maja, ni nueva;
los ojos hundíos, la cara pañosa,
y tan formalica, que páece que es seria,
que páece que es triste,
manque no lo sea...
¡Lástima de moza!... ¡lástima e zagala!...
ni por pienso es la sombra de aquella
más blanca entavía que la propia nieve,
maja como en día perene de fiesta,
alegre y riéndose á tóicas las horas,
¡airosa y lo mesmo que un junco de erecha!

Las borreguicas blancas

I

¡Qué vueltas tan grandes,
en tan poco tiempo, dan angunas casas!...
¿¡Quién, á no saberlo, diría que el tío

Tomás el «Patriarca»,
no hace ná, pal caso, más de mil cabezas
de ganao lanar manejaba!?
Pos ahí tiés el mundo:
¡tó se fué lo mesmo que sal en el agua!

Los hijos, perdíos,
daos á la vagancia;
el gastar sin reparo y, aluego,
réditos y trampas;
la sequía, la falta de pastos
y, pa más esgracia,
como no viene un mal nunca solo,
dista, rematando con tóico, la plaga
que arrambló del hato
con lo que queäba.

•

¡Náide lo creyera!...
¿Quién se lo pensara?...
En aquel corralón en que enantes,
apiñá, por la noche, humeäba
aquella hermosura
de borregas blancas,
no hay rastro de sirre... [1] ¡allí ya no duerme
la majá de ovejas, ni los perros ladran!

•

II

Ya ves, Nochebuena:
pos... ni son de zambomba y guitarra...
Ya no quëa gusto, ni humor... ¡ni posibles!
en aquella casa.

[1] *Sirle, sirria.*

Sentaïco á la lumbre está el tío
Tomás, hecho un tronco, liäo en su manta,
hundía en el pecho
la cabeza blanca,
y páece que duerme...
¡no duerme el «Patriarca»!
Tié entornäos los ojos y sigue,
con töa su alma,
la alegre tarea de sus nietecicos
que están, que no paran,
haciendo afanosos un belén de aquellos
que se estilan hacer por la Pascua.
Ya tién de un pinacho [1]
la mitá e las ramas
y están recortando, pa llenarlo tóico,
borreguicas blancas... Borreguicas blancas,
de papel que sacaron los críos
de lo hondo del arca...
¡de papel en que, en tiempos mejores,
Se envolvieron vestíos y alhajas!...

Borreguicas que ve el pobre abuelo
en aquel duerme y vela en que se halla,
aumentar y crecer y apiñarse...
Le paéce que vuelven aquellas que entraban
en tropel por la puerta, otras veces,
de balíos llenando la casa...
Le páece que vuelven, soñando que tienta
con sus deos temblones la lana...
soñando que se echan alreorcico suyo...
soñando que humëan... soñando que balan...

•

[1] Pino joven.

Y siguen los nenes recorta y recorta
borreguicas blancas
y, soñando, soñando con ellas,
se duerme el «Patriarca».

Los tres nenes

Me asomaba á verlos
pasar por mi puerta:
tres nenes hermosos
qu'iban a la escuela...
los tres pequeñicos, los tres casi iguales...
¡tres caras bonicas como tres estrellas!

¡Iban tan limpicos!... A la madre, siempre,
la veía en ellos, sin saber quién era:
me la imaginaba
como el pan de buena...
me la imaginaba, por lo curiosica,
¡como el agua pura que nace en las peñas!...
Iban tan limpicos
que yo me decía: —De seguro que ella
los viste y se mira, como en tres espejos,
en sus tres hijicos... ¡como si lo viera!—

En algunos días
no ví por mi puerta
pasar á los nenes...
Sintiendo extrañeza,
pregunté por ellos y me contestaron:
—¡Lástima de hijicos!... No van á la escuela
porque está su madre malica en la cama
que Dios se la lleva!

•

Al poquico tiempo pasaron los nenes,
otra ves junticos, los tres por mi puerta...
¡Llevaban al cuello
la cintica negra!... [1]
sin que la llevaran,
su esgracia se viera:
iban dejaïcos... sin aquel apaño
propio de la madre... sin la gracia aquella...
¡Lástima de hijicos!...
¡se me heló, de verlos, la sangre en las venas!

¡Tó pomporicas! [2]

Pa poder verse á solas,
al soto s'iban
y en el mesmo remanso
junto á la orilla,
sintiendo hablar al mozo,
la zagalica,
se pasaba las horas
embebecía...

En tó lo que duraba
lo que s'icían,
con la petera el mozo
de echar chinicas
al remanso del río,
nunca ponía
sus ojos en la cara
de la mocica
¡y ella con sus ojazos
se lo comía!...

---

[1] Señal de luto: una pobre cintita negra alrededor del cuello.
[2] De pompa, ampolla de agua y aire.

Al golpe seguidico
de las chinicas,
la corriente serena
se estremecía,
llenándose el remanso
de pomporicas,
tan vanas, que en el ínten
se deshacían...

Y anguna ves, al mozo
la zagalica,
sintiendo sus palabras,
le respondía:
—Que tus promesas llegue
yo á ver cumplías
y tó salga igualico
que me lo pintas...
Que esas palabras tuyas
con que me privas,
¡no sean lo mesmico
que pomporicas!...

Le salió á la zagala
lo que temía:
la engañó el mozo al cabo
con palabricas...
se devirtió con ella...
¡la ejó perdía!...

Y la pobre en el soto,
y ande se vían,
se echó de golpe al agua
dende la orilla,
que una chinica...
llenándose el remanso
de pomporicas...

Tó el que lo sabe, dice:
«¡Páece mentira!»
¿Por qué, si en este mundo
tó es pomporicas?

La risera

I

Al remate ha encontrao, pa novio,
un hombre á su gusto, Juana la «Morena»...
Con tóico y con ello, no sé que te diga...
¡ojalá que le salga la cuenta!

Frasquito es buen mozo,
pero tiene muy mala cabeza...
Frasquito se pasa
las noches en vela
de rondeo, belenes y bailes
y de francachelas...
pero es pinturero, va siempre mudao,
se echa á tós los días la ropa de fiesta,
toca la guitarra,
canta coplas que él mesmo se inventa,
rumba y gasta lo suyo y lo ajeno,
tié la mano rota y tira su hacienda...
Esto á las mujeres las saca de tino...
Luégo, sus maneras
y las palabricas que tiene pa hablarles...
L'oyen y se erriten... ¡y se ponen ciegas!

Es tó lo contrario que Frasquito el «Cuco».
Juana la «Morena»:
tié pocas palabras,
tié la cara seria...
pero tié en el mirar de sus ojos
negros ¡una fuerza!...

II

Yo sé que el noviaje
viene de una apuesta,
que la gana Frasquito, si logra
que Juana consienta
que él salte á deshora las tapias del huerto
pa verse con ella.
La cosa no es fácil, porque á los mastines
en el huerto de noche los sueltan;
la cosa no es fácil, si fuá lo que paéce
Juana la «Morena»...
¡pero, á las caricias, callan los mastines
y la moza más brava se entrega!...

III

¿Que cómo fue aquello? Pos siendo. En quereres
pué ser tó, por grande y extraño que sea.
Fuera que la moza tuviá sus recelos,
ó fuera castigo que Dios dispusiera,
lo cierto es que asina pasaron las cosas,
según lo que cuentan:

De acudir á la cita del huerto,
al «Cuco», palabra le dió la «Morena»
y, al pié de las tapias, á la media noche,
ya estaba Frasquito con los de la apuesta,
aguantando el resuello... ¡calläos
tóicos como peñas!

Se sintieron gruñir los mastines
y una vos, muy cerca,
de mujer, que abonico decía:
—«¡Cállate, «Canelo»!... ¡Cállate «Pantera»!...

De un salto, Frasquito se mete en el huerto...
¡Los mozos, callaos lo mesmo que peñas!...
La vos, abonico:
— «¡Cállate, «Canelo»!... ¡Cállate, «Pantera»!...
La luna, lo mesmo que si fuá de día...
la nöche, serena...

De pronto, de un beso,
dista los que escuchan, el son claro llega
y, al sentirlo, no puén contenerse,
¡y rompen tós ellos en una risera!...

Abonico otra ves, en el ínten,
sintiéndose clara de coraje llena,
la vos, á los perros abora los zumbe
volviendo á decirles: —«¡Canelo! ¡Pantera!»

Y, á la par que se sienten las risas,
se sienten los perros lo mesmo que fieras...
se sienten lo mesmo que cuando en el lobo
rabiosos se ceban...
Aquel alarío de los dos mastines,
aquel alarío que la sangre yela,
respondiendo á las risas de enantes,
¡páece otra risera!

•

Luégo, tó tranquilo...
el silencio llenando la huerta...
la luna, lo mesmo que si fuá de día...
la noche, serena...
relamiéndose, llenos de sangre,
«Canelo» y «Pantera»...
y fija en Frasquito,
que en el suelo hecho piazos se encuentra,

con la cara fosca, sin estremecerse,
Juana la «Morena»...
¡pero tié en el mirar de sus ojos
negros, una fuerza!...

Cá cosa en su tiempo

Quien te vé y te vido,
¡hija de mi älma!
Eras pequeñica
como esa zagala
que esmuñe[1] la teta,
y á tu madre, chupando, se traga...
La teta era entonces pa tí lo más dulce...
¡lo mesmo esmuñías! ¡lo mesmo mamabas!

•

Cá cosa en su tiempo.
Ahora no piensas más que en ir por agua,
porque en el camino,
Pepe el de la Algáida
te tira chinicas
y abonico t'habla...

Cá cosa en su tiempo:
las cosicas esas pa tí son, zagala,
la teta más dulce... Ahora no piensas
más que en ir por agua
¡y esmuñes la fuente,
nena de mi älma!

[1] De ordeñar.

I

¿Ande estará esta zagala?
¡Señor, me tiene deshecha!
Ni que me esjarre gritando,
ni que me asome á la puerta...
¿Nene, no has visto á tu hermana?
—No, señora.
¡Pues arrea! [1]
Sin pararte, abora mesmo,
la buscas; ¡á ver si vuelas!
¡á ver si, con mil demonios,
en angún sitio la encuentras!...
¿Ande estará esa lebranca [2]
grandísima corretera?
Anda corriendo, zagal;
anda ya y no te entretengas...
Échate por el barranco,
dá una vos en las paleras [3],
veste, en una correntilla,
por el quijero e la cieca;
sube al molino, pasando
por la almazara y las eras,
y embócate [4] ista [5] el lugar,
si no la ves por la huerta...
Anda ligerico, nene;
anda, á ver si dás con ella;
si la ves, ya estás aquí;
¡ya estás, a escape, de vuelta!
Si no la ves, no te canses

---

1 ¡Corre!
2 Mujer corretera.
3 Chumberas.
4 Llégate.
5 Hasta, dista.

de buscarla y no te vengas.
—¿Pero qué pasa, mujer?
—¡Qué ha e pasar! que está mu suelta
la zagala y no me gusta
que ande asina.
—¿Quién? ¿la nena?
—La nena, sí, nuestra hija,
que verás, Dios no lo quiera,
si nos dá un chasco, por ser
tú un padrazo.
—No lo creas;
¡pero si es una mocosa!
¡si á catorce años no llega!
—Sin tenerlos, me casé
yo contigo.
—¡Bueno fuera!...

II

—¿Catalina, no buscabas
á tu Isabel?... Pos paciencia:
con Nofrico va pal[1] campo,
camino de «Verdelena»,
tan arregusto los dos
montaïcos en la yegua.
—¡Madre mía del Consuelo!
¿Sientes, Paco?
—¿Quién? ¿la nena?
—¡La nena!... ¡sí! ¡la nenica!...
¡¿Ves, por darle tanta cuerda?![2]
—Déjalos, mujer!... Es mundo
y ellos irán á la iglesia...

[1] Para el.
[2] Aflojar la cuerda.

Al fin y al remate, fuimos
nosotros también á ella,
¡y bien sabes que pasó
tó de la misma manera!

Rescoldo

Yo me pensaba que era
tan facilico
el apagar la lumbre
de aquel cariño
¡Ay, lumbrecica,
lo que dura el rescoldo
de tus cenizas!

Así canta el mozo
cuando se halla á solas...
La mesma coplica
canta a tóicas horas,
de un modo que páece que el ama con ella
se le escapa también por la boca!...
Así canta el mozo
que tiene la novia
en la mesma calle,
en que há poco tiempo se hablaba con otra!...

El mozo, el domingo, platica á la puerta
con esta zagala con quien se habla abora,
y la que antes lo quiso, platica,
ya también con otro y á las mesmas horas,
en la propia calle, cerquica y de modo
que las dos parejas siempre se confrontan...

Y aunque alantaïcas en los dos noviajes
están ya las cosas,
se vé, cuando läo por läo platican
unos y otros novios así de esta forma,
que sus miraïcas, entavía, el mozo
se echa con aquella que era antes su novia...

¡Estas miraïcas,
bien claro pregonan
aquel rescoldico que dejó la lumbre
en el pecho del mozo y la moza!

Náide

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
si fuera esa sola, pudiá [1] yo alegrarme.
Mi pena no es de esas que esjarran el pecho
y que suelen, a veces, curarse;
no es de esas herías abiertas de pronto
y que manan sangre...
Mi pena no es honda,
mi pena no es grande...
pero es una pena
que con su tristeza no me eja que escanse...
¡Es una amargura desconsolaïca
que llevo en la sombra, que llevo en el aire!...

Sé que no me quiere; no es esa mi pena;
mi pena es sequía que no hay quien apague:
yo he puesto mis ojos en toäs ¡en toäs!
¡y nenguna ha querío mirarme!...
No es ella solica la que no me quiere:
ni ella, ni nenguna... ¡no me quiere náide!

[1] Pudiera.

Guárdame un roalico [1]

(A mi padre, muerto)

¡Ya escansas!... ¡ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...
Ya, pa tí, ni trebajos, ni penas...
Ya, pa tí, ni calinas, ni fríos...
Ya estás al amparo...
¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!
Ya estás ande llega lo mesmo el que corre
que el que va espacico...

¡Ya escansas!... ¡Ya duermes,
pa siempre, tranquilo!...
Pa cuando mi cuerpo,
pa no levantarse, se caya rendío...
pa cuando, en mi horica, me llame la tierra,
¡guárdame un roalico!

Loco de remate

El zagal estaba
en tós sus cabales [2];
pero andaba siempre caviloso y triste
por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Era el pobre zagal, vergonzoso:
un mocico de esos buenos y formales,
y causaba pena verlo á tóicas horas

---

[1] Es costumbre, en esta región, el despedirse de los muertos con esta frase, echando, a la vez, un puñado de tierra en el hoyo.
[2] Estar cuerdo.

murrio, callaïco, sin hablar con náide...
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!

Pal trebajo era un negro: salía,
hecho un esclavico, con la casa alante...
«¡Mis piés y mis manos!»
cuando lo mentaba, decía su padre...
Pues, solo el mocico, y anque vió mal tiempo,
se marchó con el carro de viaje
y en mitá del camino, la nube
le pilló de golpe, sin poder librarse...
Se caló ista los güesos, la ropa
se secó pegaïca á la carne...
le entró calentura, se vido á la muerte...
¡y loco, de aquella, queó de remate!

Le dió la locura por ser lo contrario
de lo que era enantes:
cantaba y bailaba
sin empacho en mitá de las calles
tan suelto y alegre, que el pobre paecía
más felís que náide...
¡Detrasico del loco iba siempre
escurrío de pena, su padre!

Luégo, algunos días,
al zagal le entraron arrebatos grandes...
Había que atarlo
porque no era cosa de verlo estrozarse,
y al viejo le hicieron llevarlo á las javias [1],
¡que era igual que, vivo, sepultura darle!...
¡Y al hijo, á la jaula, llevó engañaïco!...
¡El zagal cantaba, mientras que en la calle,

[1] Gavia, jaula de loco, casa de locos.

escurrío de pena y de angustia,
mirando á las javias, lloraba su padre!

•

Al mocico abora,
otra ves lo tienes en tós sus caballes;
pero ya no canta: lo ves, como en tiempos,
caviloso y triste por lo del noviaje
de la moza aquella que por él cegaba
y con otro le hicieron casarse...
Dá lástima verlo:
murrio, callaïco, sin hablar con náide,
¡como si por dentro de sí, que lo fuera
minando de muerte, llevara un mal grande!...
Cuando estaba loco, paecía más cuerdo...
¡páece abora más loco que enantes!

Ya... ¡ni el olorcico!

El nene llenaba la casa y á tóicos
los tenía lelos;
enjamás lloraba:
¡qué pasta! ¡qué genio!
¡qué hermoso! ¡qué carnes!
¡un pomo de rosas paecía su cuerpo!

Pos un airecico de ná, fué bastante
pa dejarlo muerto,
y en el ataulico [1]
el pomico de rosas metieron.

[1] Diminutivo de ataúd.

Dicen que la muerte
lo dejó lo mesmo
de color, de hermoso,
con la cara de ángel... ¡como sonriëndo!...
¡A mí me faltaron
las fuerzas pa verlo!...

Pasé por la puerta... a los alaríos
de la pobre madre, se erizaba el pelo...
Pasé por la puerta...
me dió el olorcico de la cera ardiendo...
¡me dió ese olorcico
raro de los muertos!

Y, aunque lo enterraron,
entavía, dempués mucho tiempo,
al pasar por la puerta me daba
aquel olorcico del pomo de rosas
que en el ataulico pa siempre metieron!...
¡aquel olorcico que yo lo llevaba
metío en los sesos!

Pero tóico pasa: ya no güele á cera
y a la madre reirse la veo...
¡ya, ni el olorcico
del nene, tenemos!

El caminico

Pa ir sin arrodeos derecho ande estaba
la moza aguardando, siempre echaba Isidro,
a campo atraviesa,
por el mesmo sitio,
y a fuerza de pasos,
la verea s'hizo...

Desde el arrecife, derecho a la casa,
partiendo «La Viña», se vé el caminico...
Después que una noche, como de costumbre,
con la moza a sus solas se vido [1],
del lugar, pa siempre,
se marchó por sus pasos Isidro,
dicen que harto de ella...
por otro capricho...
¡Tocá por la pena, la pobre Rosario
desde entonces no se halla en su juicio!...

La hierba se extiende naciendo en «La Viña»
y se empeña en borrar el camino;
pero no la deja
crecer Rosarico...
Dice la zagala:
—Si le dá idea de volver a Isidro,
que no tenga queja,
¡que esté el caminico!...

La coplica muerta

I

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre canta José Antonio,
al pasar frente a la «Casa
de los olmos».

Cuesta arriba, cuesta abajo,
siempre en el mesmico tono,
canta su coplica eterna
melancólico:

[1] Se vio.

¡Cuándo querrá la Virgen
de la Fuensanta
que tu ropa y la mía
tengan un arca! [1]

Coplica que, de sentirse,
vive en aquellos contornos,
como el son de los ramajes
en el soto...

II

Canta el zagal por Anica,
pero Anica está por otro,
y á perderse va en el aire
la coplica que echa el mozo...

Canta el zagal por Anica,
pero ni un eco remoto
tiene su copla en la «Casa
de los olmos»...

III

Ya no hay pájaros ni hojicas
en los árboles del soto...
ya pasa sin que lo sientan,
por la cuesta, José Antonio...

Desde que el zagal ha visto
que Anica se habla con otro
¡no se siente la coplica
de la «Casa de los olmos»!...

[1] Popular.

Hace noche escura... escura lo mesmo
que boca de lobo... ¡sin una estrellica!
De ratico en ratico, llampea... [1]
¡la nube está encima!

•

Con ser ya las tantas de la noche, a Paco
fuera de su casa lo tiés entavía...
ceñúa lo espera,
de plantón en su puerta, Antoñica...
Es un matrimonio parejico el que hacen
y dá gusto verlos en buena armonía:
son jóvenes, gozan de salú, de pocos
deseos se privan...
pero él tié su pronto y ella tié su genio,
y hay veces que riñen por cualquier cosica.
Que Antonia está ciega de querer por Paco,
es tan claro que salta a la vista,
por más que ella nunca tal cosa demuestre
ni, menos, la diga.
Es de las que häblan
poquico en su vida;
no es espamentera [2],
no anda con embustes y zalamerías,
no tié desahögo pa tóico, como otras...
¡es reservaïca!
No espega sus labios...
tan es ella asina,
que puá [3] ser que Paco no la haiga sentío,
como fuera su gusto sentirla,

---

[1] Relampaguea.
[2] Aspaventera.
[3] Pueda.

decirle «te quiero»
ni una ves solica.

•

Paco ha vuelto á su casa, y Antonia
ni siquiá[1] rechista;
pero es, el callarse,
en Antonia la seña más fija
de la pesaömbre clara y manifiesta
que en su cara se ve pintäica...
Esto le hace a Paco perder los estribos,
haciéndole que hable lo que no hablaría:
—¿Por qué calla Antonia?
¿por qué no se explica?
¿es que quié[2] tenerlo lo mesmo que á un nene?
pos ¿qué se imagina?
¿no sabe que es mucho peor cuando tánto
se aprieta y se obliga?
¿es que quié que rabie? ¿por qué lo encangrena?[3]
¿le luce que riñan?—
Y ya, de coraje
cegando, le grita:
—¿Por qué has de ponerte tan cerril conmigo,
que no quisiá verte?... ¿que te mataría?...

•

En tóico lo suyo se esjarra[4] la nube:
retumban los truenos, zumba la ventisca,
se amaga el ramaje
y el barranco se hincha...

•

---

1 Siquiera.
2 Quiere.
3 De gangrena, irritarlo, exasperarlo.
4 Desgarra.

Callaïca Antonia, se esnúa[1] y se acuesta,
sin decir ni siquiá palabrica...
Paco hace lo mesmo,
apagando la lus enseguía...

•

Vueltas y más vueltas...
el sueño está lenjos y Antonia suspira...
Paco que la siente, ya en tono más suave
y un poquico triste, le habla abora asina:
—¿Por qué ha de ser ésto,
si ves tú mesmica
que motivos pa tales disgustos
no te doy ni chispa?
¿Por qué ha de ser ésto?...
Cualquiera diría
que te causa pena
ver que gozo siquiá una miajica...
Es decir: que si estoy trabajando,
tú vives tranquila,
mas que pase en vela
tres noches seguías;
pero ná de amigos, ná de que descanse
ni que eche á un laïco penas y fatigas.
¿Y es eso quererme?
¡quererme!... ¡mentira!...
Reventando Antonia de pesar, tragando
la hiel más amarga de töa su vida,
responde al remate:
—¿Pero yo qué te hecho pa que tú me digas
tales expresiones? Si yo de otro modo
pensara, me páece que peor sería.
Negar que padesco porque no me llevas
contigo, si sales, fuera una mentira...

[1] Desnuda.

¡me páece que a menos ya tiés el sacarme
de paseo, como antes hacías!...—

—¿Pero no comprendes
(Paco le replica)
que no pué ser eso de tener yo a menos
el salir contigo, como te imaginas?
¿Por qué has de volverte loca, cavilando,
y á mí me arreprietas y casi me obligas,
con estos disgustos, a que algún camino,
pa no volver nunca, tome el mejor día?—

«¡Pa no volver nunca!...» Sin consuelo Antonia,
llora solamente de que se lo diga,
y calando, de lágrimas que echa,
la cabecerica,
y ampará en lo escuro, como al confesarse
buscara el amparo de la mantellina,
lo que en el sagrario
de su pecho guardäo tenía,
deja por su boca salir, como el hilo
—¿Por qué he de enojarme?
Si no te quisiera, no me enojaría...
Sabes que por eso son mis desazones...
¡por eso bien sabes que el vivir me quitas!...

Quiero tu compaña...
Páece que me olvidas
cuando aquí en la casa
me dejas solica...
Quiero tu compaña... ¡na más que eso quiero!
¡mi orgullo sería,
como cuando novios, ir a tóicas partes
contigo juntica!...—

Y Paco la siente
como nunca soñara sentirla...
y, en lo escuro también, en lo escuro
que como una gloria pa ellos se ilumina,
la aprieta en sus brazos,
sin decirle siquiá palabrica,
llorando como ella,
suspirando como ella suspira...
¡los cuerpos junticos!...
¡¡las bocas junticas!!...

•

Ya pasó la nube y abonico llueve...
Pa dar sus cosechas y sus alegrías,
se entreäbre la tierra y con ansia
se embebe el agüica!

Sin crucecica

I

Siendo pequeñico, le dijo su madre,
al verlo encelão que pillaba avispas
en un corvo [1] de uvas,
pa hacer herejías...
—Juan, no martirices los animalicos,
porque Dios castiga.
Hazme caso, nene.
¿Te enseño yo un juego bonico de avispas?
Vas a verlo, nene;
tén sosiego y mira:
Sin hacerle daño y con cudiaïco

[1] Cuévano.

de que no te pique, se coge una avispa
y se mete en el agua del pozo
que tiene la pila,
hasta estar seguro
de que no dá señales de vida...
En el suelo entonces y ande el solecico
calienta, le hacemos su sepulturica...
Luego, ya en el hoyo, su puñao de tierra
le echamos encima,
sobre el que paramos
una crucecica...
Hecho ésto, á poquico, la tierra
se remueve sola, saliendo la avispa,
¡y vuela á los cielos!...
¿Ves tú que bonico? ¡causa maravilla!
Son como las almas: ¡no salen, ni al cielo
van las que se entierran sin la crucecica!

II

Se marchó de mozo Juan por esos mundos
y, á los muchos años, hecho una ruina
del alma y del cuerpo, por poco si alcanza
á llegar á su casa con vida...
Renegando del cielo y la tierra,
sin creer en las cosas divinas,
ha muerto rabiando, y en el corralico
pa los protestantes, que hay en una orilla,
junto al camposanto, van á darle tierra
lo mesmo que á un perro, sin rezos ni misas,
sin que doblen por él las campanas,
¡sin crus que señale su sepulturica!...
Y su pobre madre,
que vive entavía,
a más de la pena de perder al hijo,
siente un desconsuelo que con ná se alivia:

Ná es al fin la muerte, si la fé consuela
y en la gracia de Dios se aconfía;
pero es que recuerda cuando a Juan, la pobre,
le enseñaba aquel juego de avispas...
«Son como las almas:
(ella le decía)
¡no salen, ni al cielo van las que se entierran
sin la crucecica!»...

Es cosa que se vé

¡Siempre te conocería!...

No me lo dijeran,
y lo adivinara...
Te gustan las flores... hablas con el «ico»[1]
de allá, con el dulce «dejico» del habla...
De seguro, nena, tienes en tu patio
macetas de alábegas...
Si rezas, ¡que rezas!,
pondría, de fijo, que es a la Fuensanta...
Por las mañanicas,
apuesto que cantas
como por la huerta las cabernericas,
al rayar el alba...
Y también suspiras, ¡vaya que suspiras!...
tú tienes tu «murria», tú tienes tus ansias...
¡Ay, quién se pudiera volver pajarico!...
¿no es cierto, zagala?...
¡Tú eres murcianica
con töa tu älma!...
¡No me lo dijeran,
y lo adivinara!

[1] Terminación característica del diminutivo en habla murciana.

Vengo de misa ¡y traigo un desconsuelo!..
La ha dicho el zagalico del tió Juan:
aquél que de pequeño era tan diablo
y que luego salió tan buen zagal...

Su madre se empeñó en que fuera cura,
dobló la frente y se dejó llevar
y, quieras que no quieras, no hubo más:
sin vocación, el pobre José Antonio
¡como una rés mansica
que al mataëro va!

Al cabo de los años
vuelve abora al lugar,
y dá pena de verlo
tan serio y tan formal.

•

Fué novio de Rosario,
la nena del tió Blas...
aquella tan bonica
que era un ángel de Dios... No se verá
noviaje como aquél... ¡era un cariño
ya ciego por demás!

Platicaban de noche, y por el día
no podían pasar
sin mirarse a raticos dende lejos,
¡sin hartarse jamás!
en la güerta, en la calle y en la plaza,
¡pa ellos tóico era igual!
¿¡y en la iglesia!? ¡los ojos no ponían
ni siquiera una ves en el altar!

A ella, cuando iba, la veías siempre
al pié del Nazareno, embelesá
mirando a José Antonio... ¡José Antonio,
mirándola enfrentico, sin parar!

•

Poco dempués de que él cantara misa,
la pobre, sin saberse de qué mal,
¡murió como quien no tiene en el mundo
ya náica que esperar!

•

No hay mayor sacrificio
que el que ha hecho ese zagal.
Al dar la bendición hoy en la misa,
miró pal Nazareno con afán
igual que en otro tiempo... y cual si viera
enfrente a Rosarico embelesá
mirándolo entavia,
¡no pudo resistir y echó a llorar!

Canelica

Ya está Cayetano pudriendo la tierra...
la tierra bendita;
le llegó su höra rematando el pobre
de penar en vida.
¡Qué solico ha muerto!
No lo aborrecían,
pero, por su genio, del laïco suyo
tós huyendo se iban...

¡Qué solico siempre, dende aquella noche
que mató, por celos, lo que más quería!
la mujer aquella por la que cegaban
tós los que la vían...
¡Pobre Cayetano!
¡Tós lo abandonaban menos su perrica!

¡Pobre animalico!
¡Pobre Canelica!
Acobardaïca detrás de su ämo,
temblorosa sus pasos seguía...
Nunca se lo ejaba, por más que con ella
pegaba su enquina [1];
y, empués de pegarle,
noble te la vías
¡arrastrarse a sus piés y lamerlo
y hacerle caricias!...

Ya el muerto en el hoyo
con la tierra encima,
nos hemos salío tós del camposanto,
sin poder traernos de allí la perrica,
¡y aullando la tienes en la sepultura,
que la sangre se yela de oirla!

¡Pobretico!

Callaïco y triste, no espegas los labios...
Nunca como abora de apocao te he visto...
¡Por lo que con ella te encierras y vives,
la melancolía páece tu cariño!...

[1] Inquina.

Sé lo que te pasa,
igual que si fuera tu sentir el mío:
que nenguna moza del pueblo te quiere,
que no hay quien te mire y te haga un roalico,
que eres un extraño pa tós, que no sabes
lo que es un amigo...

Te esprecian porque eres un pobre inclusero...
¡y tan pobretico!...
a más que no tienes sobre qué caërte,
¡ni padre ni madre, tan siquiá, has tenío!...

Sin sombra de náide te ves y ya piensas
que tós en el mundo semos lo mesmico...
No te esansies [1] tanto... Repara que hay alguien
que pena contigo...
Yo seré, si quieres, tu madre, tu hermana...
andas falto de amor y de cuidio...
Cuando te estremescas en tu desamparo,
como el pobre que tiembla de frío,
¡acurrúcate en mí como un nene!...
¡yo seré tu abrigo!...

No tós, en el mundo,
semos lo mesmico...
Repara que alguien
que pena contigo...
Si hay quien no te quiere, por ser pobre y solo,
¡yo, de verte triste, te he tomao cariño!

[1] Desansies.

I

Tan bueno y tan sano
volvió de la guerra...
¡¿pa qué?! ¡más valía
que nunca volviera!
Tóicos lo aguardaban ¡tóicos menos Carmen!
y cuando temblando preguntó por ella,
lo miraron calläos y tristes...
¡¿pa qué más respuesta?!...
¡la madre de Carmen, vestía de luto
le salió a la puerta!
No había pal pobre Bernardo consuelo
y sus alaríos partían las peñas:
—¡Carmen de mi älma!...
¡Carmencica!... ¡Nena!...
¡¡quién me hubiera dicho, cuando yo volvía
gozoso y cantando, que ya estabas muerta!!—

•

De los días llenos de mayor angustia,
llorando lo mesmo que una Madalena,
en el cuarto en ande murió Carmencica,
—Me pidió que, pa no entristecerte,
jamás en las cartas na te se dijera
del mal sin remedio que le iba cavando
su hoyico en la tierra...
Tocaïca estaba del pecho la pobre...
tosía con una tosecica seca
sin parar... se puso
tan delgá, que tóicos sentían, al verla,
compasión: las manos se le clareäban...
el color, lo mesmo que las azucenas...
sin ánimo alguno,

sin chispa de fuerza...
sin humor pa verse... ¡y en aquellos ojos,
¡hija de mi älma! ¡siempre una tristeza!...
Y también llorando,
deshecho de pena,
Bernardo, en la cama de la pobre Carmen
hunde al cabeza...
Y la madre sigue:
¡Qué dolor! ¡si vieras!...
Como un pajarico se quedó... no hacía
ni viso, debajo de las ropas esas...
la cabecerica, esa en ande lloras,
¡de sudor, calaïca está de ella!...
Bernardo que siente
las palabras éstas,
¡se aprieta a la cara la cabecerica
y con töas sus ansias la besa!

II

Se llevó Bernardo la cabecerica
y por náica del mundo la deja...
¡tóicos los afanes y las ilusiones
de su vida encierra!
Jamás en su cama consiente que pongan
otra cabecera,
respira con ansia su olorcico triste,
con pasión en sus brazos la aprieta,
se la come a besos,
con llanto la riega...
¡pobrecico! páece,
cuando sin alientos se duerme sobre ella,
¡que pa no levantarla ya nunca,
su frente recuesta!

III

Tocäo del pecho se ha muerto Bernardo:
lo mesmo que Carmen, remató sus penas...
La cabecerica fué la que el hoyico
le cavó en la tierra,
y a la sepultura
también se la lleva...
dentro de la caja
descansa sobre ella
¡y en ella la frente,
como en un dulce sueño, recuesta!

¡Callá, callaïca!

¡Ni enclavándola en crus, se dejara
su querer María!
Su padre la cela y ciego de rabia,
l'ice tós los días:
«Nena, que te mato,
si con él platicas.»
«Nena, que te egüello,
si sé que lo miras.»
Y ella, lo mesmico que si fuá de peña,
ni siquiá rechista:
pero siempre firme...
¡siempre encalaïca!
Su padre reniega y, a tóicas las horas,
que se deje a Leonardo, le grita,
y ella hace promesa de quererlo siempre
¡callá, callaïca!

¡Con cuántos trabajos
y cuántas fatigas,
puén tener un rato verse y hablarse
Leonardo y María!

Pasá media noche
son töas sus citas
y, al amparo e las sombras, el mozo
pegaïco a las tapias, se esliza
y estroza cañizos y salta los leros [1],
con el ansia grande de lo que le privan.
De la casa, a buscarlo, la moza
sale de puntillas
y, escalza temblando, se esculle [2] hasta el güerto,
¡callá, callaïca!

Menos se les siente,
menos entavía
que el son de las hojas de la parra grande
que los acobija...
que el son de las hojas que calmoso el aire
mueve una miajica.
Más páece, lo que hablan,
cosas que suspiran,
y hablan cá ves menos,
como cosa que no necesitan...
¡Tanto como merman sus palabras, tanto
crecen sus caricias!
Él, entre sus brazos la aprieta que páece
que va a hacerla quina [3],
y ella le dá besos muy arrebonico,
¡callá, callaïca!

•

Con los mozos remata la guerra,
la guerra maldita...
ya se fué Leonardo...
¡qué dolor pa la pobre María!

---

[1] Aleros.
[2] Desliza, escapa.
[3] Deshacerla, hacerla añicos.

Pa que no la tome con ella su padre,
pa que ná le diga,
la infelís, aguantando su pena,
se pasa las horas mortales del día
y, aluego, llorando,
las noches enteras, a lágrima viva,
¡recomiéndose sola su angustia!,
¡callá, callaïca!

¡Válgame qué esgracia! Que en buenas del trance
saque Dios a la pobre María.
Lo sabe tó el mundo; no pudo ocultarlo,
por lo alantaïca... [1]
Su padre la mata,
si no se la quitan,
y jura y rejura
que al crío que pára, tié que hacerlo trizas.
De temor se estremece la pobre,
pero no rechista,
¡y oye la sentencia
callá, callaïca!

¡Qué miedo que pasa
la pobre María!
Ná le dá por ella:
teme por la vida
de aquel angelico
que el Señor le envía;
lo aguarda con ansias y teme que venga...
¡siente unas tristezas y unas alegrías!...
Su padre, más fosco cá ves, le recalca
la sentencia aquella que la atemoriza.
La pobre, al sentirlo, töa se estremece,
pero no rechista,

[1] Adelantada, estado avanzado de preñez.

y jura y rejura salvar a su hijico,
¡callá, callaïca!

Sintió los dolores a la media noche,
cuando tós dormían...
se mordió las manos y aguantó su angustia
¡callá, callaïca!

•

Pa ir sabe Dios ande
sin amparo de náide ni guía,
no pensando en su vida la pobre
por salvarle a su hijico la vida,
lo cojió en los brazos, lo abrigó en el seno,
le puso la cara pegá a la carica,
y muerta de miedo y escalza y temblando,
salió de puntillas,
dándole besicos, llorando la pobre,
¡callá, callaïca!...

CUARTA PARTE

LAS CARTAS DEL EMIGRANTE

Voz de España

Cuando mi borica me llegue
quiero morirme en mi tierra:
¡verla al cerrarse mis ojos
y tener mi boyico en ella!

¡Qué manera de sonar
las campanas de mi pueblo!...
¡las tocan allá en España
y en América las siento!

Son los ojos del cariño
anteojos de larga vista:
¡allá mi tierra tan lejos,
y yo la veo cerquica!

Al sol le he tomao cariño
que, estando España tan lejos,
pasa, como el ordinario,
tós los días por mi pueblo.

Irse lejos para verte;
para quererte, dejarte;
¡y perderte, tierra mía,
para saber lo que vales!

Me pongo triste al cantarte
y se me mojan los ojos...
¡tierrecica, tierrecica,
es que al cantarte te lloro!

República Argentina, año 1908.

Cuéntame, viajero

Cuéntame, viajero
que vienes de allá...
Cuéntame del valle, de los verdes prados
y de las montañas y de aquella aldea
de casitas blancas, entre el robledal...
¡Cuéntame, viajero
que vienes de allá!...

Cuéntame de aquella pobrecita anciana
de cabellos blancos, que triste mi ausencia
llora sin cesar...
Cuéntame de aquellos muchachos que fueron
conmigo a la escuela... Cuéntame de aquella
niña angelical
que al prado venía
conmigo a jugar...

¡Cuéntame, viajero
que vienes de allá!...
—Quieres que te cuente y a mí me dá pena
porque cosas tristes tengo que contar...
—Aunque sea triste, cuéntame, viajero,
toda la verdad;
¡cuéntame y no tardes, que con un cabello
me pueden ahogar!
Dime de la aldea...
—La aldea y el valle se encuentran igual:
con sus picos de nieves eternas
las montañas azules están...
el prado verdea
y como bandada se ven, de palomas,
las casitas blancas en el robledal...
—Dime de los mozos...
—¡Los mozos se fueron a la guerra un día
y no han vuelto ya!
—Dime de la dulce
niña angelical...
—A la dulce niña la ví tan hermosa,
la ví tan gallarda... ¡ya casada está!
—Dime de la anciana...
—La anciana tu ausencia dejó de llorar...
¡para siempre a la sombra de un sauce
descansando está!...
—Cállate, viajero, que me he puesto triste...
¡cállate, viajero, no me cuentes más!

Buenos Aires, febrero de 1908.

¡Ay, calorcico de la tierra!

¡que me abrigue mi cuerpo mi tierra!
¡¡mi tierra del alma!! (Murria)

Te dije al escribirte, a poco tiempo
de estar en estas tierras
nena, que nos moríamos
de frío y de tristeza,
y por eso, si suele aquí como en España,
también haber invierno, tú me preguntas, nena.

Sí que hay invierno... ¡y triste
como no te lo piensas
pa los que en este frío echan de menos
también el calorcico de su tierra!...

Dices que ahí los pobres
ca ves peor se encuentran:
eso me lo pensara
sin que me lo dijeras...
me basta, pa saberlo,
con que los barcos vea
llegar abarrotäos de emigrantes...
¡no hay más que ver los barcos cómo llegan!

Encomedio de tó los pobres hacen
bien en salir en busca de otras tierras...
El cruzarse de brazos, sin defender la vida
de ellos y de sus hijos, peor mil veces fuera...
y, en verdá, en este suelo, hasta la hora presente,
el trabajo se premia...
Pero tó en su lugar: Si su piacico
de pan el pobre encuentra,
sus bocäos amargos
tiene ese pan, que no es el de su tierra,

y sus gotas de sangre... y sus días de lágrimas
y de murria, le cuesta...
Sí que hay invierno aquí y, nena, triste
como no te lo piensas:

Ahí los pobres-pobres
tienen sus diversiones y sus fiestas...
Aquella Navidad con sus aliños
de naranjas y ramos en las lejas...
con aquellos belenes de borreguicas blancas
que el hogaril[1] alegran...
con las misas de gozo y la misa de gallo...
los bailes de Inocentes de porfías y apuestas...
las cuadrillas llevando su estandarte
majo, de puerta en puerta,
a son de campanillas,
guitarras y panderas... [2]
y el chorro de alegría de las bandás de nenes
con sus ropicas nuevas
pidiendo el aguinaldo
con aquellas caricas pícaras y risueñas...

•

Sí que hay invierno aquí y, nena, triste
como no te lo piensas,
porque entonces es cuando
de estas cosas te acuerdas
y cuando echas de menos más que nunca
tu tierra... ¡el calorcico de tu tierra!

Rosario de Santa Fe.

---

[1] Fraile del hogar.
[2] Panderos.

Me pongo triste al cantarte
y se me mojan los ojos...
¡tierrecica, tierrecica...
es que al cantarte, te lloro!

¡Ay, nena, si supieras!...
¡si supieras, nenica!...
Me dió la sangre un vuelco
y, al recordarlo, un vuelco me da entavía...

Pensando en nuestra tierra ¡como siempre!
por una de estas calles yo ayer iba.
Es una calle a la que yo le tengo
más querer que a las otras, y se explica:
tiene sus dos hileras de plátanos lo mesmo
que el caminico aquel que va a la ermita...
tienen jardín sus casas, hay parrales,
de los que se me va detrás la vista...
y hasta, de algunos huertos,
de las tapias asoman por encima
higueras y granäos y melocotoneros
que páece que me gritan:
«¡Adiós, paisano, adiós, también nosotros
semos de aquella tierra por la que tú suspiras!...»
Por eso este querer por esa calle,
y a más... ¡porque se llama *calle España,* nenica!

Pues pasaba yo ayer por esta calle,
conforme te decía,
y me paré a mirar un limonero
llenico de azadar, ¡cosa divina!...
llenico de azadar que, como a gloria,
a la huerta de Murcia trascendía,
cuando, en esto, ¡Dios mío! ¡del mesmo huertecico

que yo estaba mirando, salió tu vocecica!...
tu vocecica, nena, que dulce y abonico
y con dejico triste cantaba esta coplica:

Cartagena me dá pena
y Murcia me dá dolor...
¡Cartagena de mi vida!...
¡Murcia de mi corazón!...

Era tu voz y el tono y el estilo
de la huerta mesmica:
era voz de los huertos
y de las barraquicas...
la voz de las moreras al arrancar la höja...
voz de los olivares al esmuñir la oliva...
era voz de los campos... era voz de la siega...
era voz de la trilla...
¡y era tu voz! ¡la voz de nuestra tierra
que dista mí venía!...
Me abalancé a la verja
por ver aquella voz de ande salía,
y vide una zagala
igual que tú, nenica,
que, a la propia manera de la huerta,
esroñaba unas ropas y tendía...
¡Igualica que tú y, de seguro,
entre los emigrantes muy recién llegaïca!...
Llevaba aun sus vestíos, su peinaïco extraño,
pañuelo a la cintura con las puntas caídas...
y hasta aquel sol de haber ido por hoja
a las moreras töas las mañanicas,
¡aquel sol de la huerta,
pegaïco en su cara aun lo tenía!...

¡Qué pena me dió ver a tan lejicos
de su tierra querida!...
¿¡qué ventolera y cómo

a estas remotas tierras la traería!?
Y, como respondiendo
a estas ideas mías,
cantó y lloró otra copla,
porque, más que cantar, llorar paecía...
Cantó esta copla que cayó en mi älma
como una lagrimica:

Eres pobre y eres peña
que por los suelos te ves
y que vas ande te llevan
los que te dan con el pié.

Murcia, la de las flores

Te vi, nena, hacer un ramo...
era en el Huerto del Conde...
¡Ya no te he vuelto a ver más
ni a Murcia la de las flores!...

Te vi también una tarde
con tu cántaro ir por agua...
y al verte me entró una sed
que con maïca se apaga...

Y a la ventana te ví
con un mozo platicando...
¡ni agua para mí tenías,
ni era para mí aquel ramo!...

•

¡Cuánto tiempo que ha pasado
desde entonces!...
¡Qué será de tí, zagala,
de aquel mozo y de las flores!...

¡Cómo has de pensarte tú
lo que yo de tí me acuerdo...
que me dejaste con sed
y que te sigo queriendo!...

•

Murcia de ferias y toros,
Murcia de las procesiones,
Murcia de los carnavales
y Murcia la de las flores...

Murcia la de las barracas
y Murcia la de la huerta...
a lo lejos, tus cipreses...
tus palmeras...

Murcia de huertos cuajäos
de naranjos y rosales...
¡Tan lejicos, y el aroma
siento de tus azahäres!...

Murcia de las lentejuelas
y de las vistosas mantas...
Tan lejicos... ¡y tan cerca
como te veo en mi älma!

Las malas no son las tierras

La maldá la tién los hombres...

Sé que estarás con pena, tanto tiempo sin carta,
¡sin saber de nosotros tanto tiempo!
y le echarás la culpa, de seguro,
como siempre, al correo...
No se perdió la carta,

pues tampoco fué escrita: no hemos hecho
otra cosa estos meses
que trabajar, zagala, como negros
y estar en un continuo «sin vivir», por la falta
de gusto y de sosiego...
Pa llevarlas a medias, lo mesmo que ahí se estila,
unas tierras nos dieron,
y allá nos fuimos tuícos con el ansia
de volver a la vida de otro tiempo:
de volver al trabajo de los campos...
de volver a *lo nuestro...*
la libertá y el aire y las anchuras...
ilusión y alegría en el esfuerzo...
vivir sanos y fuertes
de lo que cría Dios y te dá el suelo...
ver que el sudor aquel con que regaron
la tierra nuestros cuerpos
se hace verdor y flores y fruto que nosotros
por nuestras propias manos recogemos...
¡lenjos de las ciudäes y mitines y huelgas!...
¡de maldecir y pelear, muy lenjos!...
Tener fé y esperanza: ver que, ayudando tu obra,
llueve, y riega también la tierra el cielo...

•

Pero ¡ay! que, por desgracia, esta ves pa nosotros
tó salió lo contrario de tales pensamientos.
Al entrar en las tierras,
hubo de prometer ésto y aquéllo
por parte de los amos, y propósitos,
según aparentaban, tantos y buenos,
que nos aconfiämos
y sin un mal papel con que pudiéramos
dar a nuestra pobreza algún apoyo,
en caso, y defendernos,
los tratos, puramente de palabra,
dimos por hechos.

Tal confiänza, trajo tó lo que nos venían
algunos advirtiendo:
que en cuanto ya las tierras, en las que el alma
[echamos,
como un vergel se vieron,
pa cultivarlas solos de su cuenta,
los amos se apropiaron de ellas, de nuevo...
Como siempre, los amos hacían su negocio
y ya no *precisaban* los *medieros*...

•

No eran malas las tierras,
que eran como una bendición del Cielo:
mil y un millón te daban por cá grano,
que no te daban ciento;
¡abrojos que sembraras,
y te salían flores de aquel suelo!...
No eran malas las tierras. ¡La maldá está en los hom-
[bres,
que son ahí y aquí, nena, lo mesmo!

Nos vimos, como pués imaginarte,
sin saber pa ande echar, como al comienzo,
sin recursos, sin ande cobijarnos,
desesperaos, dispuestos
al mayor desatino:
a ir a las tierras y pegarles fuego...
a buscar a los amos
y otro tanto también hacer con ellos...
¡Desesperaos, nenica,
y al borde del abismo pa pernernos!...

Pero ya sabes tú que esto es un pronto
y que en el ínten [1] sólo podríamos hacerlo...
Aquella mesma tierra era tan generosa

[1] Instante.

que atajaba los ruines pensamientos...
¡era, a más, un piacico de la Huerta, en la Pampa,
que allí quedaba ya como hijo nuestro!

•

De allí tomamos norte pa venir a estas otras
tierras que dá el Gobierno
de balde a condición de cultivarlas,
sin otros amos que nosotros mesmos:
sin nadie que nos mande,
sin amos y sin rentos,
y el Paraíso terrenal, zagala,
porque el sitio ande estamos no lo es menos.

Estamos a la orilla de un río que es, nenica,
como el mar: los vapores por él pasar los vemos.
Vivimos entre bosques
de árboles corpulentos
ande el sol penetrar no puede, a veces,
por el ramaje espeso...
En la espesura anidan, a millares,
pájaros que dirías pájaros de los cuentos,
de plumaje de tuícos los colores
y de cantos diversos...
¡verías mariposas tan grandes como pájaros,
y como mariposas, pájaros, de pequeños!...

Verías un asombro de flores nunca vistas
y de frutas extrañas, un portento...
La abeja su colmena hace en el árbol
y miel chorrea de los troncos viejos...
tienes pesca en el río cuanta quieras
y caza en los esteros...
viven sin recogerse los ganäos,
libres y sueltos,
y los ves aumentar como si fuera
cosa de encantamiento...

Y luego, para colmo de tó, la tierra virgen:
esta gloria de tierra que en su seno
páece que guarda un mundo de tesoros
y que está deseando el ofrecerlo.

•

Ya ves qué suerte, nena,
¡el paraíso mesmo!
pero... ¿qué cosa, nena,
en este mundo no tendrá su «pero»?

Aquí vivimos en la más completa soledá y desamparo:
los poblaos, a distancia de leguas los tenemos.
Aquí no hay amos, nena, pero hay hombres:
hay indios y hay alzäos, que son aventureros,
y roban unos y otros y asesinan
y arrasan ande caen, como un incendio.

Asina tiés que estando, nena, en un paraíso,
nunca nos llega la camisa al cuerpo;
que pasamos la noche
sin saber lo que es sueño:
las armas al alcance de la mano
y la asechanza y la traición temiendo.

•

Las tierras no son malas:
no hay ná tan generoso ni tan bueno;
ésta como ésa, (en ande tú suspiras
porque nos tienes lenjos),
de los mesmicos cielos...
Las tierras no son malas: ¡pero en ellas hay hombres,
que son iguales en el mundo entero!

Yo escuché las maldiciones
y ví los ojos con lágrimas...
¡y de los descorazonados
que partían de la patria!

Hacinados en los buques
ví los descorazonados...
¡yo ví la trata de negros!...
¡yo ví la trata de blancos!...

Alábega fina

Irse lejos, para verte;
para quererte, dejarte...
¡y perderte, tierra mía!
para saber lo que vales!

Mustio y ya desmayoso
su olorcico, en tu carta
llegó, nena, a mis manos
el tallico de alábegas...
Mustio, y ya desmayoso su olorcico,
páece que triste me habla
y que quisiá decirme
tantas cosas y tantas
como me dices tú, nena, llenándome
con letra pequeñica cuatro caras.

Miá si me dice cosas
el tallico de alábegas:
Sembraïco en un tiesto lo tenías
debajo del jarrero, ande una jarra,
más limpia que la nieve,

gota a gota encimica tresmanaba... [1]
Haciendo relucir sus hojas frescas,
cuando abrías la puerta de la casa,
iba a darle derecho, como pa acariciarlo,
un rayico de sol por las mañana...
Alegre de la cieca [2] tú volvías
con tu cántaro de agua,
fregando el cantarero hasta dejarlo
que podía mirarse en él la cara...
Luego, cantando igual que un pajarico,
la casa y el rellano rogiäbas [3]
y a coser te ponías, sentándote a la puerta,
en ande ya estendía su sombrica la parra...

Tu padre, entanimientras [4],
en la orillica del brazal segaba
yerba pa las borregas que, llamándolo,
desde el corral balaban y balaban...

También después solías levantarte
a beber en la jarra...
a la ves, al tallico
la mano, cariñosa, le pasabas,
¡y el tallo, agradecío a tu querer, la mano
llena de su olorcico te dajaba!...

¡Y quién se lo diría, como a mí en otro tiempo!
¡Cerca de tí y alegre, igual que yo se hallaba,
y ahöra (igual que yo, de triste y de lenjicos),
me cuenta estas cosicas el tallico de alábegas.
Pué que tú te imagines,
nena, que en estas tierras tan lejanas

---

1 Rezumba.
2 Acequia.
3 Rociabas.
4 En tanto y mientras.

ni siembran ni conocen,
tan siquiá [1], las alábegas...
Pues las hay que las crían a bancales, nenica,
pero son de las bastas:
no es alábega fina de aquella que a la Virgen
le ponen en las andas,
ni de aquella florida que a sus novias
los mozos les regalan,
¡ni de aquella, tampoco, del olorcico dulce,
del olorcico triste, que viene en una carta!...
Estas de aquí, nenica, son alábegas grandes,
son alábegas bastas
que la gente las cría
¡nenica, pa venderlas y guisarlas!

•

Aquí hay de tó, nenica; pero quiero que sepas
que la alábega fina que me mandas,
ni se encuentra en América
¡ni con tós sus tesoros se pagara!

La vieja

Que eres hija de tu madre,
no puedes negar, América:
si tu padre fué Colón,
España ha sío tu vieja.

Ya ves, nena, qué cosas
y lo que es el cariño por la tierra:
Ya sabes tú muy bien que yo no apruebo
y que me causa pena
que los hombres se maten

[1] Siquiera.

y haya, por esto o por aquello, guerras;
que, por ganar un piazo de suelo más, se lleven
a los mozos y dejen abandonás las tierras,
que eran amor y paz y eran sustento
y alegría y riqueza...
que no miren los hombres
que mandan y gobiernan,
que no es éste el camino
de que ricos los pueblos y felices se vean;
que no miren las lágrimas
y el reguero de sangre que detrasico dejan...

Pues, con tuico[1] y con ello, ya ves, nena, qué cosas
y lo que es el cariño por la tierra,
cuando está tan lejicos
y suspiras por ella:
Yo estaba en Buenos Aires cuando llegó la Infanta
y llegó el «Carlos V» y otros buques de guerra,
y al sentir los cañones
y al mirar las banderas,
me estremecí como la ves que al pueblo
de soldao volví con mi licencia
y sentí aquellos gritos de mi madre:
«¡Hijo mío! ¡Hijo de mis entrañas!...»
que venía a abrazarme en lágrimas desecha...

Y fuí corriendo al puerto y subí al «Carlos V»
y cuando puse el pie sobre cubierta,
me paeció que me hallaba
pisando nuestra tierra,
¡tierra de España hermosa!
¡tierra de mis encantos y de mi vida entera!...
Era aquel nuestro pueblo, nuestro mesmico pueblo
y nuestra gente mesma;
eran nuestros cantares los de los marineros

[1] Todo.

y aquel son de guitarras, de las guitarras nuestras...
Eran los uniformes
y las franjas aquellas,
mi ropa de soldao...
¡la ropica que un día llevé puesta!... [1]

Era aquél nuestro pueblo, nuestra gente...
sus dichos y sus chanzas, sus maneras...
Ya sentían las ansias de volver a sus costas
y acababan entonces de dejarlas, apenas...
Me hablaban de la vida tranquila y sin afanes...
me hablaban de sus fiestas
y de sus amoríos...
Sus novias que quedaban aguardando su vuelta...

Era aquel nuestro pueblo, nuestra gente...
¡y aquel buque era un piazo de nuestra hermosa tierra!
Y cuando a bordo oí, del «Carlos V»
el son de los tambores y trompetas,
me paeció que tenían un dejo cariñoso
que nunca les oyera
y entre mi gente me sentí soldao
vuelto a filas tras una larga ausencia:
¡me cuadré como en tiempos y, empañaos de lágrimas,
se clavaron mis ojos, nenica, en la bandera!

Ya ves, nena, qué cosas
y lo que es el cariño por al tierra:
pero tuíco se explica y yo me explico
lo que me pasa a mí, de esta manera:
Es de armonía y júbilo entre hermanos
este tronar de cañonazos, nena;
no es de rüina y muerte: es de progreso y vida
el son de los tambores y trompetas;
no son retos tampoco lo que traen

[1] Fui cabo de Infanteria de Marina.

estos buques que llegan:
mensajes son de fraternal cariño...
Son barcos de la paz, no son barcos de guerra...
Y la Infanta no viene como Virrey adusto
portador de escarmientos, y de horcas y cadenas...
viene como embajada de amor, como una infanta
generosa de cuentos y leyendas...

•

Por eso me estremesco como la ves que al pueblo
de soldao volví con mi licencia:
me acuerdo de mi madre gritándome: «¡Hijo mío!»
y en lágrimas deshecha...
¡España, nuestra España, también como una madre
con los brazos abiertos, hoy se me representa!

El zagal de los papeles

En diciendo que esto es mundo
y que con hombres tratamos,
esto y lo demás se entiende
que es igualico pal caso.

Aquí, con tanta riqueza
y con tuíco el adelanto,
se ven también zagalicos
huérfanos y abandonäos...

Como yo vendí papeles
por las calles, de muchacho,
vengo a la ciudá y en estos
que aquí los venden reparo.

Aquí como en tuícas partes,
el que vende los diarios
es el zagal volandero
que vive como los pájaros...

Es el que mora en las calles,
el que arrecío [1] y escalzo
se acurruca en los portales,
ande se duerme temblando...

Se cobijó en una entrá
y á media noche lo echaron
a patás, teniendo que ir
a dormir al escarchazo...

Hecho un ovillico estaba
en la baldosa tirao
y de allí lo han recogío
poco menos que espirando...

Es el zagal probetico
que pasa la noche al raso
y que también muchos días
de comer los pasa en claro...

¡Ese sin pan y sin nío
que lo sueles ver helao
encomedio de las calles
lo mesmico que los pájaros!...

[1] De arrecirse de frío, arrecido.

La guerra

Sin piedad mandas tus hijos
a la guerra a que se maten...
¡cómo se conoce, patria,
que no eres tú quien los pare!

Con un retraso de bastantes meses
llegó, nena, tu carta,
que nos vino siguiendo
en peregrinación, ande que te anda,
como si es que el cariño que trae le diera fuerzas
pa que hasta el fin del mundo nos buscara.
¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta!...

Algo habíamos sentío de guerra, pero nunca
a lo que tú nos cuentas nuestro pensar llegara.
Cuando yo fuí soldado y juré la bandera,
en un discurso largo (palabras y palabras)
en que tó se volvía
que el honor, que la patria...
y en que ná se entendía,
ni iba ná dista el alma,
ni una ves nos mentaron a nuestras pobres madres
que en la aldea lloraban,
ni a nuestras novias tristes,
ni, menos, la ruïna
cierta de nuestras casas...
Y al hacer que besáramos, casi a la pura fuerza,
aquella crus que forman la bandera y la espada,
me paeció que a las madres (la tierra verdaëra
y las que nos llevaron dentro de las enrañas)
me paeció que a las madres
el querer de sus hijos les robaban
pa otra madre postiza y en un beso forzäo...
pa otra madre postiza... ¡la madrastra!

¡Pero qué triste viene,
nena, tu carta!...
Veo que se llevaron
a muchos reservistas que casäos estaban:
sus mujeres, tavías jovencicas,
tristes y con los ojos arrasäos de lágrimas,
con sus nenes pequeños en los brazos,
atolandrás y asustaïcas andan...
¿Ande irán, jovencicas, sin pareja ni amparo?
¿Y a sus criäturicas, qué suerte les aguarda?
Veo también que se han llevä̈o al nieto
del tió Juan el Patriarca...
dos hijos le mataron
y ahora el nieto faltaba...
¡Entre Melilla y Cuba y ahora otra ves Melilla,
darán fin de esa raza!...

Y a tó esto, huyendo muchos
de la guerra, se escapan
sin saber ande van, por esos mundos
y por tierras lejanas
dejando sus familias
desamparás y en la mayor desgracia...
Y tuícos: las mujeres, los nenes y los hombres,
sin rumbo ni esperanza...
desparramaos... perdíos... como granos de arena
que extendió en su locura la borrasca!...

A más, a falta e brazos, abandonaos los campos...
cundiendo la miseria como la yerba mala...
y los pueblos, de solos y de tristes,
que como camposantos se trocaran...
En tó desolación, ruïna y muerte,
que el ánimo se espanta,
¡como si allí, de ande salió la sangre
generosa y lozana,

fuera ande sin cuartel s'hizo la guerra
y en ande se libraron las batallas!...

Y la razón, nenica,
de esa guerra inhumana,
la razón que, de público,
se dice y se propala,
es que unos señorones (esos amos de tuíco
que hasta en la vida de los pobres mandan)
esos amos... pues tienen minas y capitales
que defender en Africa...
Y pa esto y otras cosas, son aquellos discursos
(palabras y palabras...)
y, pa eso, de tu tierra y de los brazos
de tu madre te arrancan
y a pelear te llevan...
dicen, nenica, por la madre patria...
¡Pobre patria!... ¡a qué cosas
sirve el sagrão nombre de pantalla!...
Ni por patria peleas, ni por madre,
¡que vas a pelear por la madrastra!...

•

¡Qué triste que venía,
nena, tu carta!

Tierra de promisión

Tu carta con la historia de siempre dá principio
y con la mesma historia, de siempre, acaba, nena...
que el rento y que los amos, que el gobierno y la
[guerra...
que no viven na más que cuatro lobos
que en el probe se ceban...

que huye cá ves más gente, renegando
del suelo en que naciera...

Yo voy, pa tu consuelo, a contarte otra historia
que es tuíco lo contrario de la que tú me cuentas:
la tuya, es de una vida que se acaba;
la mía, es de una vida que comienza.

De tuícas razas y de tuíco el mundo
vienen, zagala, gentes a poblar estas selvas,
y vive muy cerquica de nosotros,
lindando con las suyas nuestras tierras,
una familia grande, tan grande que, lo menos,
son entre tós cuarenta,
y de la que contarse un poco de su vida
bien merece la pena:

La madre, viejecica,
pues raya en los setenta,
aun con bríos y genio
a tuícos los gobierna:
Son ocho hijos y a cuatro
ya el pelo les blanquea...
son veintitantos nietos,
y son ocho las nueras...
hay nietos que son hombres
y ya casada tiene alguna nieta
que poblará estos bosques solitarios
haciendo a su abuelica bisabuela.

Pues esta gran familia
que, por la causa eterna
de casi tós los males,
que es la pobreza,
se vió desparramá por esos mundos
yendo de Ceca en Meca,

ha logrão venir a rejuntarse
en medio de estas selvas:
hijos y nietos, tuícos
alreor de la vieja,
como pollos que acuden al clocar de la madre
sin que le falte ni uno tan siquiera...

No podían vivir ande nacieron
y como en tierra extraña andaban en su tierra...
La madre, como madre,
los quería tós juntos, los quería tós cerca
y, cuanto más quería,
ellos más desgraciãos, ellos más lenjos de ella...
por su lão cá uno
sin rumbo, ni esperanza de redención, siquiera...

A más, persecuciones
por si tenían estas o las otras ideas,
por si a este Dios o al otro le rezaban
y eran táles o cuáles sus creencias...
Se ponen a contar y es un calvario
de angustias y dolores y vergüenzas...
Se ponen a contar y nunca acaban,
de trabajos y penas...

Y así, dista que, ya desesperãos,
salieron unos y otros de su tierra...
Uno emigró primero solo, sin que noticias
suyas en mucho tiempo se tuvieran...
Luego, a sus años, y con otros hijos
y con sus nietecicos, pasó la mar la abuela...
Los demás, detrasico, a poco se vinieron,
dista que al fin andaban tuícos por estas tierras,
pero desperdigãos
y lenjos unos de otros leguas y leguas...
Extraviãos a modo de rebaño

que esparció la tormenta,
se llamaban de lenjos, como suelen llamarse
con su balío triste las ovejas...

Su ilusión, la de tuícos, era de rejuntarse [1],
y más que tós, la madre: lo mesmo que una llueca
clocaba y más clocaba
por cubrir con sus alas a la pollá dispersa...
A lograr tal empeño pusieron unos y otros
su voluntá y sus fuerzas
y töa su esperanza
se cifraba en la tierra.
¡En la tierra! ¡en la tierra!... En una tierra virgen
en ande no marcaran aún las humanas huellas
el camino de aquellos que se van renegando
del suelo en que nacieran,
ni aquel desamparäo camino traicionero
del hambre, en ande acechan
aquellos cuatro lobos
que en el pobre se ceban...

Y en la tierra el milagro cuajó, como tenían
sus esperanzas, nena;
el milagro, nenica, se hizo en la tierra virgen,
también virgen y madre, también piadosa y buena
como la de los cielos, consuelo de aflijidos,
redentora de esclavos, madre santa y eterna!...

Unos, primero, ya con su propósito
tomaron estas tierras;
luego vinieron otros, que llegaban
como los derrotäos de la guerra,
y con ellos la madre... ya, por último,
el mayor de los hijos ahora llega...

---

[1] Reuinrse.

Hace años que la pobre viejecica
asina, tuícos juntos, no los viera...
asina tuícos juntos
y lenjos de trabajos y miserias...
Dista los bosques páece que, al sentirlos,
en su silencio y soledá se alegran...
¡estos bosques que tienen el corazón tan grande,
que ni a bueno ni a malo su refugio le niegan!...

Alreör de su madre,
que con gozo de gloria los contempla,
hay que ver a estos hombres
cuando sus aventuras y sus dolores cuentan:
hablan de aquellos días en que tuvo cá uno
que girar por su läo, como bandá deshecha...
Y, luego, con los ojos mojäos, en el suelo
fijos se quëan
y en son de rezo dicen: «¡Oh, bendito
el rincón de la selva
que amparó la bandada, que la dejó juntarse,
que hacer los nidos deja!...
¡Oh, bendita, bendita
mil veces seas,
tierra fecunda, tierra generosa,
tierra de promisión... ¡Oh, tierra!... ¡Madre tierra!...»

•

Me queda que contarte
algo que páece, nena,
cosa de religión; pudiá decirse
que es así como aquella
«Bendición de los Campos»
que se estila en la huerta.

Como llegó, por fin, de tós los hijos
el mayor que faltaba con su familia entera,

estas gentes hicieron el domingo pasão
por la mañana, a modo de una fiesta
pa celebrar la unión de la familia
y consagrar la tierra...
pa señalar el triunfo
de su fe y su pacencia,
encontrándose, al cabo, tós juntos y en camino
ya de una vida redentora y nueva...

Y en procesión salieron, pasando entre los árboles
como por una iglesia...
La madre viejecica iba delante:
tuícos los nietos alreorcico de ella...
Quiso el ir por su pié, la viejecica,
de aquella procesión, la imagen era...
Iban detrás los hijos, el sombrero en la mano,
y las mujeres iban con manto a la cabeza...
Cantaban unos cánticos como en acción de gracias
y paecían esclavos que rompen sus cadenas...
Cantaban unos cánticos en los que, a tó, sonaba:
«Tierra de promisión... ¡Oh, tierra!... ¡Madre tie-
[rra!...»

Los pájaros del bosque cantaban y hasta páece
que a revuelos seguían la procesión aquella
y paecía su canto repetir los cánticos:
«Tierra de promisión... ¡Oh, tierra!... ¡Madre tie-
[rra!...»

Asina, por los bosques,
fueron a sus cultivos, que se encuentran,
hermosos y lozanos,
como si el propio Cielo su bendición les diera,
y allí, tuícos de ruíllas,
igual que si Dios mesmo se alzara en su presencia,
de nuevo, fervorosos, sus cánticos entonan:
«Tierra de promisión... ¡Oh, tierra!... ¡Madre tie-
[rra!...»

Y tomando en las manos de la tierra del suelo,
como una cosa santa y sagrá la contemplan...
al viento la esparraman...
al Cielo la levantan y la ofrendan...
¡luego doblan sus frentes tós dista el mesmo suelo
y, en muda y larga adoración, lo besan!...

•

Ya ves, nenica, cómo aquí se pueblan bosques,
mientras ahí los pueblos se despueblan...
Como tú ves, nenica, esa vida se acaba
y esta vida comienza.

Las golondrinas

Ya pa tres años vá... ¡Cómo se pasa el tiempo!...
Tres años, y tavía
allí en el muelle aquél me páece verte
con los dos viejecicos... No se olvidan
algunas cosas nunca,
y yo töa mi vida
veré aquel pañuelico blanco decir «adiós»...
¡veré tus ojos arrasäos de lágrimas, nenica!...

¡Como se pasa el tiempo!... Si vieras á los nenes,
no los conocerías:
la mayor de las nenas
es ya una mujercica;
el nene está hecho un mozo:
ya me ayuda y me sirve de mucha compañía;
y la nena pequeña,
(esta que es *crïollita*
y que tú no conoces),
ya tiene un dientecico ¡y es *lo más linda!...*

Gracias a Dios, podemos respirar. Diferente,
de como era al comienzo, es nuestra vida:
ya no es andar errantes y por la tierra extraña
con aquel atosigo ¡siempre el alma intranquila!
Y es que ésta, pa nosotros, no es ya la tierra extraña:
tiene lágrimas nuestras ¡y hasta sangre, nenica!...
y, así como las plantas
agarran y arraïgan,
hemos en esta tierra echäo ya raíces
y tenemos rehijos, de ella, que son asina
¡como frescos retoños
de ilusión, de esperanza y de alegría!...

•

En este rinconcico,
que es un rincón del Cielo, no echarías
de menos, al mirarlo,
na de esa huertecica.
Estamos en la sierra
y en las peñas rebota saltando el agua viva;
de los naranjos, llenos de azadar, en el aire
puro aroma respiras;
se esgajan, de frondosas, las higueras,
trepan las parras peñascal arriba...
beben en los remansos las palomas,
verdean los cañares en la orilla...
y en los claros espejos
del agua cristalina
azucenas y rosas
como encantás se miran...
Su bendición decimos que echó Dios sobre tuíco,
por lo hermoso y lozano que se cría;
hasta nosotros mismos,
en buena hora se diga,
gozamos como nunca
de paz y de salud y de alegría,

y pué que sea cierto
como dicen, nenica,
que no están condenäos en la casa
ande van á anidar las golondrinas:
igual que a la barraca bajo el alero viejo
tuícos los años iban,
vienen aquí píando
y páecen las mesmicas
que hablaran dulcemente
de aquella barraquica...
Bajan el vuelo y rozan
las aguas cristalinas...
traen en su pico el barro
y pían y más pían...
Con su píar despiertan la tristeza
que en el alma dormía
y hablamos de vosotros,
de aquella barraquica
en ande tú cantabas
y en ande tú suspiras...
de lo que está tan lejos...
¡de lo que no se olvida!...
¡Tú con los viejecicos
allá en el muelle aquél... Töa mi vida
veré aquel pañuelico blanco decir «adiós»...
¡veré tus ojos arrasäos de lágrimas, nenica!...

Ayúdate y te ayudaré

A Manuel y a Pepa
no se les pegan las sábanas nunca...
tienen buenos campos
y en la casa de ellos sopla la fortuna...
pero trabajada como está la tierra,
esa tierra suya
que trabajan ellos,

no hay tierra ninguna...
Dicen que al que madruga,
Dios le ayuda...

¿Qué hombre ese ese que canta y trabaja
aun de noche a la luz de la luna?
¿Qué mujer es esa
tan sana y robusta
que lo mismo gobierna su casa
que guía la yunta?
Son Manuel y Pepa
a quienes sonríe siempre la fortuna
porque madrugan...
Y al que madruga,
Dios le ayuda.

La yarará[1]

¿Ande se encontraba? ¿En ánde
la mala suerte estará?
¡Ay, nena, la yarará!

Era ya mucho tiempo sin ningún sobresalto,
mucho que nos dejaba la mala suerte en pas:
la tierra un paraíso, las cosechas la gloria,
los animales gordos sin tropiezo ni mal,
gusto y salú en la casa, desahögo, armonía...
¡ya no hay más en el mundo ni se pué pedir más!...
Temblábamos a veces... ¡el corazón nos daba
que traería algo malo tanta felicidá!

[1] O yárará (voz del guaraní) o víbora de la cruz. «Yárará» significa «Ira de Dios».

Era mucha alegría... Aquella tarde
se reía la nena por demás...
sin fuste ni motivo,
se ponía encaná...
«Cállate —le decía su madre— que algo malo
páece que va a pasar.»

Por la mañana el nene, galopando a caballo,
vino del pajonal:
daba gloria de verlo: tan crecío, tan hombre...
sano y guapo y aquella soltura pa montar.
«Padre —me dijo, haciendo rebotar el caballo—
hay dos vacas parías de esta noche pasá,
y ahöra sí que las espuelas grandes
y el cinturón de plata me tiene que mercar!»

Después de medio día descansábamos...
aplanaba el bochorno... Yo estaba viendo allá,
en el bajo del río, sestear el ganäo
en medio del espeso carrizal...
El nene en su caballo vigilaba
puesto a la fresca sombra de un chañar,
y era un encanto verlo tan tieso y arrogante,
tan guapo y tan formal...
Derecho en su caballo soportaba el bochorno,
y, en la calma que hacía, no se sentía más,
de ves en cuando, que el silbío suyo
¡como la voz del rey del pajonal!

Mirando a mi hijo asina, yo comencé a clisarme[1]
con no sé qué ilusiones... ¡nena, qué despertar!
De pronto un alarío quen os llenó de espanto
vino del totoral
y en el caballo encabritao al nene
más blanco que la cera, vimos llegar.

---

[1] A cerrar los ojos, a dormirme.

Su madre y sus hermanas angustiás, a su encuentro,
salieron desalás:
—¿Qué te ha pasao, nene? —¿Qué tienes, hijo mío?
—No asustarse, no es ná—
dijo, pero con cara de muerto, ya cayéndose.
—¡Dí qué es, por Dios, zagal!
—¡Dí que es! —¡Que me ha mordío,
padre, la yarará!—
¡La yarará, nenica! ¡la víbora más mala,
de veneno mortal!

•

¿Ánde se encontraba? ¿En ánde
la mala suerte estará?
Nuestro dolor y nuestra angustia, nena,
ya te figurarás:
La población más cerca, ande pedir auxilio,
a seis leguas está,
y sin otro camino que por el mesmo río
aguas arriba, a fuerza de remar.
¡Dios mío! ¿qué remedio que atajara el veneno
y que cortara el mal?
¡Qué alaríos su madre!... ¡Qué azoramiento en tuícos,
sin saber lo que hacer ni pa ande echar!
Y el nene, con sudores de muerte: —Pero madre,
no se asuste usté así, que esto no es na.

La herida era en la pierna. En la laguna,
pa echar fuera un novillo, quiso entrar
y le mordió la víbora, por lo visto, al pisarla
cuando cruzó el espeso totoral.
Sintió el dolor, dió un grito, miró y la vió eslizarse:
¡era la yarará!

Un hombre de estas tierras aconsejó sajarle
la carne de la herida y cortarle y quemar.
Temblábamos de hacerle semejante herejía,
pero era mucho más,
en nuestros brazos sin remedio alguno,
verlo espirar.

Y yo, cual si en mi propio corazón me lo hiciera,
sajé y corté su carne... No sufriré jamás
dolor mayor, nenica. Después un yerro hecho ascua
lo pasé por la herida sintiéndola chirriar...
¡Qué agonía su madre y sus hermanas!
¡Qué tormento y qué gritos el zagal!

Se cortó la malicia del veneno;
pero en cambio la sangre no se pudo atajar
y con pavor lo vimos desfallecer quedando
como luz sin aceite que se va.

•

¡Una carnicería, con él, fué lo que hicimos!
No había más remedio que llevarlo a un lugar
ande encontrar un médico,
aunque pensando ya:
«¡Qué noche! ¡qué camino de Calvario!
¡Dios sabe qué final!»
Nos fuímos por el río tuícos en una lancha
aguas arriba a fuerza de remar...
Ya era muy tarde y gracias que la luna paecía
apiadarse de tanto dolor y soledá...
¡Qué procesión! ¡qué noche! ¡ni Viernes Santo, nena,
de martirio... de llanto... de rezar!...

Iba la lancha llena
que no podía más:
el nene, sin alientos, con su madre;

la cabeza en el halda recostá;
pa ir dándole alimentos, un anafre
hubo que echar;
atendiendo la lumbre las dos nenas;
y sin tomar aliento, pa no volver atrás,
un hombre y yo a los remos,
hala que hala cortando el corrental [1],
con aquel atosigo y con aquella angustia,
¡paeciéndonos que nunca íbamos a llegar!

Y el nene en un quejío, que era como un barreno...
de sentirlo, llevábamos el alma traspasá...
Su madre, lo mesmico que las locas,
con las manos alzás,
y los ojos claväos en el cielo
clamando a Dios piedá:
se desangraba su hijo; lo palpaba y sentía
las vendas y las ropas empapás:
el agua que la lancha recalaba
se tiñó de encarná
y la vimos, al alba...
cuando hubo que achicar,
¡un reguero de sangre
llevaba el corrental!...
¡un reguero de sangre, de alaríos y lágrimas
dejábamos atrás!

•

¡Ay, nena de mi älma, qué noche!... Su recuerdo,
de agonía y de espanto, nunca se borrará.
Al nene, de milagro
lo pudimos salvar:

[1] Corriente del agua.

¿pero ánde están sus bríos? ¿en ánde su arrogancia?
¡Ay el Rey del pajonal!

¿Ande se encontraba? ¿En ánde
la mala suerte estará?
¡Ay, nena, la yarará!

En el desierto

Trabaja el campo, siembra la tierra,
deja a los hombres...
Siembra en la tierra el grano,
¡siembra ilusiones!

Eran tristes arenales
solitarios y resecos,
y un encanto mi cariño,
con la ayuda de los brazos, hizo de ellos...

Como la madre amantísima
que dá sangre de su seno,
dió la tierra
sus veneros...
y los tristes arenales
alegría se volvieron:
dieron pan y dieron rosas
y a sus árboles los pájaros vinieron
y de nidos los poblaron
¡y su canto levantaron a los cielos!
¡En los hombres!... el trabajo y el cariño
pocos surcos han abierto...
¡sangre dieras
de tu pecho!
¡qué ablandarles su dureza!...
¡qué llegarles ni al pensar ni al sentimiento!...

¿De qué sirven de la vida
los veneros?
Áridos siguen los hombres
y resecos...
¡ni esperanza de ablandarlos! ¡un páramo solitario
de tristeza y desamparo cruzo entre ellos!...
Dán pena, dán agonía, dán angustia...
te dán frío, te dán miedo...
Crían fieras, crían odios... ¡Oh, Sahara de los hom-
[bres,
de sed muero!...
¡Los hombres y las ciudades!... ¡qué descorazonadores
arenales pavorosos del desierto!

El carro triunfante

Era el Corpus, era
cuando hay azahäres,
cuando están de rosas
llenos los rosales,
cuando el cielo es puro,
cuando nidos hay,
cuando se oye el canto de los ruiseñores,
cuando lleva perfumes el aire...

Era en nuestro pueblo
la fiesta más grande;
la plaza: los puestos de turrón y dulces,
las horchaterías con aquellos vistosos sombrajes...
La noche: los fuegos... tocaba la música,
tocaba la banda con sus nuevos trajes...
las mozas tan majas, los mozos alegres...
había en las casas reuniones y bailes...
Los fuegos... el toro que corría soltando cohetes
y hacía las gentes caer y espantarse...

¡qué algazara aquella!
¡qué gritos! ¡qué vivas y qué disparates!...

Pero sobre todo me acuerdo de aquella
procesión al caer de la tarde:
con el junco verde
tejidas las calles...
con relumbres de öro y de plata,
de los sacerdotes las capas pluviales...
y con la custodia —llevado por niñas
vestidas de blanco— el carro triunfante.

•

Te diré el motivo que este dulce y puro
místico recuerdo al alma me trae:
Es día de fiesta, es azul el cielo,
hay flores, hay pájaros, lleva dulces aromas el aire
y entre los verdores de los paraísos
un carro ha pasado por la umbrosa calle.

Es un carro alegre:
lleva una familia y lo guía el padre;
resalta la nota
de los domingueros y vistosos trajes;
los muchachos gritan,
diablos y procaces;
las nenas se ríen y dán palmotadas;
y, en medio del grupo sentada, la madre
dá el pecho a un pequeño, del seno mostrando
la blanquísima espléndida carne...

Un santo patriarca
me imagino al padre;
y en medio de todos, igual que en un trono,
me parece, dando de mamar, la madre,
la Virgen y el Niño
con su coro de ángeles...

La visión he tenido de aquella
procesión del Corpus, al caer la tarde,
y ese carro lleno de amor y de vida
¡glorioso ha pasado ante mí como el carro triunfante!

Florecica de almendro

Florecica de almendro
más blanca que la nieve...
¡trempanerica caes
al airecico helão de la muerte!...

Al airecico helão,
como las flores,
se van en esta vida
las ilusiones...

Me preguntas si tengo ya novio... Más valiera
que tál nunca pensara...
Con la dichosa guerra, cariño en ande pones
con ilusión tus ojos, a morir te lo mandan...

De los mozos que fueron a la guerra,
hay noticias y cartas;
miserias y trabajos y peligros...
De tuícos, menos uno, ya se sabe en sus casas.
De quien no saben es de aquel muchacho
de Beniaján que estuvo una noche en la casa
y le hicieron cantar... Pué que te acuerdes
de lo modoso que era... de lo bien que cantaba...

Hoy volvemos de misa...
Como día de Pascua,
se sentía bullicio
y alegría en la plaza...
y ande habían tenío noticias de los pobres
soldäos, se podía leerlas en las caras...

Pero al pasar por frente de ande viven los padres
de aquel muchacho que una noche estuvo en la casa,
nadie había en la puerta
y dentro se sentía que lloraban...

•

¡Tener novio!... ¡ilusiones!...
más valiera que nunca tál pensara...
¡que, a más de probeticos soldäos, van cayendo
las ilusiones muertas por las balas!

Dulce es el agua que corre...

Es, hasta lejicos, tuyo
de tál modo mi querer,
que mujer que te dé un aire
la quiero, nena, también.

Dulce es el agua que corre,
verde la orillica está...
un no sé qué del Segura
tiene el río Tunuyán.

Yo me he sentado a la orilla
a ver el agua pasar...
un pájaro de la Pampa
cantaba en un totoral...

Tengo un ranchito criollo,
tiene a su puerta un parral...
con aquellas barraquicas
poquita cosa se vá...

Canta un *cabecita negra*
en su jaula, sin parar...
¡páece una *caber-nerica*
de aquellas de por allá!...

Un campito en la llanura
mis bueyes arando están...
cae la simiente en el surco
y lleva el aire un cantar...

En la tierra y en el cielo
las confiänzas están...
la buena tierra se ofrece
tan madre aquí como allá.

Puse allí mis esperanzas
y también las puse acá...
he sembrado un campo de ellas,
digo, he sembrado un trigal.

Y tuve mis ilusiones
que aquí no me han de faltar,
pues más de una ya he plantado:
es decir, más de un rosal.

Ya, como aquél, este suelo
me dá flores y el pan
y un no sé qué de mi tierra
le voy encontrando ya...

Y ya, corazón adentro,
esta tierra siento entrar
y al quererla, quiero aquella
que no olvidaré jamás.

Por eso, a veces, suspiro,
sin que pueda asegurar
si es suspiro de tristeza
o si de conformidad.

Por eso, a veces, suspiro
y hasta digo: «¡Qué más dá
orillicas del Segura
que orillas del Tunuyán!»

•

Blancos de nieve los Andes,
blanco el Aconcagua está...
páecen las sierras de Espuña... [1],
¡páece el pico del Cajal!... [1]

Sentado estoy a la lumbre
y arde leña de chañar...
al calorcico, recuerdo
lo que no puedo olvidar...

Sentado estoy a la lumbre,
pasan mis horas en paz
rodeado de los míos...
¡éste también es mi hogar!

•

Dulce es el agua que corre...
verde la orillica está...
verde mis sementeras
y echa rosas un rosal...

Dulce es el agua que corre,
¡pero aunque lo fuera más!,
¡¡no es el agua del olvido,
pues no te puedo olvidar!!

Orillas del río Tunuyán, al pie de los Andes, año 1910.

---

[1] Sierras de mi país.

Abonico[1]

Recibí su carta y, como una música
dulce en el oído,
llevo, desde entonces, aquello que dices:
«Leyendo tu carta estoy abonico»...

Me dices asina:
«Duermen en la casa...
»me he quedao solica y voy a escribiros...
»me he quedao cosiendo, pero no cosía...
»pensaba en vosotros y me he embebecío
»dista que la aguja
»ha dejäo caer sin sentirlo...

»He sacao tu carta; la llevo en el seno;
»no sé cuántas veces ya me la he leído...
»pero no me canso... me gusta leerla
»a mis solas y así despacico...

»Duermen en la casa... Pensando en vosotros,
»yo velo y suspiro...
»Leyendo tu carta páece que estáis cerca
»¡y estáis tan lejicos!...
»leyendo tu carta vuelo hacia vosotros
»cual si me nacieran alas de cariño...
»Páece que estáis cerca... más cerquica cuanto
»más la voy leyendo... me páece sentiros...
»me páece que os hablo... Por eso... ¡por eso!
»leyendo tu carta estoy abonico».

Yo también, nenica, repaso tu carta...
Es también de noche y ya tardecico...
Alreor de la mesa, los nenes
están ya dormíos...

---

[1] En voz baja. La Academia lo anota en «bonico».

Nosotros velamos
también... lo mesmico[1]
que tú, suspiramos por tí, por vosotros,
por la tierra que está tan lejicos...

Puede que a estas horas otra vez nos mientes...
puede qu'igualico
suspires y digas de nosotros esto
que de tí decimos...

¡Lo que son las almas! ¡tan lejos, y páece
que hablamos contigo!...
También en tu carta
nos páece, nenica, que tu voz sentimos...
Tan lejos... ¡y se hace lo lejos tan cerca,
que dista[2] nos páece sentir tus suspiros!...

En su paz, los nenes, como ángeles siguen
alreor de la mesa dormíos...
pa no dispertarlos, yo también, nenica,
leyendo tu carta estoy abonico.

En busca del pan

A mi estimado amigo
don Juan Riambau.

Hace más de tres años
que Juan salió de España
desesperado el pobre
por la miseria horrible de su casa.
Les dijo a su mujer y a sus hijicos,
con un nudo de pena en la garganta:

---

[1] Mismito, de mismo.
[2] Hasta.

«Iré hasta el fin del mundo
por el pan que nos falta.»
Pero en el mundo están, Señor, las cosas
como nunca de malas
¡y volver no ha podido Juan ni con un pedazo
de pan para su casa!...

Muy lejos de su tierra,
leyendo el pobre Juan está una carta:
«Vente ya, papaïto...
Vente ¡aunque vengas sin traernos nada!»

QUINTA PARTE

¡ALLA LEJICOS!...

(Costumbrismo - Paisaje)

Mi pueblecico

Desde la que fué mi casa
(«Las Acacias»)[1] bajo al pueblo
y en la cuesta de la Cruz,
a mirarlo me detengo...

[1] Ya no vive nadie en ella y a la orilla del camino silenciosa está la casa...

Al cabo de muchos años
vuelvo.
(«En la senda»)[1] ¡Cómo pasa
el tiempo!...

Acuden á mi memoria
los recuerdos:
¡mi infancia, mi mocedad,
mis padres muertos!...

Encimica de la cuesta
está la cruz que pusieron
(muchos años hace ya)
los misioneros...

Recién puesta, yo volvía
una noche de rondeo
y me espantó una gran cruz
negra sobre el blanco suelo.

Hacía luna, olvidado
de la cruz que habían puesto,
en el camino, de pronto,
ví la sombra del madero...

Sin poderlo remediar,
tuve un momento
en que, de terror, sentí
que se me erizaba el pelo...

•

Desde la que fué mi casa,
al bajar, miro mi pueblo
blanqueändo entre verdores
y a su espalda los cabezos...

---

[1] ¡Parece que el tiempo no pasa!
«Las Acacias» y «En la senda» son poesías de mi libro «La canción de la vida».

En lo älto de la cuesta
a contemplar me detengo
el puente, el río, las casas,
los huertos...

Desde el puente, miro el río
con sus espejos
y el molino y sus palomas
en bandadas por el cielo...

Azul y blanco el molino,
todo enlucido de yeso...
de tres estribos de piedra
el puente de hierro...

•

Es domingo: desde el puente,
venir de la Algáida veo,
a oir misa y al mercado,
de gentes un jubileo...

Las mujeres como grajas,
sin dar punto de sosiego
a la lengua, con sus riñas,
chismes y enredos...

Los hombres, con sus andróminas
y chalaneos
y con sus tejemanejes
de trabajos y dineros...

Las mozas, con sus riseras
y de gresca y de chanceo
con los mozos arriscäos
y chapuceros...

•

Después de pasar el puente,
en el Carril, ya en el pueblo,
el fielato de consumos
es lo que se vé primero.

Las cuentas en el fielato
las llevó mi padre un tiempo;
aunque era yo pequeñico
me parece estarlo viendo...

Al fielato le decían
la «Bodega» y yo me acuerdo
que, de vino y aguardiente,
había muchos pellejos...

•

Por la calle de San Juan
subo derecho
a la plaza, que está llena
de tenderetes y puestos...

La «Casa grande», en la plaza
se levanta en un extremo
con su gran balcón corrido
y con sus rejas de hierro.

Se alza la torreta azul
de la «Casa grande» en medio:
los aviones a millares
criaban en los aleros...

Debajo de los balcones
están, lo mismo que en tiempos,
los nidos de golondrinas
de barro seco...

El ver pasar como flechas,
de pequeñico, recuerdo
las golondrinas en ras
del suelo...

Y también a la torreta
yo recuerdo
que me quedaba mirando
suspenso:

Volaban alrededor
los vencejos
en nubes y remolinos
negros...

¡La plaza!... Tal como estaba
antes, me la represento
con la «Casa de la Villa»,
la botica y el Correo...

Estaban en ella, entonces,
los Pereas, panaderos,
y los Giles y los Sánchez,
tenderos...

Estaban, también, el Corzo,
liencero,
y Teöro el cortador,
carnicero...

•

Voy por la calle Mayor
y parece que estoy viendo,
años atrás, los Tarraras,
sangradores y barberos...

Perico el sastre, Isidoro
el carpintero
y el tío Chau y los Rosquetes,
sogueros...

•

Calle de la Corredera...
mi novia, mi primer sueño...
sueño que en sueño quedó...
¡Rufinica!... ¡versos!...

Calle de la corredera...
los Capotes, el tió Pedro
el padre de Josefica
mi «Compañera»... ¡más versos!...

•

Subo un poco hasta las eras
y al camposanto me acerco:
¡mi padre
en aquel nicho de yeso!...

¿Y Rufinica? No sabe
decirme el sepulturero...
Yo sé: ¡«Cubierta de flores»[1]
en mi älma la llevo!...

Fué «Mi reina de la fiesta»[2]
¡Allí su sueño y mis sueños!...
¡sueños que duermen
de la muerte en el sueño!...

---

[1] Poesía de mi libro «Alma del pueblo».
[2] Poesía de mi libro «La canción de la vida».

Bajo después á la iglesia,
que está a una orilla del pueblo;
desde el atrio, en la hermosura
de la huerta me embeleso...

La acequia con sus brazales
y un molinico harinero...
las casicas del «Hurtado»
y las tierras del «Río Muerto».

¡El molinico!... Me cuentan
que en él mi abuelo,
cuando era moza mi madre,
estuvo de molinero...

•

Mi pueblecico se encuentra
en un valle, entre cabezos...
Su gracia son los verdores
y del río los espejos...

Nacimiento

El Nacimiento del Niño
lo han hecho al pié del altar:
La Virgen y San José
ca uno a su laïco está.

En cuericos está el Niño
encimica de unas pajas:
le echa una risa a su madre
y a ella se le cae la baba...

Está como una ascua de oro
el altar con tantas velas:
¡de juro que, de contarse,
pasaban de las milenta!

Con ramas de pino verde
está el Belén adornäo
y, entremedias, borreguicas
recortás de papel blanco...

Se hunde, a la misa de gozo,
de tantas almas, la iglesia:
las puertas de par en par
y la gente dentro y fuera...

Es aún de noche, y del alba
apenas se ven los claros...
Oyen misa muchos hombres
en la calle arrodilläos...

Pa cobijarlos a tós
páece ensancharse la iglesia
y el cielo sobre los hombres
tiende su manto de estrellas...

¡No sé qué tiene esta misa
del alba
que, a su frescura, revive
la fé cual reseca planta!

La gente de fé sencilla
que va a la misa primera,
no va por lucir sus galas
ni a mirar y a que la vean.

Los humildes
que madrugan y trabajan,
son los que van a esta misa
del alba.

Por eso de bote en bote
está la iglesia
y bajo el cielo estrelläo
los hombres rezan...

Y en esta misa del alba,
cuando son misas de gozo,
es el encanto sentir
el aguilando en el coro.

Guitarras y guitarricos,
panderetas y zambombas,
los hierros y las postizas
y villancicos y coplas.

«San José tenía celos
»del preñado de María,
»y en el vientre de su madre
»el Niño se sonreía...»

•

«San José mira a la Virgen
»la Virgen a San José,
»y el Niño mira a los dos,
»y se sonríen los tres.»

•

«¡Ay, ay, qué niño tan rubio!
»¡ay, ay, qué gordito está!
»¡ay, ay, qué madre que tiene!
»¡Carrasclás, carrasclás, carrasclás!»

En la iglesia el aguilando
suena a gloria
y las almas
al Niño Jesús adoran...

Los que fuera de la iglesia
oyen misa,
ven borrarse las estrellas
y llegar la lus del día.

¡Y entre albores en la huerta,
les parece que al Dios niño
también le entonan sus coros
los pajaricos!...

Reyes

De Oriente salen tres reyes
para adorar al Dios niño...
una estrella los guiaba
mostrándoles el camino...
(Popular)

Antes de que llegue el día
ya está la gente dispierta
y en ala sale tó el pueblo,
con los claros, a las eras.

La gente va de mudá [1]
como en las mayores fiestas:
son pocos los que no lucen
su ropa nueva.

[1] Mudado-a — vestido de limpio o de fiesta.

Es el día de los Reyes
y, según costumbre vieja,
lo mesmo que tós los años,
al vivo los representan.

Bien de madrugá, la gente,
del lugar en las afueras,
ya a los reyes
impaciente los espera.

Es casi de noche... Al pueblo
los cabezos arrodean
y en la oscuridá del alba
paecen gigantes que velan...

No puede ser más hermoso
el día que se presenta:
el cielo sin una nube
y la escarcha que blanquea.

Hace un poquico de frío,
que pica en manos y orejas;
las mocicas en su cara
tienen las rosas más frescas...

Bulle el gentío en los altos
de las eras
y, según va entrando el día,
la muchedumbre se aumenta...

Los mozos a las muchachas
las roncean
y ellas de ellos
se ríen y se chancean...

El sol está pa apuntar
y ya el momento se acerca
de ver, guiando a los reyes,
el lucero de Judea.

Tos miran allá lenjicos...
los simenteros[1] verdean
y en el cielo se recortan
un ciprés y una palmera...

Tos miran allá lenjicos,
alargando la cabeza
y empinándose en el suelo
y sobre las picaëras...[2]

Tós miran allá lenjicos...
y de pronto, ande negrean
la palmera y el ciprés,
ven que un lucero destella...

Se alza un clamor del gentío:
«¡Mirad allá en la palmera!»
Tós miran y embebecíos
se queän...

Resplandece allá el lucero
de Judea
guïando a los reyes magos,
y tós dicen: «¡Es la estrella!»

Y a su encuentro
va la muchedumbre suelta,
corriendo hácia aquella parte:
«¡Es la estrella! ¡Es la estrella!...»

---

[1] Sementero — sementera.
[2] Grandes piedras sobre las que se macera el esparto golpeándolo con la maza.

Dulce y remota una música
hácia aquella parte suena
y resplandece en los cielos
el sol ya fuera...

Pajaricos a bandás
van hácia las sementeras
y, aunque el sol brilla en el cielo,
sigue brillando la estrella...

La estrella es un angelico,
una nena,
montá en un caballo blanco
que se acerca...

En alto, con un alambre,
en la mano trae la nena
una estrella de hojalata
que, al herirla el sol, destella...

Por caminos diferentes
vienen los reyes tras ella:
el negro, el joven, el viejo,
los tres siguiendo la estrella...

Con los mantos de la Virgen
que el señor Cura les presta,
hermosos mantos de cola,
los reyes magos se arreglan.

De cartón son las coronas
y de vidrio son las cuentas,
de palo son sus espadas
y su reino es la pobreza.

Y estrella y reyes y pueblo,
yendo juntos a la iglesia,
a los piés del Nacimiento
se prosternan.

Los regalos que le traen
los reyes a Dios, le entregan:
son del corazón y el alma
las ofrendas...

¡Arde incienso en el altar,
música en el coro suena,
y las campanas, al vuelo,
campos y cielos alegran!...

Carnestolendas

¡Qué demonios de muchachos
y qué gresca
la que se traen ensayando
su «Música ratonera!»

En lucirse,
con su comparsa, se empeñan
y dicen que en estas Máscaras
tiene que ser la primera.

Los zagales en el pueblo
ya no tienen más petera
y al «tururú» y al «chinchín»
ni un menuto les dan tregua.

Hay una banda de músicos
que no tocan más que piedras:
otros tocan pitos de agua
y otro tocan castañetas.

¿Castañetas?
Pos, claro está, ¡castañetas!:
Las hacen con alcazabas
verdes que traen de la güerta;
y más tavía pal caso,
que las cañas aprovechan
porque la alcazaba tiene
más correa.

¡Demontre con los muchachos!
¡hay que ver lo que se inventan!:
los pitos de caña verde
con el telo que les dejan
o con papel de fumar,
canute de caña seca...

Los hay que tocan las pitas
que del carrillo se agencian:
son las hojas del cobollo [1]
arrollás: soplas y suenan:
si grandes, con un zumbío
de moscardón... si pequeñas,
el pi... pi... del mosquito
en la oreja...

Otros tienen sus chicharras
y hacen éstas
de una cáscara de nués
y una astillica de tea,
sobre la que con los dëos
ligeros repiquetean,
siendo el sentirlas talmente
sentir en las oliveras
las chicharras de verdá
que te dan morra [2] en la siesta.

---

[1] Cogollo.
[2] Modorra.

Según dicen, la comparsa
va a salir en esta regla:
Primero, zagales grandes,
formäos a la cabeza
tocando las caracolas
de los que van la siega...
De éstos y de tós los otros,
apropiás las vestimentas.

Por pandillas y dempués,
los demás de esta manera:
los pitos de agua, que son
los pájaros de la vega...
el volar de las palomas,
que serán las castañetas...
los otros pitos de caña,
los murmullos de la güerta...
las moscardas y mosquitos...
las chicharras en la siesta...
y, asolándolo tó al paso,
luego, la nube de piedra...
«¡Chín, chín, chín!...
¡la Música ratonera!»

Cerrará, al final, la marcha,
¡muy séria!
la música de la muerte,
que no suena:
los pitos son calabazas
de mil formas y maneras...
por tambores, los cofines
con correajes de pléita...
los platillos, dos marguales [1]
con las ansas de cordeta...
y una bota de sardinas,
bombo con parte de estera...

[1] Aventador de esparto.

Y, al parar, de ves en cuando,
como un responso en la iglesia,
los músicos de la muerte
cantarán de esta manera:

«Esta vida es una broma...
Diviértete lo que puedas...
¡A la vuelta de cien años,
tós calaveras!»

•

¡Chín, chín, chín!...
¡Tururú, tururú, tururú!...
¡La música ratonera!

Pasión y muerte

Muerto el Señor, ya no suenan
Jueves Santo las campanas
hasta el Sábado de Gloria
en que vuelven á tocarlas.
En su lugar, á los fieles
a la iglesia se les llama
tocando, por las esquinas
y en la torre, la matraca.

Hay dos clases
de matracas:
la que tocan por las calles,
que viene a ser una tabla
de largo de unos tres palmos
y uno de ancha,
que lleva dos aldabones,
uno en cá cara.
La tocan aprisa y hace:
¡traca!... ¡traca!... ¡traca!... ¡traca!...

La ötra, la de la iglesia,
es un cajón de una vara
cuadrado y con mazos dentro
que golpean sobre tablas
y con eje y con cigüeña
pa tocarla.
La colocan en la torre,
en ande están las campanas,
y se siente el golpeteo
a gran distancia
con un estrépito loco
al voltearla...
¡Tracalatrá!... ¡tracalatrá!...

Las peñas lajas [1]
de los cabezos del pueblo
páece, al eco, que se rajan!...

•

¡Tracalatrá!... ¡tracalatrá!...
¡Traca, traca, traca, traca!...

¿Ande tendré la cabeza?
De no sentir la matraca,
na tan ageno pa mí
que estar en Semana Santa.

—Anda, nene, vés al huerto
a por una cesta de habas
y haremos la colación
como Dios manda.

—Madre, yo quería ir
a ver tocar la matraca
y también, si es que me deja
el sacristán, a tocarla.

[1] Piedra en hojas, fácil de rajarse: piedra lastre.

—Hijo, obedéceme y vés
por las habas;
no quisiera que, como otros,
estas cosas, que son santas,
nene, a juego
las tomaras.

Sí, hijo mío:
Dios, por nosotros, acaba
de morir, en la agonía
más amarga...

Bajo el peso de la crús
se doblaba...
los verdugos, de un cordel
puesto al cuello, le tiraban...
otros, con otros cordeles,
cordelazos le pegaban...
se caía y con fatigas
de muerte se levantaba...
igual que a un pobre animal
lo arreaban...

Hubo quien de él se reía,
quien lo insultaba,
quien, con los puños cerräos,
le amenazaba...
¡y hubo quien llegó a escupirle
sobre su divina cara!...

Ya atontäo, a los porrazos
que se daba,
más la corona de espinas
en la frente se clavaba
y su rostro demacräo
sangre y sudor chorreaba...

Iba su madre detrás,
que se esjarraba
llorando a lágrima viva,
de dolor en sus entrañas,
y el corazón traspasäo
por siete espadas...

—Pero, nene, ¿por qué lloras?
¿qué te pasa?
—¡Leñe! que me ha hecho usté, madre,
llorar de lástima.
—Mejor, hijo: no te importe,
si tu corazón se ablanda,
que no hay más cierta señal
de estar en gracia.

Lo que el corrental del río
es para las peñas ásperas,
fué el martirio del Señor
para las almas...

Dios del Cielo en una crús
espiraba,
por ver si al género humano
el corazón le ablandaba...

•

Llega al Calvario el Señor,
las vestiduras le arrancan,
lo acuestan sobre la crús
los sayones y lo enclavan:
en manos y piés los clavos
sus puras carnes traspasan...
¡cuando alzan la crús en alto,
las manos se le desjarran
y un quejío triste y débil
de la boca se le escapa!...

De sus brazos chorreändo,
la sangre su cuerpo mancha...
y en su cuerpo
los verdugones señalan
los cordelazos cruëles
que los verdugos le daban...

Una vez crucificäo,
su vista al cielo levanta:
«Perdónalos, padre» —dice—
y acaba:
«que no saben lo que se hacen.»
Sus rodillas se doblaban
y con el peso del cuerpo
los brazos se le cortaban...
Pa espenarlo, en el costäo
le dán un golpe de lanza...

«¡Sed tengo!»
cuando está expirando exclama
y le dán hiel y vinagre
en ves de ägua...
Su túnica se la juegan
los soldäos que lo guardan...

—Madre, ¡qué gente tan borde[1]
y tan mala!...
—Pos eran hijos de Dios
y a los que él mesmo salvaba.

Viernes Santo,
que es mañana,
será el desenclavamiento,
cuando de la crús lo bajan...

[1] Salvaje, mala, atravesada.

Luego, a la noche, el entierro:
va el Señor muerto en su cama...
la Virgen, con manto negro
lleno de estrellas de plata,
al hijo sigue llorando
y, en ves de lágrimas,
dos perlas
luce su divina cara...

La Resurrección el sábado
con repique de campanas:
tirará el cura aleluyas
dende el balcón de su casa...
pegarán tiros los hombres
pa hacer salvas,
y las mujeres, sin ver
a quién encima les caigan,
a la calle tirarán
tiestos dende las ventanas.

Calvarios

I

Se parte el río en dos brazos
y deja en medio un islote
en alto y de unas diez tahullas
ande está el güerto del Conde.

Las riás resiste el güerto
con potros [1] y malecones
y cañares de liceras [2]
ande el corrental se rompe.

---

[1] Malecón a piedra seca.
[2] Cañas más grandes y duras que las comunes.

Es un vergel ese güerto
de los que tienen renombre
y, en plata, dá un Potosí,
de naranjas y limones.

•

Entre cabezos, el río
salta y corre
con su corrental de plata
ó su corrental de podre... [1]

Si encuentra anchura, se extiende:
si estrechura, se recoje;
y unas veces deja tierras
y otras veces se las come...

En las peñas culebrea
o, saltando dá rebotes
y hoza al pié de los terreros
y los socaba y los röe.

Entre siscas [2] y carrizos
se mete y no se conoce,
¡malintencionäo pa quien
el pié no sabe ande pone!

En los remansos se duerme
y su sueño dá temores:
¡aquel cazurro callar
impone!...

Las aguas en el remanso
son torvas y con negrores,
y el resollar de los golgos [3]
el ánimo sobrecoge...

---

[1] Cieno.
[2] Cisca, jisca.
[3] Gorga.

Dá alegría el río claro:
ver su fondo, lo que esconde
y sus aguas límpio espejo
de cielo, ramas y flores...

II

Por la falda del cabezo,
aguas arriba, pa Ulea,
a la orillica del río
está la senda.

En lo alto de los terreros [1]
va resfalosa y estrecha
y, a pique al pié, pasa el río
bufando como una fiera.

Lo que de ventaja tiene,
es lo peligroso en ella:
mucho atajas, pero puedes
irte al río de cabeza...

•

Suelen, de un mozo animoso
que tuvo novia en Ulea,
contar que töas las noches
pasaba por esta senda.

Dicen que pa él era igual
noche clara ó noche negra
y que se ufanaba de ello
si era noche de tormenta.

[1] Orillas terrosas y empinadas en los ríos. Barrancas en la Argentina.

Pero una noche no vino
a Ulea,
¡con ser una noche clara
cuajá de estrellas!...

Y nunca más aquel mozo
volvió a Ulea
ni en su casa de él supieron
ni hubo nadie quel supiera.

Decían unos que al río
debió caer de cabeza
y otros que, acaso, un camino
tomá pa lejanas tierras...

¡Lo cierto es que aguas abajo
leguas y leguas
lo buscaron y que el río
no lo echó afuera!...

•

Por ese mesmo camino
voy pa Ulea
y me acuerdo
de otras hazañas como esa:

Un mozo que sobre el río,
en las canales [1] de Archena,
como los titiriteros
pasaba también por ellas.

Otro que por la maroma
del barco de Villanueva,
cuando venía riá [2]
pasaba con gran destreza.

---

[1] Acueducto de madera.
[2] Riada.

Y otro también que pasaba
la cuna[1] de igual manera:
cuatro malos travesaños
puestos sobre marometas.

¡Unos y otros, por el rumbo
en valentías y apuestas
y jugándose la vida,
de las novias a la enza!

•

Ya pasäos los terreros,
que es lo peor de la senda,
al otro läo del río
se vé enfrente Villanueva.

Se vé empiná en un cabezo
con sus casicas pequeñas
apiñás y que hácia el río
bajan en calles estrechas.

Y se ven, más arribica,
las capillicas en cuesta
de los pasos del calvario
blanqueändo entre las peñas...

•

Tres días hay en el año
que relumbran más que el sol:
Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascensión.
(Popular)

---

[1] Puente rústico colgante.

Es Jueves Santo, hace un día
hermoso de primavera...
Quien el cantar se sacó
por embustero no quea.

Gozando voy de esta vista
de Villanueva
y al pié sus güertos cuajäos
de naranjos y palmeras...

Gozando voy de esta vista,
conforme me acerco a Ulea,
que entre verdores de güertos
ya blanquea...

III

La mayor gala de Ulea
son sus mujeres hermosas
y lo limpio de sus casas
más blancas que las palomas...

Está a la orilla del río
como una princesa mora,
acostá bajo palmeras
y de azadares la alfombra...

•

Como Jueves Santo que es,
ni con una alma se topa...
¡tó solitario y calläo,
sin sentirse ni una mosca!

Por la calle de los Pasos
llego a Ulea: ni curiosa,
como otros días, la gente
a las puertas hoy se asoma.

Páece este recogimiento
del Jueves Santo, una cosa
que se siente isla[1] en las peñas
a la ves que en las personas.

En el calvario de Ulea
hallo dos muejeres solas,
que están rezando los pasos
de rodillas y llorosas.

Del paso en que es, en el nicho,
se vé una estampa borrosa
ande el Señor con la crús
cäe con cara angustiosa.

Las dos mujeres están
en la calle terragosa[2]
y besando el santo suelo
de ves en cuando se doblan.

De estas mujeres, es una
de edá, y joven la ötra.
¡La joven es una perla
por lo fina y por lo hermosa!

Me acuerdo del mozo aquel
que ni en noches tormentosas
se dejaba de venir
a Ulea a ver a la novia...

•

[1] Dista — Hasta.
[2] Terregosa — llena de tierra, de polvo del camino.

Siento enfrente, en Villanueva,
una música remota:
es la procesión que sube
del calvario hasta la copa [1].

Se ven lejos, chiquiticas
como hormigas, las personas,
río por medio, allá arriba
en las peñas escabrosas...

Se ven los santos en andas
subir la cuesta penosa
y curas y monecillos
pequeñicos como moscas...

De los soldäos romanos
brillan las lanzas y cotas
y banderas y estandartes
al aire flotan...

•

De santicos
de a cuarto o de a parpallota,
páece aquella procesión,
del cabezo allá en la copa...

Desde las peñas

Sobre un cejo [2], en las alturas,
pasturea [3] mi rebaño...
yo contemplo tu casica
en el hondo del barranco...

---

[1] Cúspide — cima.
[2] Cornisa saliente sobre un cortado a pique en la montaña.
[3] Pace — de pacer.

Un corrental[1] d'agua clara
allá abajo
y a la orilla tu casica
entremedias de naranjos...

Con un belén tu casica
la comparo:
un ciprés y una palmera
a los läos...

A lo hondo y lejos, los trigos
en los llanos
de Cagitán, con su tono
verde claro...

Y, entre verdores, tan blanca
tu casica como el ampo
de la nieve
en los picachos...

•

Yo, en mis peñas, las retamas
y los romeros amargos...
tú, en tu casica, la miel
y los azadares blancos...

•

Dejo en la majá a la noche
mi rebaño
por mis perros con carlancas
bien guardäo...

[1] Riachuelo.

Por ir a tu casa pronto,
no sé como no me mato,
pos a blincos
voy leganizos [1] abajo...

¡Ay si tú no me quisieras!
me estremesco de pensarlo:
¡me tiraría, a estrellarme,
de una chenta [2] o de un cenajo! [3]

Ánimas

Tantos en el pueblecico
del Cólera perecieron,
que las personas en él
puras almas se volvieron,
quedándose el pueblecico
sin gente, que daba miedo...
Páece ser que, desde entonces
y como triste recuerdo
de aquel Cólera espantoso
«Ánimas» se llamó el pueblo.

Dicen que del tó vacías
barriás enteras se vieron.
Iba un carro por las calles
recogiendo,
como un despojo cualquiera,
los muertos...
Dando boqueás tavía,

---

[1] Pendientes gredosas y resbaladizas, en los cerros, a veces muy empinadas. De légano, légamo.
[2] Coronamiento de rocas en los picachos, enhiestas o inclinadas hacia adelante.
[3] Despeñadero, derrumbadero. ¿Afinidad con el «cejo»?

algunos al carro fueron
y también hubo de ötros
que del tó no habían muerto
y, como resucitäos,
ya del hoyo los piés dentro,
entre pasmos y chillíos
a sus casas los volvieron...

•

De las Hambres, de los Cóleras,
cuentan historias los viejos...
¡no pasó una ves solica
el Cólera por el pueblo!

•

Limosna, de puerta en puerta
pide un viejecico ciego,
tan viejecico que dicen
que pasa ya de los ciento
y suele cantar el pobre
tavía con sentimiento,
esta copla que, de mozo,
debió de esjarrarle el pecho:

Vino el Cólera a mi casa...
Era hermosa como un cielo
y en un carro me la echaron
revuelta con otros muertos...

•

Recorre, al escurecer,
otro viejecico el pueblo,
«¡Limosna pa las ánimas benditas!»
de una campanilla al son
triste y lento:

«¡Tilín!... ¡tilín!...» En la mano
lleva colgando un pañuelo,
atadas las cuatro puntas,
pa lo que vá recogiendo,
que pesa poco
y abulta menos:
¡unos chavicos[1] del moro
es tó el dinero!...

¡Yo, qué sé!

¿Por qué cantas, zagalica,
todo el día sin cansarte,
desde el mismo amanecer?
¿Por qué tan alegre cantas?
—¡Yo, qué sé!

—¿Por qué, sin cesar, te ríes
tan a gusto y con tal gana
que te vás a deshacer?
¿De qué ríes, zagalica?
—¡Yo, qué sé!

—¿Qué miras que a todos miras
y con los ojos, zagala,
te los quisieras comer?
¿Qué miras, cuando así miras?
—¡Yo, qué sé!

[1] De «ochavo» — llamaban «del moro» a una moneda, morisca según se decía. Toda moneda falsa o extraña pasaba por «ochavo». «Por «chavo» tó pasa».

—¿Qué es lo que decir quisieras
cuando salen a tu boca
las palabras en tropel
y hablas y hablas, zagalica?
—¡Yo, qué sé!

•

—¿Qué te pasa, zagalica?
¿Qué te ha trocado hasta el punto
que no se encontrara quien
dijera que eres la misma?
—¡Yo, qué sé!

—¿Por qué ya no te siente,
de tal modo, que tu boca,
si por suspirar no es,
no se abre ya, zagalica?
—¡Yo, qué sé!

—¿Por qué estás triste, tan triste
que tu tristeza hasta el alma
va de los demás también?
¿Qué te falta? ¿qué deseas?
—¡Yo, qué sé!

—¿Por qué no cantas ni ríes?
¿A dónde los ruiseñores
fueron sus nidos a hacer?
¿A dónde fué tu alegría?
—¡Yo, qué sé!

—¿Por qué lloras sin consuelo?
¿Qué fuente de penas tienes
que nunca secos se vén
ya tus ojos, zagalica?
—¡Yo, qué sé!

¿Por qué adelgazan tus manos?
¿Por qué se ha vuelto azucena
tu cara que era un clavel?
¿De qué daño te consumes?
—¡Yo, qué sé!

—¿Por qué fijas en los cielos
tus ojos esperanzados?
¿Cuál es tu mal ó tu bien?
¿De qué te mueres, zagala?
—¡Yo, qué sé!

Zagalico a por istiércol

Compadéscase al que sea,
si no tiene más remedio,
ya ayudarse, que mandar
a sus hijos por istiércol [1].

Al verme en la terea echar los bofes,
suelen decirme: «¡A trebajar te matas!»
Y es el caso que no tengo avaricia:
Si fuera por mí solo, a mí me basta
un sayo remendao, pero limpio,
y un bocao de pan y un trago d'agua.

Tengo ambición, es cierto, pero no es como aquella
que en naïca repara.
La ambición que yo tengo no es por mandar en otros
ni por tirar en rumbos y jaranas
aquello de que tantos
pobres sufren la falta...
Lo que ambiciono yo ës algo de que muchos
ricos escasos andan:

[1] Estiércol.

es el caudal de entendimiento claro
y facultades altas
pa salir de la más triste pobreza,
que es la de sucumbir en la ignorancia...

Y tampoco es por mí, pues ya no tié remedio
mi desgracia:
Mi padre fué más pobre que yo, y su pobreza
de la más mala,
pues pensó en agenciar [1], sin ver el daño
que nos causaba,
y, en lugar de mandarnos a la escuela,
a mí y a mis hermanos nos echaba,
ca uno con su capazo, a por istiércol,
que valía seis reales una carga...

En ves de la cartera pa los libros,
el capacico a la espalda...
Ya lleno el capacico,
vuelta a la casa,
dobläos
por la carga...
Vaciar el capacico
y volver a salir ¡hala que hala!

Con el capazo a cuestas, recogiendo moñigos [2],
la vida, a mis hermanos y a mí, se nos pasaba
junticos recorriendo
los caminos reales, desde el alba,
pasando rechicheros [3],
fríos y nubes malas
y ventoleras
que nos cegaban...

---

[1] Ganar dinero.
[2] Boñigos.
[3] Resisteros.

Teníamos que ir juntos porque había peleas
por pillar moñigueros. Y de ello resultaba,
(pues es ley de la vida), que era siempre el más fuerte
quien, con razón o sin razón, ganaba...

Como el ir y venir con los capazos
nunca paraba,
nuestro corral se hundía con el montón d'istiércol
que salía por cima de las tapias.
Hubo ves que vinieron a comprarlo
y los burros con sárrias
se llevaron no menos
de cien cargas...
Éramos casi ricos,
pero como a otros ricos nos pasaba:
¡con el montón d'istiércol, que eran nuestros posibles,
nuestro atraso y torpeza s'igualaban!

Ni yo ni mis hermanos fuimos nunca a la escuela:
¡qué más desgracia!
Ni de letra ni pluma ni de cuentas
sabíamos, siquiera, una palabra...

•

Así yo me crié... Por eso, desde cuando
de mi escasés de luces colijo mi desgracia,
es mi afán que mis hijos no falten a la escuela
y es mi ambición el darles enseñanza...

Así yo me crié... Y, trebajando,
me verás, por lo mesmo, echar el alma,
¡en tal de que mis hijos
por istiércol no vayan!

¡Bonicos y baratos!

Si quiés comprar juëtes
bonicos y baratos;
si quiés comprar cosicas
bonicas pa regalos,
no tiés que icir en ande
ni tiés que preguntarlo:
hay tóico lo que quieras
en el «Bazar Murciano»...
¡de tóico lo del mundo,
pa los que tengan cuartos!

•

¡De tóico lo del mundo,
pa los que tengan cuartos!...
Yo he visto los juëtes
bonicos y baratos...
Estaban unos nenes negricos y escalcicos
con ojos como puertas mirándolos clisaos... [1]

Ante el escaparate,
los nenes escalcicos se queäron
¡llenándose los ojos
y vacías las manos!

Arcas cerraïcas

Te casastes con él sin quererlo...
¿Por qué no eres franca?
—¡Pero es que tampoco yo lo aborrecía!
—¡Eso mismo que tú dicen tantas!...
—No hay nadie más bueno que él, y se merece

[1] De hito en hito.

que besando vayan
el suelo que pisa...
—Es que si no fuera
tan bueno, ¡quién sabe si más lo apreciaras!
—Töa me estremesco
de sentir como hablas...
—Porque casi siempre
la verdá es amarga...
—Yo te mentiría
si te asegurara
que al casarme con Roque perdía
por él el sentío... que por él cegaba...
Tuve antes un novio...
—Que, si a mano viene,
tampoco sería con quien tú soñabas...
Son pocas mujeres
las que con el hombre que quieren se casan,
y bien pocas veces
su sentir verdaëro declaran...

•

—¿Creerás que de noche...
(¡pensarlo me espanta!)
creerás que el que en tiempos
me quiso, entavía roncea[1] mi casa?
Yo nunca lo miro...
—Pero de seguro
que lo ves lo mismo que si lo miraras...
¿Por qué, si no, tienes
al contarlo encendía la cara?
—Dirías que puedo faltarle a mi Roque?
—Digo, pa tu cuenta, y allá te las hayas,
¡que son las mujeres arcas cerraïcas,
que nunca se sabe lo que dentro guardan!

[1] De roncoría y rondear o rondar.

Ojo de rayo

No hay zagal en el pueblo
como él de diablo
y con razón le dicen
«Ojo de rayo»
pues, a más de ser bisco,
de los más malos,
en ande pone el ojo
pone el peñazo [1].

De su pedrá certera
no escapa un pájaro;
le huyen, como a demonio,
perros y gatos;
es la nube de piedra
pa los tejäos;
no deja en las ventanas
un tiesto sano;
no hay una fruta libre
de sus tormazos [2],
aunque esté de las ramas
en lo más alto;
les tira a las campanas
del campanario
y suenan que alguien piensa
que están tocando;
tira a los abiluchos [3]
a descolarlos
y a las birlochas altas
les mete hondazo...
A lo mejor, es leja
llena de platos

[1] Peñascazo.
[2] Terronazos.
[3] Especie de pequeña birlocha de simple papel tieso, sin armadura de cañas. Tiene sólo dos tirantes y su cola es una tira del mismo papel.

o jarrero[1] en que el ama
se está mirando,
ande el peñazo llega
pintiparao
lo mesmico que en «ojo
de boticario...»

A tirar piedras lenjos
por bajo el brazo,
los desafía a tuícos
«Ojo de rayo»;
más que náide, hace sopas[2]
en el remanso,
sobre el agua la peña
suya saltando,
y si es tirar a zurdas,
¿quién va a igualarlo,
si es, a más de bizuejo[3],
también zocato?...

No hay zagal en el pueblo
como él de diablo:
vuelve fosco la jeta
si oye mentarlo,
el ojo de bitoque
poniendo en blanco,
y se exclama la gente:
¡«Qué ojo de rayo»!

---

[1] Lugar donde se cuelgan jarros con agua para quien desea beber.
[2] Sopa. Lanzada la piedra a flor del agua, debe rasarla, a saltitos, varias veces: cada vez es una sopa. Gana, en ese juego, quien hace más sopas con cada piedra.
[3] Bisojo.

Los folasteros

No te enamores, mi niña,
de mocito forastero,
porque en volviendo la espalda,
si te he visto, no me acuerdo.
(Popular)

No lo puede remediar,
le gustan los folasteros,
¡pero, como van de paso,
si te vide, no me acuerdo!

•

El primer novio que tuvo
fué un pañero
fortunero.
«¡Paño fino!... ¡Lana fina!...
¡El pañero!...
Parroquiano,
mire qué corte le vendo.»

No le ofrescas, parroquiano,
que no te quedas sin género.
A dos duros por la tela
le pidió al albaldonero
y se la dejó a diez reales
porque no le ofreció menos.
Más palabras
que un misal tiene el pañero
y le dá borra por lana
al más despierto.

A la legua,
cuando ya se va del pueblo,
de su caballo rumboso
se siente el campanilleo...
«¡Paño fino!... ¡Pañero!...»

Velonero de Lucena,
sandunguero,
tus platines,[1], que repicas
con alegre tintineo,
igualicamente suenan
que una campanica al vuelo:
«¡Tilín!... ¡tilín!... ¡tintilín!...
¡velonero!»
«Almireces y velones,
capuchinas, candeleros...»

Después, cuando ya te marchas,
velonero,
dulce y triste,
en las afueras del pueblo,
se apaga de tus platines
el «¡Tintilín!» a lo lejos...

•

«Lañar tenajas, lebrillos»...
Es un mozo alto y recio,
lleva a lo curro
en la cabeza el pañuelo,
dicen que mató a uno
por cosas de noviajes[2] y de celos
y anda de lañäor huyendo el bulto
de pueblo en pueblo.

Lañando está un lebrillo
y alreor los zagales en el suelo.
En las alforjas
guarda mil enrëos
y una navaja de Albacete,

---

[1] Son dos planchas de bronce que lleva en una mano y que, haciéndolas sonar chocando entre sí, sirven para anunciarse.
[2] Noviazgos.

de cachas de güeso,
con un filo
que raja un cabello...

•

«¡Calderero!»...
De sartenes,
al hombro lleva un rimero
y en una de ellas golpea
con un martillo pequeño...
Por las calles
suena su repiqueteo...
«¡Calderero!»

Tiene la cara tisnada,
pero es rizado su pelo
y son sus dientes muy blancas
y son sus ojos muy negros...
«¡Calderero!»

Aquí me arremanecí [1]
y en otro läo anochesco...
pero marcharse a la fin
del mundo, fuera lo mesmo,
pues la moza
tiene metío en los sesos,
del martillo en la sartén,
el dulce repiqueteo...
«¡Calderero!»...

•

«Plata y oro viejo quién vende»...
De tarde en tarde pasa este folastero.
«Compro arracadas, collares, anillos
y galones viejos...»
«¡Platero!»

[1] De remanecer.

Un cartera de viaje,
colgando al cuello,
con las alhajas y los galones,
lleva al costado el platero
y lleva también en ella
un pesico pequeño
para pesar la plata
y el oro viejo...

La vos se va alejando
y perdiendo
en un remoto «quién vende»...
como un eco...
«¡Platero!»...

•

No lo puede remediar,
le gustan los folasteros...
El pañero de Fortuna
y después el velonero...
Pasó el lañäor más tarde
y le siguió el calderero,
dista[1] que llegó detrás
el platero...
¡Pero tos iban de paso!...
¡Si te vide, no me acuerdo!

Los gatos de la tiá Mariá Remedios

Tiene, de gatos,
la tiá Mariá Remedios la casa llena:
nunca tira las crías,
nacen, se aumentan...

[1] Hasta.

De comer no les falta:
la tiá Mariá Remedios es carnicera.

Tabla de carne tiene en la plaza
la tiá Mariá Remedios y es ella mesma
la que mata sus reses
y las desuella.

No tuvo suerte
la tiá Mariá Remedios la carnicera:
se la dejó el marío por una mala
mujer cualquiera...
Luego los hijos, tres perdularios
que de que tienen madre jamás se acuerdan...

Por eso con sus gatos, sola en su casa,
la tiá Mariá Remedios habla y reniega
y, si es que habla con alguien,
la vida de sus gatos es la que cuenta:

«Esa gata pardusca,
que es la más vieja,
(dice la tiá Remedios
la carnicera)
es, pal caso, la madre
de esta caterva
y del que no es la madre,
es que es la agüela.»

«A esta rabisca [1]
no había quién llegara nunca a cogerla:
pues, dende que ha parío,
de la cría a la enza,
se deja que la toquen,
por tragar y tener leche en las tetas.

[1] Arisca, montaraz.

Tan rabisca y tan mala,
y a los hijos, que mamen grandes-grandes los deja...
¡asina está de flaca
y de fea!

«Esta ötra
es una gasmuñera [1],
pero más ladrona
que Jeta...»

«Y ésta, "la Señorita",
es una damisela;
su vida es atusarse
y con los gatos andar de gresca:
"¡Marramiamau!... ¡marramiamau!..."
¡Buena sargenta!
Es una puta fina
de primera
y tiene una condición
de las buenas:
pare los hijos ¡y uno a uno
se los jamela!... [2]
Cuando pienso en mis hijos y en que esta gata
los suyos, al parirlos, se los merienda,
me digo que Dios debe (si es que dispone
las cosas de este mundo) saber sus cuentas.»

•

«Más quiero gatas que gatos,
porque «enteros» se me van de peteneras [3]
y capaös, que es tan solo como sirven,
me dán pena...»
«Los capaös

---

[1] Gazmoñera — zalamera e hipócrita, camandulera.
[2] De jamar — comer.
[3] De jolgorio.

engordan de tál manera,
que casi tós me los roban
pa francachelas.»

«Y peor si no los capo:
peleas,
y no parar en la casa
por ir detrás de las hembras...»

«¡Los gatos! ¡Los hombres! Pienso
en cómo espiazó mi vida una perra...
¡Los gatos! ¡Los hombres! Pienso
que pué que asina no fueran...
¡es que estas putas de gatas
panza arriba se revuelcan!»

Seré uno más...

Te seguí cuando a «Las Fuentes»
ibas por agua...
Con estropajo y arena
antes fregastes la cántara
hasta verla como el ampo
de la nieve, de blanca...

El río corría turbio
y tú en la orilla escarbabas...
¡De las manecicas tuyas
tuve lástima!
Con tus manos
sacando chinarro ahondabas
y hicistes lo que una poza
se llama
hasta que vistes nacer
el agua

que, entre el chinarro y la arena,
en hilicos tresmanaba...

Luego, esperando un poquico
a que el agua,
al principio removida,
se sentara,
te quedastes pensativa
mordisqueändo una caña...

En el fondo de la poza
al ratico contemplabas
las chinicas a través
de los espejos del agua...

Entonces, con el jarrico
que apropósito llevabas,
fuistes llenando despacio,
con mucho tino la cántara
pa que no se removiera
el agua...

Yo te acechaba escondío
entre las cañas
y me moría de sed
de aquella agua,
¡que tan fresca
y pura me imaginaba!

•

Te seguí... Hoy de «las Fuentes»
vuelves otra ves, zagala...
Es cerca del medio día
y el sol abrasa...
llevas como un ababol
la cara

y con el fino pañuelo
de sarga,
del rechichero[1]
y sofoca, te resguardas...

Tus hermanos y tu padre,
que trabajan,
a las doce volverán
a tu casa
y tú les tendrás la mesa
preparada
¡y fresca como la nieve
el agua!...

Sé que no vive tu madre
y que no tienes hermanas
y que en tu casa tú llevas
la carga...
Sé que por eso no te echas
novio, nena, ni te casas...

Zagalica, si tú quieres,
sin que trastornes tu casa,
yo seré en ella uno más
que a ganarlo también salga...
seré uno más que te quiera
y que se mire en tu cara...
seré uno más a la mesa
por tus manos preparada
y uno más que límpia y fresca
beba el agua...

La madrastrona

Acudió la vecina a los ayes...
Le daba a la nena la madre rabiosa

[1] Resistero.

la tercera y más grande, aquel día,
de las palizonas.
De milagro pudo la nena con vida
arrancar la vecina animosa
de entre aquellas manos
horrorosas...
Y clamaba la buena vecina,
ya cincuentona,
a quien Dios no le había dado hijos:
«¡Madrastrona!
Como si en sus entrañas no la hubiera llevao...
¡Madrastrona!»
La nena entre sus brazos, se hacía un ovillico
temblorosa
en un quejidico,
en una congoja...

Los cinco años cumplíos no tenía la nena
y era un dibujo de bonica y graciosa...
Es verdá que era mala... ¿Pero cómo ser mala,
si era un ángel del cielo? Es que era revoltosa.
Agarró en un descuido las tijeras
y a un niñico de barro se puso a hacerle ropa
rompiéndole a su madre,
de la costura, dos o tres cosas.
Y ya fué lo bastante, pues la madre,
que por na se ponía furiosa
y que estallaba
como una bomba,
ver la estrá [1] de la nena y encangrenarse
tó fué una cosa.
Y, sin tener pacencia y sin pensar que en estos
casos solía volverse loca,

---

[1] Travesura, diablura, estropicio, etc.

se quitó un alpargate
y le dió a la zagala tal palizona
que, ¡angelicos del cielo!
aquella pudo ser su última höra.
La hinchó de alpargatazos en el cuerpo
y, cegando y con rabia venenosa,
después ista en las manos
se los dió y en la boca...

¡Angel de Dios! Los labios le sangraban...
¡las manos hinchaïcas como botas!

Los pelirrojos

De guarda estuvo el Pintao
töa su vida en el Coto,
¡pues, como guarda, sus amos
bien sabían que era solo! [1]

Tenía los entresijos
de un lobo [2],
y el mentar que él era el guarda
bastaba a guardar el coto...

Y ésto, aunque había esparteros [3]
que llegaban, valerosos,
a reirse de los guardas
y ista a darles en los morros...

Pero al Pintao le huían
el bulto en la Sierra tóicos,
pues de sus manos solían
librar la pelleja pocos...

---

[1] Excepcional, único.
[2] Malos entresijos — malas entrañas.
[3] Hombres dedicados a traer esparto robado del monte.

De hacerle cara, de un tiro
daba cuenta de ellos pronto
o a leñazos los molía,
si eran flojos...

•

Cuentan que, cuando pilló
el Pintao al Pelirrojo,
clamó el pobre, de rodillas,
con lágrimas en los ojos:

—Perdóname, que si vine
a robar esparto al Coto,
fué por hambre; es la primera
ves que ando en estos negocios.

—Pues va a ser primera y última.
Y, trincando al Pelirrojo,
dió fín de él de una paliza,
igual que hacía con otros.

«¡Por compasión!... ¡Por mis hijos!»
Alguien que pasó el tramojo,
cerquica oculto, escuchaba
los lamentos espantosos...

Tres zagales grandecicos
eran los del Pelirrojo
que, al ver a su padre muerto
de aquel palizón del Coto,
se la juraron al guarda
rencorosos.

No pasan hambre los hijos
del Pelirrojo:
guapean
desahogaos y rumbosos.

A ojos vistas
roban esparto en el Coto
y hay quien dice, que el Pintao
los vé con sus mismos ojos
y que hace la vista gorda
temeroso,
huyendo de tropezarse
con los mozos:
si ellos toman un camino,
el guarda se echa por otro.

«Buscando, en cambio, al Pintao,
van por las trochas del Coto,
siempre juntos
los hijos del Pelirrojo.

Y este es el mundo, que suele
dar vueltas igual que un zompo: [1]
como culpable el Pintao
les huye ahöra a los otros,
y los otros, la Justicia
parecen dentro del Coto...

•

Así un día,
sin esperarlo y de pronto,
en lo más desamparao
y frente a frente en el Coto,
entre espesos atochares
y matojos
se encontraron al Pintao
los hijos del Pelirrojo...

---

[1] Peonza sin púa de hierro.

Na qu'icirse
tenían, y estaban solos...
ni ellos a él ni él a ëllos,
porque estaba dicho tóico...
Se puso blanco el Pintao,
sin decirle ná los otros...
dejó caer la escopeta,
sin valor pa alzar los ojos...

Entonces, serenamente,
lo ataron los Pelirrojos
y tendiéndolo en el suelo
y arrimándole matojos,
allí lo quemaron vivo
en la soledad del Coto...

Dicen que, al ver el Pintao
lo que iban a hacer los otros,
clamaba con alaríos [1]
espantosos:
«¡Compasión! ¡Tengo tres hijos!»
y que de los Pelirrojos
alguno le respondió
lleno de odio:
«Verdugo de nuestro padre
en este maldito Coto,
¡tres hijos
éramos también nosotros!...»

Y que el Pintao en las llamas
daba botes como un toro,
retorciéndose y quedando
hecho un tostón y hecho un monstruo...

•

[1] Alarido.

Ardieron los atochares,
casi una legua en reöndo...
Se recortaba la sierra
de noche en el cielo rojo...

Hecha la estrá[1], a los del hecho
ya no se les vió ni el polvo...
pusieron la mar por medio
los tres mozos...
En una fragata a Méjico
huyeron los Pelirrojos...

En la plaza

Me gusta, por las mañanas,
ir a la plaza del pueblo:
vas a mercar a la plaza
y yo en la plaza te veo.

Voy tempranico a la plaza
en verano y en invierno,
porque en ella
de tó lo que busco encuentro.

Si a la plaza vás, madruga,
que te llevarás lo güeno...
y si vás a ver y a oir,
también madrugar primero.

Por sendas y por caminos,
a la plaza, dende lenjos,
acuden los de la huerta
y llegan los folasteros.

---

[1] Fechoría.

Al ser de día, en la plaza
se van armando los puestos
y descargan sus costales
y sus sárrias los arrieros...

Hay gente que, a maravilla,
sabe aprovechar su tiempo,
pues viene a misa primera
y a vender y mercar, luego.

Toca la campana a misa
ya terceros
y pasan los rezagaos
hácia la iglesia corriendo:

los hombres, como los barcos,
la manta bufada al viento...
las mujeres apañándose
a la cabeza el pañuelo...

•

Van los ríos a la mar...
Va lo mesmo
de la gente
a la plaza el hormiguero...

Vocean los vendeöres
y ensordece el clamoreo
del vocerío de charlas,
pregones y regateos...

Vocean los vendeöres...
Me detengo
pensando qué mercaré
pal día que nos casemos.

«Mantas de Lorca y Totana...»
¡El mantero!...
Cobertores y refajos,
tendíos [1] y retaleros...» [2]

«Reömas y vasos, platos y fuentes
por pellicas de conejo...
Vidriao fino...
¡El vidriero!...»

«Lienzo curao pa sábanas,
lienzo moreno...
terlís [3] azul pa almadraques,
lienzo fino... ¡Liencero!...»

«¡Tenajas y cántaros
de Albudeite, güenos!...
¡Ollas y cazuelas
muleños!...»

•

Te queäste paraïca
enfrente del quincallero
y te mercaste una cinta
y horquillicas y un espejo...

La espigaöra

A espigar a los rastrojos,
zagala, vas en la siega
y recoges tú más trigo
que alguno que lo cosecha.

---

[1] Manteles de lana, estrechos y a rayas de colores.
[2] Mantas de retales.
[3] Terliz.

Derrama el Señor los bienes
a su manera
y los caudales en orre
no son la única riqueza.

Si Dios a tí pobre te hizo
en hacienda,
en cambio te dió tu cara
de reina...

Y ¡tan pobretica que eres!
veo que, a tu paso, nena,
se rinden los corazones
y se doblan las cabezas.

Los segaöres, al verte,
caer las espigas dejan...
y el Mayorajo tó el trigo
te daría de sus eras...

¡Vidas, almas
y espigas de oro que fueran!...
¿Ande irás, espigaöra,
que no espigues lo que quieras?

Olivares

El cielo está raso-raso
sin la nube más pequeña
y el pelacañas[1] que corre
la cara yela...

[1] Cierzo, viento frío.

La oliva en los olivares
negrea
y los tordos a bandás
se ven en las óliveras...

El tordo a la oliva
en la cosecha
y el amo del olivar
la canana y la escopeta.

Se embucha de oliva el tordo
y paga las consecuencias,
porque de tordos el amo
el buche también se llena...

Encima del olivar
nubes de tordos revuelan
y a cientos se ven caer
a los tiros de escopeta...

•

Madre, déjeme que vaya
al campo a coger oliva,
que están ajustás ya töas
mis amigas.

Me gusta porque es faena
de coplas y de alegría
y puedo con lo que gane
echarme algún sayo encima.

Tiene usté, madre, razón:
sé que puede haber quién diga
que el ganar no me hace falta
y busco otra golosina.

De Cristo dijeron, madre,
déjelos usté que digan.
Que se esquile y que se empreñe
quien ponga en ello malicia.

•

La Virgen quiso sentarse
a la sombra de un olivo
y las hojas se volvieron
a ver al recién nacido.
(Popular)

Una zagala menuda
y preciosa,
de lo alto de un perigallo [1]
suelta esta copla...

A media vós, dulcemente
canta la moza
mientras se vuelve a mirar
a un mozo que allí se aboca.

Al par que esmuñen la oliva,
maliciosas
sus compañeras se guiñan
los ojos unas a ötras...

Y una descaraïca,
dice burlona:
«Por eso a coger oliva
se viene ésta con nosotras.»

La zagala menudica
mira, haciendo que se enoja,
con ojos de basilisco
a la bocona...

Escalera rústica de mano.

Sueltan tos una risera
que rebota
del barranco en las pedrizas
como el agua juguetona...

Las muchachas una lluvia
esmuñen de olivas y hojas
y en los baleos el fruto
se amontona...

En herpiles o costales
el mozo la oliva embolsa...
carga los mulos y baja
por la senda pedregosa...

Al pasar por ande están
las zagalas revoltosas,
mirando a la menudica,
al aire suelta esta copla:

Menuda y graciosa, tienes
dos olivicas por ojos...
No te extrañes si me gustas
como la oliva a los tordos...

Me verás caer de un tiro,
como los tordos,
¡por las olivicas negras
de tus ojos!...

•

Lejicos se pone el sol
y va cayendo la tarde...
las cuadrillas bulliciosas
vuelven de los olivares...

Portean los perigallos,
los herpiles o costales,
los capachos y baleos
a lomo los animales...

Más helao que la nieve
de la sierra viene el aire...
allá, detrás de unas lomas,
la luna sale...

Pa la lumbre, a la cabeza
las viejas traen,
de ramuja[1] de olivera
algunos haces...

Los mozos, a los mantazos
juegan para calentarse...
van las mozas con las manos
liás en los delantales...

Y los viejos con la tela
de las cosechas de enantes...
«¡Con aquellas, la de ogaño
no puede ni compararse!»

•

Se entra al pueblo por un puente
de piedra con tres pilares...
sube el humo de las casas
en nubecicas al aire...

Trepan las casas a un cerro
a los riscos agarrándose
y un castillo de los moros
encimica de ellas hay...

El pueblo tendrá cien casas,
puede que no las alcance
y es mesquinica la escuela
y es la iglesia hermosa y grande...

[1] Ramojo.

Ya en el pueblo,
se vé una moza que sale
a por lumbre y que unas brasas
en unas perfollas trae...

Y otra se vé que el candil
fué a prender en otra parte
y lo ampara con el cuerpo
para que no se le apague...

¿Para qué vas por lumbre
la calle arriba,
si sale de tu cara
la llama viva?
(Popular)

•

No hay estación en el pueblo
y el tren pasa muy distante;
no hay telégrafo, tampoco,
y un propio lleva los partes...

—¿Cómo se llama este pueblo?
—Olivares.
—¿Y la posá?
—La del Puente
un poquico más alante...

Pobres y atrasäos andan
en Olivares:
de las cosas de este mundo
poco saben...

Poco saben
de adelantos y de cosas
que son pa maravillarse
y de guerras y de atrasos
que, al par, hay que santiguarse...

Poco saben...
¡Dichosos ellos al fín
y al remate!

Son rudos
en Olivares:
poco saben
de finuras
ni en virtudes ni en maldades...

A fondo, bien poco saben
de los bienes de este mundo...
¡ni tampoco, de sus males!

La almazara

Tan bonica eres, que pienso
que has nacío pa ser reina...
¡y vienes a la almazara
a buscar almazareta!... [1]

Esta copla canta un mozo
al par que guía la récua,
que en sárrias a la almazara
la oliva lleva...

Al läo de la almazara
está, con el agua negra
y con sus ojos de aceite,
la balsa [2] de las agüetas.

Van a parar a esa balsa
las escurrimbres o sea
lo que se viene a llamar
alpechín o almazareta.

---

[1] Alpechín.
[2] Alpechinera.

Ande se cría la oliva
hay pobres de tal pobreza,
que el aceite
no lo prueban...

Pa alumbrarse y calentarse,
la noche entera
que pasan haciendo lía,
broza del esparto queman...

Ahogándose y con los ojos
llorando de la humarëa...
¿El aceite pa alumbrarse?
¡Ya pa comer lo quisieran!

Hay ricos que pa hacer güertos,
arrancan las oliveras...
y las compran otros ricos
pa hacer leña...

Hay pobres
que ya que entrar les cosientan
a algún bancal de panizo
por un capazo de cepas.

De otros pobres,
cuando ya el invierno aprieta,
las mujeres y las hijas
van a por almazareta.

A la orilla de la balsa
de la almazara, se sientan
y van ras en ras del agua
pasando la mano abierta.

En la palma de la mano
el aceite se les pega
hecho ojos, y así lo escurren
en las ollicas que llevan.

Es de pobres
ir a espigar en la siega...
¡pero es más de pobres-pobres
el ir por almazareta!

•

Me daba a mí gusto ver
el trajín de la almazara:
las récuas trayendo oliva
con herpiles y con sárrias...

Adentro los alhorines
en ande se descargaba,
los cuáles se iban llenando
por tanda:

Aquí la negra,
allí la de cornicabra [1],
en unos la muy maüra
y en otros la que aguantaba...

Luego el molino:
su mula mansa
y la piedra como un zompo [2]
que la oliva machacaba.

Dempués la prensa y sus vigas
tan grandes que me pasmaban
y escurriendo los cofines
el aceite y las aguazas...

---

[1] Una variedad de aceituna.
[2] Peonza.

Del piñuelo[1] que salía
de la prensa, se llenaban
camaranchones
y cámbaras...

A la lumbre siempre había
una gran caldera de agua
y, en ves de leña, piñuelo
quemaban.

Ardía como la pólvora
el piñuelo y siempre estaba,
de la cocina en las losas,
el fuego hecho un pan de brasas...

Noche y día
la almazara
sin descanso
trebajaba...

Iban el aceite límpio
echándolo en las tenajas
o en pellejos pa llevárselo
o, ya más puro, en las zafras.

Y los hombres
que haciendo aceite velaban,
solían hacer tostones[2]
por las mañanas...

Al ir pa la escuela,
a mí me llamaban:
«¡Toma, Vicentico!»
y una galpá[3] me echaban.

---

[1] Herraj (chispe en Hellín).
[2] Maíz tostado o frito en aceite.
[3] Almorzada, o sea lo que cabe en las dos manos juntas.

Ya el sol altico, se vían
las mujeres y muchachas
venir por almazareta
a la almazara...

Ya el sol altico venían:
era un puro yelo el agua
y arrecías[1]
las manos se les queäban...

El mozo aquel de la récua,
entonces, a la muchacha,
mirándola condolío,
la coplica le soltaba:

Tan bonica eres, que pienso
que has nacío pa ser reina...
¡y vienes a la almazara
a buscar almazareta!...

El retrato

Se iba tu novio al servicio
con bolilla de Ultramar[2]
y tu retrato por eso
tú se lo quisistes dar.

—Anda con Dios, que Dios sabe
si ya a verme volverás:
te esperan la guerra, el clima
y los peligros del mar...

---

[1] De arrecirse.
[2] Bolilla negra — Sorteaban para ir a Cuba o Filipinas.

Ya que te llevas mi älma,
mi imagen te llevarás...
—Irá en mi pecho y, si muero,
con ella me enterrarán...

En ca un retratista bueno
te fuistes a retratar
y hecho a ver caras bonicas
tenía el tío que estar...

Pero al verte con tus ropas
de lentejuelas bordás
y tu pañuelo y tu cara,
casi no pudo enfocar...

En un salón con columnas
hecha una princesa estás...
¡de tu barraca a la puerta
mejor habías de estar!

El chasco del molinero

La cieca[1] de Villanueva
sigue la orilla del río
regando el huerto del Cura,
hasta llegar al molino.

En el molino hay tres piedras
y es el molinero rico,
pues tiene tanta molienda
que no puede dar avío.

[1] Acequia.

Perene, de día y noche,
dando en la muela salticos,
se siente la tarabilla
del molino...

Saltando la tarabilla,
hacer caer a chorrico
de la tolva a la solera
el trigo...

Y día y noche semeja
de un corazón los latíos,
saltando, la tarabilla
del molino...

•

A la falda de un cabezo,
en un barranco escondío,
blanco como una paloma,
está el molino...

A su espalda están los huertos
y están los sotos tupíos,
y con sus espejos claros
el río...

A una mano están los cerros
con sus mantos de tomillos...
a otra mano unas pedrizas [1]
con almendros florecíos... [2]

---

[1] Muros a piedra seca, para aguantar la tierra y el embalse de la lluvia.
[2] Florecidos, en flor.

Enfrente, en ande se ensanchan
el barranco y el camino,
se ven verdear los llanos
de las cebás y los trigos...

Y agracia en la sementera
algún roalico
de collejones [1] azules
y amarillos...

•

Un mozo pica una piedra
a la puerta del molino
y otro, en baleos al sol,
ya lavão, pone el trigo.

Descarga un hombre un costal
de un burrico
y, pal pueblo, dos mujeres
van con sus remijoncicos [2].

Una dice: —En ná se quea
el remijón que he traído,
entre dar poya en el horno
y maquila en el molino.

La otra dice: —Yo les hago
gachasmigas [3] a mis hijos
porque me dure algo el pan,
pues se me va en un suspiro... [4]

---

[1] Collejas ya espigadas.
[2] Remijón — pequeña parte de harina, grano, etc.
[3] En una gran sartén se frían, en poco aceite, ajos, pimientos secos (tocino, morcilla, cuando hay ¡cosa rara!). En ese aceite, sacado aparte lo que se haya frito, se echa agua y, cuando hierve, harina de maíz, batiendo, friendo y desmenuzando las gachas hasta hacerlas migas: grumos. Y las gachasmigas sustituyen el pan; con ellas se come la ensalada y lo que se haya frito.
[4] Indica fugacidad.

Hace un día muy hermoso
y por el azul purísimo
del cielo, cruzan bandás
de pajaricos...

•

El molino es del tió Paco
y no hay por estos contornos
un molinero más rico
ni más rumboso.

El tió Paco fué en sus tiempos
un buen mozo
y los cincuenta los lleva
como pocos:

Tiene rosäo el color,
azules claros los ojos
y va tieso como un huso
sobre su caballo tordo.

Cuando va a caballo, lleva
siempre de espolique a Antonio...
¡tiene que ser de pulmones,
pa seguir el trote, el mozo!

Es mujeriego el tió Paco
el Rojo
y es fama que cae aquella
a quien él le pone el ojo.

Se cuenta que en el molino,
ni corto ni perezoso,
de alguna col al revuelo,
cató al cogollo...

De su ämo,
mil historias sabe Antonio;
pero en tocante a callar
es el espolique un pozo.

Cuando a veces le preguntan,
se hace el tonto
o ladino se sonríe
al par que se encoge de hombros.

•

Así las cosas, el tió
Paco el Rojo
ha puesto en una mocica
los ojos.

Y la mocica al tió Paco
le ha däo un «no» tan reöndo,
que no sale el molinero
de su asombro.

A la mocica, que es pobre,
aun le ha däo más enojo
que piense hacer con regalos
el molinero su logro.

Y se los ha despreciäo
en sus ojos
y los ha pisoteäo
en un arranque furioso.

Disimula su despecho
el tió Paco, que es un zorro,
y la mocica le canta,
cuando lo ve, llena de odio:

Ni que en oro me pesáras,
harás de mí tu capricho:
¡antes de cabeza a un golgo
me tiro!...

•

No se echaba novia Antonio
el mozo del molinero
y era, a veces, su petera
cantar esto:

La mujer, más que por hombre,
por las galas se desvive
y más que por el amor,
por el dinero se errite.

Tenía Antonio en su ämo
mal ejemplo
y miraba a las mujeres
con recelo...

Pero en aquella mocica
que despreció al molinero,
tan entera en su recato,
vió el espolique su sueño...

Se le vió cambiar al mozo,
entonces, de medio a medio
y buscar a la muchacha
pa poderle cantar ésto:

«Eres una entre las mil,
de las estrellas lucero,
y entre las mil solo es una
la que yo quiero...»

Después a la casa de ella
fué una noche muy compuesto
y le pidió compromiso
formal y serio.

Y ella le dijo que «sí»,
sin arrodeos,
y él le regaló un anillo
y ella le bordó un pañuelo...

•

El tió Paco quiso ser
padrino del casamiento
y Antonio le consintió
ese gusto sonriëndo...

Pero después de la boda,
de sorpresa y dicho y hecho,
pa Cartagena los novios
salieron...

•

Era el tió Paco muy pillo
y mujeriego...
y los novios, desde Orán,
«que estaban bien» escribieron.

Don Eduardo el cura

Era un cura viejecico
y de él ahöra me acuerdo...
ahöra, a los muchos años
¡también yo viejo!...

Se llamaba don Eduardo,
menudo, ya blanco el pelo,
un santo, según decían,
dulce, risueño...

Cuando murió don Eduardo,
aún era yo muchachuelo
y como si fuera ahora
me parece ver su entierro...

Iban los dos estandartes,
el blanco y el negro...
iban dos filas de curas
de otros pueblos...

En hilera iban los hombres
con capas de paño recio...
y a la cabeza llevaban
las mujeres sus pañuelos...

Tos iban en procesión
con paso lento...
ca uno su vela de cera
ardiendo...

Cuatro mozos con chaqueta
llevaban a hombros el muerto,
de las dos filas de curas
en medio...

Los curas el gori-gori,
caído aquel labio grueso,
aquellas bocas de nío,
¡los morros aquellos!...

Con hisopo y caldereta [1]
y dándole tambaleos
llevaba el agua bendita
un monecillo pequeño...

De ves en cuando dejaban
el ataul [2] en el suelo
y se paraba en las calles
el cortejo.

Entonces, de los responsos
aumentaba el ronroneo,
mientras un cura rociaba
con agua bendita al muerto.

El doblar de las campanas
traía el viento...
blanqueäba el camposanto
a la falda de un cabezo...

•

Mi madre me dijo el día
del entierro:
¡Pobretico don Eduardo!
¡era muy bueno!

Cuando entavía tú éras
casi de pecho,
enfrente del señor Cura
vivimos un poco tiempo.

A tí te quería mucho
y te hacía mimos tiernos,
dándote en los carrillicos
con los dedos...

---

1 Acetre. Recipiente de cobre para el agua bendita.
2 Ataúd.

A su puerta, tempranico,
solía dar sus paseos
y tomarse una tacica
de un cocimiento.

Era de salvia real,
que amarga mucho por cierto,
y te daba y tú bebías
sin hacer siquiera un gesto.

Y el pobre de don Eduardo
se sonreía diciendo:
«Déjalo que se acostumbre
a lo amargo, que es muy bueno.»

•

Y ahöra de don Eduardo
yo me acuerdo...
de aquel cura viejecico...
¡ahora también yo viejo!...

También de salvia real
en cocimiento,
ahöra tomo una taza,
como el cura de mi pueblo...

Nunca del todo a lo amargo,
estamos hechos...
Acostumbrarse a lo amargo,
siempre es bueno.

Tiene fama a la reönda
en unas leguas,
cortando ropa, el tió sastre
de Archena.

Río abajo, desde Alguazas,
gentes cal[1] tió sastre llegan...
Río arriba, ista[2] de Blanca,
de Ricote, Ojós y Ulea...

No necesita el tió sastre
ni el cartabón ni la regla;
le basta su cinta al cuello
y jaboncillo y tijera.

Lo mesmo van cal tió sastre
gentes del campo y la huerta,
que, a que les corte y les cosa,
ricos del pueblo y de fuera.

Podrían pesarlo en oro,
si supiera
guardar lo que gana el sastre
de Archena...

•

Pero lo mesmo que corta,
gasta el tió sastre sin regla
y los cuartos[3]
como los toma los suelta.

---

[1] En casa de.
[2] Dista, hasta.
[3] Dineros.

¡Hay que ver en cal tió sastre
la caterva
que, a comer, suele juntarse
a la mesa!...

Hijas mozas y oficiales
y hijos grandes y de teta,
anque[1] el tió sastre ya pasa
de los sesenta...

Aun amasando, anda el pan
siempre si alcanza y no llega
¡y eso, no viéndose nunca
empiná en su pié[2] la artesa!

Tós los días cal tió sastre
en orre las cosas entran:
crillas, alubias, aceite,
arrós, trigo por fanegas...

Del mostrãor ande corta,
como cosa que desprecia,
según los gana, el tió sastre
a un cajón los cuartos echa.

Y en el cajón escarcullan[3]
manos grandes y pequeñas:
las hijas, pa pelendengues[4]
o pa unas varas de tela...

---

[1] Aunque.
[2] Banquillo de madera, apropiada para que la artesa no toque el suelo: «pie de artesa».
[3] De escarcullar, escarcuñar, escudriñar.
[4] Perendengues.

los hijos grandes, pa andar
de parranda o ir de fiesta...
y los pequeños, pa piulas [1]
o pa dulces y alcagüetas... [2]

Suele arramblar el tió sastre,
después, con algo, si quea,
pa ir a olvidar el trabajo
en la taberna...

Luego, su pobre mujer,
la tiá Josefa,
suele no encontrar pa un chavo [3]
de especias...

•

Ganando tanto el tió sastre,
no tiene, según las voces,
pa hacerle cantar a un ciego
y las trampas se lo comen.

Y aunque suelen en su casa
entrar las cosas en orre,
a veces se ven las cámbaras
pelás, y limpias las trojes.

Cuentan que la tiá Josefa
pasa sudores
pa ver de poner la mesa
en ocasiones...

---

[1] Triquitraques.
[2] Cacahuetes.
[3] Ochavo.

y que se suele valer
de mandar a hacer tostones [1]
repartiéndolos en gordo
cuando se acercan las doce...

Les suele a los oficiales
decir entonces:
«como ya no tendréis gana,
comeremos a la noche».

El tió sastre no se entera
de estos trotes
en que se vé su mujer
¡la pobre!

•

Hay cal tió sastre (con reja
dando a la calle) una sala
en ande cosen sus hijas
juntas con las oficialas.

Como las hijas del sastre
son güenas mozas y guapas,
y oficialas también hay
dos que no les van en zaga,

a la reja del tió Andrés
bien poquicas veces falta
algún mocico plantao
con las sastresas de charla.

Y de ves en cuando rompen
tos a reír que se esjarran,
pues allí se cortan sayos
dista a quien no los encarga.

[1] Maíz tostado.

En las vísperas de fiestas,
y sobre tó en las de Pascua,
cal tió Andrés, el sastre, acuden
en jubileo las almas...

No se mienten otros sastres,
porque nenguno le gana:
¡no le llegan al zancajo
ni aun los de Abarán y Blanca!

Asina, de tuícas partes
acude la gente en ala...
¡y eso anque saben muy bien
cómo el tió sastre las gasta!

Pa tomar la delantera,
antes de que rompa el alba,
a la puerta del tió Andrés
ya hay mucha gente que aguarda.

Unas veces va la gente
y resulta que ya estaba
cortando ropa el tió Andrés
a las tres de la mañana.

Otras veces al revés:
le pilla con poca gana
y ni a las diez el tió sastre
ha salío de la cama.

La gente, aunque se esespera,
recomiéndose se aguanta...
¿A qué sastre van á ir
si nenguno se le iguala?

Los otros sastres, con moldes,
mucha regla y muchas rayas,
suelen sacar al remate,
en ves de traje, una facha.

Por el contrario, el tió Andrés
poco jaboncillo gasta:
¡él, cuando está más borracho
es cuando mejor trebaja!

Estando el tió Andrés de buenas,
con tó su orgullo y su fama,
se pone su cinta al cuello
y va a cortar a las casas.

Y él, que viste a señoritos
igual que en París de Francia,
no pué ver lo que se estila
ni modas estrafalarias.

De su tierra y de su tiempo
no lo sacan:
su chaqueta de coderas,
su pantalón de campana...

Con sombrero de catite
y de raso azul la faja,
al tió sastre
na pa gitano le falta.

•

Suele gastar el tió Andrés
bromicas de las más malas:
él es de aquellos que dicen:
«Pesaïcas ó no darlas».

Un año que se hizo el malo,
se estuvo un mes en la cama
«hoy me voy a levantar»...
«me levantaré mañana»...

Después de espera y espera,
es de imaginar la rabia
de la gente que colgá
se vió sin ropa en la Pascua.

Y luego el tió Andrés decía:
«¡Que se amuelen pa que salgan
de la rutina de hacerse
la ropa tós en la Pascua!»

Otra vez, según costumbre,
ya en vísperas de la Pascua,
no amanecía el tió Andrés
«¡pos Señor!» y eran las tantas...

—¡Pos dile que se levante!
—¡Yo, mujer! (les contestaba
la pobre e la tiá Josefa)
¿No ves que me deslomaba?

Y, en espera que te espera,
la gente se esesperaba...
¡había gente del campo
que llegó enantes del alba!

Y cuando ya al medio día
tós a los cielos clamaban,
resultó lo que nenguno
ni por sueño se esperaba.

Uno, por casualidá,
fué a mercar algo a la plaza
y se trompezó al tió sastre
ande menos se pensaba.

Con chaqueta de coderas,
pantalones de campana,
su sombrero de catite
y llamativa la faja,

en una esquina plantao
el tió Andrés, el sastre, estaba
y en la mano un guitarrico
que saleroso tocaba.

Mucha gente hacía corro,
celebrándole la gracia
y con voz aguardentosa
el tió sastre así cantaba:

Echo mi canica al aire...
No te aflijas, criätura,
Ya pasé de los sesenta,
¡tó lo emás es añiüra! [1]

Carmencica la Peña

¡Quién supiera escribir!
(Campoamor)

Su padre es el mayoral
que guía la diligencia;
su padre fué mi tió Antón:
mi tió Antón Peña.

[1] Añadidura.

Casäo mi tió Antón
está con mi tiá Pepa:
una hermana de mi padre
que es mi tiá Pepa la Peña.

Mi tió, entre los gitanos,
tratos arregla
y merca y cambia caballos
y chalanea...

Son célebres los caballos
que tiene siempre el tió Peña:
el que no es una aleluya,
es una oblea...

Mi tió es un cascarrabias
y está, de lo que reniega,
tan flaco, que ya son célebres
las varillas del tió Peña.

En cambio sin rechistar,
llevándolo con paciencia,
«Dejadlo, que á él se le pasa»,
decía mi tiá Pepa.

Y mi tió, aunque rabiaba
y echaba hasta «repeinetas»,
luego en las misas de gozo
tocaba la pandereta.

Y en Navidad, años y años,
fueron gozo de la iglesia
las coplas de Juan de Dios
y el pandero del tió Peña.

Juan de Dios era mi padre,
aquél que daba lecciones
por la huerta;
aquél que fué mucho tiempo
cartero de Archena...

(En la calle los papeles
los zagalicos vocean...)
¡Entonces, yo un zagalico
de esos era!...

•

En el pueblo hay una imagen,
la imagen no está en la iglesia;
más de cuatro
la veneran...

Tiene una cara de Virgen
Carmencica la de Peña...
¡Más de cuatro
beben los vientos por ella!

Gitana, mora ó judía,
en Carmencica se muestra
la raza de las Medinas
famosas por su belleza:

Rufina, Segunda, Roca,
Pilar, Doloricas, Petra,
Carmencica la Librá
y Carmencica la Peña...

Bailando una zagalica
está en los Baños de Archena...
las gentes se arremolinan
para verla...

La zagala está en los quince,
sus ojos son dos estrellas
y es fina como una palma
de la Cerca...

«¿Es la Virgen?»
dicen algunos al verla.
No es la Virgen,
¡es Carmencica la Peña!

Cayéndose la baba,
su madre bailar la deja,
pues tavía una zagala
es Carmencica la Peña...

•

A los tres años he vuelto.
Vino a menos mi tió Peña.
Ya no tiene aquel trajín
de coches y diligencia...

¿Y mi prima Carmencica?
La mesma;
pero ya a la Virgencica
de su altar no hay quien la mueva...

Mi tió Antón está viejo
y mala mi tiá Pepa...
Dejó Carmen las postizas...
no volvió a acordarse de ellas...

Las echó a lo hondo del arca,
su cara se puso seria...
Allí enterró su alegría...
Le dió a la llave dos vueltas...

En cambio una maquinica
tiene a plazos y, con ella,
cosiendo a tanto la vara,
el pan se agencia...

Arriba está con los claros
y allá a las tantas se acuesta,
cose y cose
varas y varas de tela...

Sus galas y diversiones,
domingo ó día de fiesta,
son un delantar bien limpio
y estar un rato a su puerta.

Y es que, además de la crus
que lleva,
tiene Carmencica su
dolorcico de cabeza:

Tiene su novio en Madrid
y espera...
Pasarán algunos años
hasta que su novio vuelva...

Carmencica
casi no sabe de letra...
Su tió Juan de Dios, mi padre,
le escribe al novio, por ella...

—¡Tió (dice Carmencica),
qué pena!
¡Cuántas cosas le diría,
si yo supiera!

—Si tú quieres, yo te enseño.
Basta que quieras,
pues de leer sabes algo
y es ayuda y no pequeña.

—Si por querer ha de ser,
saldré bien pronto maestra.
«Quiero y quiero», lo cual es
querer con toäs mis fuerzas.

Y aquello fué un «Santi amén»
cuando mi padre, de muestra,
le hizo un «Querido Pascual»
que copió mil veces ella...

Tras el «Querido Pascual»,
vino la forma completa,
y una carta y otra y otras
fueron hechas.

Y de este modo, por fin,
llegó a realizarse aquella
ilusión de Carmencica
la Peña...

La de escribirle a su novio...
¡La de tó cuanto quisiera
ponerle en aquellas cartas,
con el alma y con su letra!...

•

Prima mía: A recordar
vengo tu historia a estas fechas...
¡a medio siglo de entonces!...
¡una friolera!

Se murió mi tió Antón,
se murió mi tiá Pepa,
te casaste con Pascual
y has cumplido los sesenta...

También el tió Juan de Dios
ha tiempo pudre la tierra...
y yo me fuí por el mundo
y estoy viejo y en América...

Rosario de Santa Fe (Rep. Argentina). Junio 1927.

Mi tierra morisca

En el valle de Ricote
los moros tavía están...
de los barrancos aquellos
no los pudieron echar.

Pelayos hubo entre moros
y Covadongas igual.
Lo digan las Alpujarras,
imposibles de tomar.

Cambiaron sus vestimentas,
¡claro está!
pero moros en España
hay para siempre jamás.

Andalucía y Valencia
y Murcia te lo dirán
y en Toledo y otras partes
esto mismo lo verás.

Algunas cosas y trazas
pueden mudar...
Una raza de tres siglos
no es tan fácil de cambiar.

Que es morisca media España
se podría asegurar:
se cambiaron las mezquitas
en iglesias ¡y na más!

Al-gezares, Al-budeite.
Beni-fayor, Beni-haján,
Al-hama, Al-jucer, Al-guazas,
Al-batalía, Ab-arán...

De tales nombres de pueblos,
cientos en España habrá;
de ser de tierras de moros
no se podría negar.

De tierras de moros, ¡claro!
En Elche te lo dirán
de su öasis de palmeras
las acequias al pasar...

Nombres moros las acequias,
trazas moras la ciudá;
blancura... las azoteas...
un castillo... un alminar...

•

Es pa San Roque la fiesta
de Ab-arán:
la pólvora en aquel pueblo,
en gordo se correrá.

Los fuegos artificiales
en las fiestas privarán:
una cuerda, dos castillos
y un toro de fuego habrá...

Tras de puertas y ventanas
a cuchillo, esperarán
las gentes cuando anochezca,
pa ver al toro pasar.

Echando chorros de lumbre,
de pronto aparecerá,
y tirando carretillas [1]
las calles recorrerá.

Arrojados y valientes,
los mozos lo torearán
y carretillas rabiosas
también le dispararán.

Ardiendo las carretillas,
se blandea su alquitrán
y se pegan a la ropa
sin poderse despegar.

¡Ay de quien, por su desgracia,
se le llegue una a pegar!...
arde vivo y, si le explota,
hasta lo puede matar...

Así un año, y a una moza
que se asomó pa mirar,
una carretilla ardiendo
al pecho le fué a parar.

---

[1] Buscapiés — cohete sin varilla.

La vió un mozo y, valeroso,
se abalanzó pa arrancar
del pecho el fuego mortífero
y de él la logró librar...

Pero resultó del trance,
ni ella ni él pensando tál,
que, por librarse de un fuego,
otro los llegó a incendiar.

•

Es la noche de la fiesta,
arde el castillo en la plaza:
de colores
son las luces de Bengala...

Los cohetes como agujas,
el cielo negro traspasan
ó, como dardos de fuego,
en las tinieblas se clavan...

De vez en cuando, del cielo
caen lágrimas
de colores,
y de oro y de plata...

Están el castillo viendo
lao por lao y habla que te habla,
el mozo aquél y la moza
de marras...

Y la madre da la moza,
que está haciéndoles compaña,
les dice: «Tened cuidao,
que hay carretillas que abrasan».

Mozo y moza se sonríen
al sentir tales palabras
y se dicen abonico
puesta en los ojos el alma:

El mozo: «¡Que a mí me diga
si una carretilla abrasa!
No es que me quemó las manos,
¡es que me hizo arder en llamas!»

«¡Pues que me lo diga a mí!...
(la moza añadió con gracia)
¡me la apartaste del pecho
y el fuego encendió mi älma!»

•

Por junto, mi tió Joaquín
en torraos trajinaba:
tenía su gran caldera
y sus garbanzos torraba.

Río arriba, río abajo,
pa las fiestas, le mercaban,
que en el valle de Ricote
era el torraor de fama.

Con tres burricos morunos
sus costales porteäba
llevando, a más de torraos,
alcagüetas y avellanas.

Era mi tió Joaquín
conocío en la comarca
por Joaquín el garbancero
ista de las mesmas ratas...

Iba con él a tuás partes
mi prima Amalia,
boca esjarrá y ojos negros
y el talle como una palma...

Yo era pequeño: tres años
mi prima a mí me llevaba
y, al vernos de tarde en tarde,
me besaba.

Así, siendo ya mocico
y según acostumbraba,
me dió un beso y se me puso
el rostro como una brasa...

Y, de verme avergonzao,
mi prima se chanceaba...
No fué vergüenza tan solo
lo que me encendió la cara...

¡Qué real moza era entonces
mi prima Amalia!...
¡boca esjarrá y ojos negros
y el talle como una palma!...

•

Moriscos los atavíos
y moriscas las maneras
y moriscas las costumbres
son en mi tierra.

Ver moras y ver judías,
es ver con sus vestimentas
y ver con sus ojos negros
las mujeres de la huerta:

Refajos de colorines,
pañuelos a la cabeza,
mangas de encaje y corpiños
bordaos de lentejuelas...

Lo mesmo que las judías
van a la iglesia:
se suelen tapar la cara
y los ojos solo enseñan...

Los hombres con zaragüelles,
faja rosa, azul o negra,
el chaleco adamascado,
de alamares la chaqueta.

Como guisa de turbante
un pañuelo a la sesera
y su manta, que es el jáique
con bien poca diferencia.

Las mujeres en el suelo
como las moras se sientan,
y los hombres en cuclillas
se están las horas enteras.

Los bailes, cosa de moros...
cosa de moros sus fiestas,
y de moros sus pasiones
y venganzas y peleas.

¿Qué le podría faltar
pa ser morisca a mi tierra?
Por no faltarle, ni el habla,
de palabras moras llena.

Murcia, Albacete, Alicante...
«Mi tierra morisca» es esa,
semejante a la de enfrente,
su hermana africana tierra.

El paisaje: Tierras de oro,
pueblos blancos y palmeras,
oäsis, huertos, naranjos
y la mar azul-turquesa...

Los oäsis de Murcia

Anverso

El acceso a Murcia; desde la meseta de Castilla la Nueva, anuncia un país paupérrimo, quebrado, pedregoso...

PÉREZ DE AYALA

«La Prensa», 11 septiembre 1927

Ya sé que mi tierra tiene
pobre la traza...
Mi tierra morisca es pobre
donde no hay agua.

Mi tierra es tierra de moros,
mi tierra es tierra africana...
mi tierra tiene el oäsis
donde hay agua...

Los moros que la buscaron
sabían lo que buscaban...
Fueron buscando el oäsis
donde hay agua...

Oäsis encantadores
tiene mi tierra abrasada
en los rincones preciosos
donde hay agua...

Hay que tener de mi tierra
el alma
«pa» apreciar en lo que vale
el agua...

No le asustan los desiertos
al de mi raza,
esperanzado en llegar
«ande» hay agua...

Porque es la ilusión, la vida
y la esperanza,
para el hombre de mi tierra,
el agua...

Tesoro
es en mi tierra volcánica
y consuelo y alegría
un hilo de agua...

El encanto y la riqueza
y la hermosura y la gracia
los hallarás en mi tierra
donde hay agua...

Yendo por cerros pelados,
sin una mata,
rincones del paraïso
verás donde corre el agua...

Y verás cómo se ingenia
el de mi raza
y hace un edén del desierto,
llevando un hilico de agua...

Es mi tierra pedregosa,
reseca y árida,
pero es generosa y buena
si tiene ägua...

De mi tierra no hay que ver
tan solamente la cáscara:
áspero es el coco y tiene
dulce el agua...

Hay que buscarle a mi tierra
las entrañas
y en ellas lo tierno y blando
junto al agua...

•

Esta mora tierra mía
es extremada
y en medio de sus eriales
tiene vergeles que encantan...

Sucede igual con su cielo:
días que abrasan
y luego noches divinas
de azahar embalsamadas...

Tierno tiene el corazón
en el desierto la palma...
¡Mi tierra pobre dá el oro
de la naranja!...

Vete hasta Ulea y Ojós,
Archena, Ricote o Blanca,
y me dirás si mi tierra
es pobre y árida...

Los oäsis
son la belleza africana
de mi tierra,
allí donde corre el agua...

Huertos, naranjos, palmeras,
verdores, casicas blancas...
el río, acequias, brazales,
hilicos de agua...

Reverso

Abajo los naranjos, las palmeras,
y arriba arbustos ratizos...
... en un vallecito verde, cubierto de
frondas en su fondo, un acueducto
lleva el agua de una ladera a otra,
de una colina a otra...

AZORÍN

«La Prensa», Bs. Aires, 25-IX-27

Tránsito

(A la memoria de Rufina Medina)

Din... din...
dan!...
Las campanas de Abanilla
doblando están...

¡Din... din...
dan!...
Las campanas de los cielos
repicarán...

¡Eras tú!, si un alma buena
se iba a buscar...
¡Eras tú!, si un alma hermosa
queríamos encontrar...

Tenías cara de Virgen...
De ponerte en su lugar,
por la Dolorosa misma
se te podía tomar...

No sé que más cautivaba,
si tu gracia o tu bondad,
que si tu cara era hermosa,
tu corazón lo era más.

Fuiste también una mártir
del mundo y de su maldad...
¡Sendas de rosas que, a veces,
nos punzan y hacen sangrar!...

Pero del tránsito, al cabo
ya estás.
Vida - sueño... Muerte - sueño...
¿Todo sueño? ¡Hay despertar?...

¡Din... din...
dan!...
Las campanas de Abanilla
doblando están...

¡Din... din...
dan!...
Las campanas de los cielos
repicarán...

19 febrero 1928

Ejecutoria

De en qué casa yo nací
no estoy muy cierto...
de sentírselo a mi madre,
como recordarlo quiero...

Placeta de la Morera
junto a lo del tió Silverio,
no sé si lao por lao
o alguna casa por medio.

Mi tiá Pepa y mi tió Peña
me páece que allí vivieron...
Mis padres recién casäos
vivían con ellos...

Se apañaban
en un cuartico pequeño:
se lo alquilaban mis tíos,
según oídas que tengo...

Mis padres eran tan pobres
que tuvieron,
a ocho días de casäos,
que irse a buscar su sustento:

A Calasparra, al esparto,
mi padre de romanero...
y mi madre, de oficiala,
en cal tió sastre del pueblo...

Se querían...
Eran pobres y eran buenos...
«Contigo pan y cebolla»
fué su ideal y su sueño...

Juan de Dios, hijo de Blas
que era un bracero,
vendió romances y estampas
por los pueblos...

Y Joaquina, de Joaquín
que era un pobre molinero,
para ayudar a sus padres
cosía ajeno...

«Mi pueblecico» es Archena.
De pequeño,
yo vendía los papeles
en los Baños de mi pueblo...

De esos que venden diarios...
¡Yo era un zagalico de esos
cuando mi padre en los Baños
era peatón - cartero!...

Oro de mi tierra

Cuajado el sol a la puerta
de tu barraca
está en un montón de öro:
en un montón de naranjas...
está en las panochas rubias
enrastradas...
de los capillos pajizos
está en la seda dorada
puesta en madejas al sol,
propiamente luz hilada...
está, de tus ojos negros
en la mirada...
y está en tus labios que son
una brasa...

¡Ay tu barraca!...
me encandilo si la miro,
toda dorada
bajo el cielo azul purísimo
de esa huerta de mi älma:
oro su techo de sisca,
oro el cañizo de cañas,
oro sus mismos adobes,
oro, en su gancho, la cántara...

Y tú, de esa barraquica,
zagala,
a la puerta
pintiparada,
¡oro molido, oro puro
de mi tierra llorada,
con todo el sol de la huerta
cuajado en tu cara!...

Envío de este libro

Mujer murciana,
por mí tan cantada,
tan admirada,
tan suspirada,
tan deseada...

Esa corona te envío
en oro fino labrada...
Pero no te extrañe, nena,
si por desgracia
te vés en el duro trance
de empeñarla,
que no te ofrezcan por ella
nada...

INDICE

	Págs.
Introducción biográfica y crítica	7
Bibliografía Selecta	33
PRIMERA PARTE: LA CANCION TRISTE	37
La canción triste	37
Los níos solos	39
¡Santa Rita, Rita!...	39
A otras tierras	43
Naïca	45
El abejorrico negro	47
Carmencica	51
Tóico	56
Nochebuena	57
Los pajaricos sueltos	63
¡Que Dios se lo lleve!	64
Murria	65
SEGUNDA PARTE: CANSERA	69
Cansera	69
En la ñora	70
La barraca	71
En la cieca	73
La novia del soldao	78

Págs.

Tempranico 80
Tate quietecica 81
¡Hija María! 82
Santica 84
A la ru ru, mi nene 86
El calorcico 87
Irse al tallo 88
Palabrica 91
El aullío de los perros 92
Isabelica la guapa 94
La sequía 109
Y la nena ¡al brazal! 110
¡Uno sobra! 112
Gracia de Dios 114
La enramá 116
La reina de la huerta 122
Aleccionaïca 124
Rosica 125
Bendición 133
Deshechica 136
Siempre te conocería 137

TERCERA PARTE: LA CANCION DE LA HUERTA 141
La carta del soldao 141
El esjince 144
Mustia 145
Las borreguicas blancas 146
Los tres nenes 149
¡Tó pomporicas! 150
La risera 152
Ca cosa en su tiempo 155
De casta 156
Rescoldo 158
Náide 159
Guárdame un roalico 160

Págs.

Loco de remate 160
Ya... ¡ni olorcico! 162
El caminico 163
La coplica muerta 164
La nubecica 166
Sin crucecica 170
Es cosa que se vé 172
El sacrificio 173
Canelica 174
¡Pobretico! 175
La cabecerica 177
¡Callá, callaïca! 179

CUARTA PARTE: LAS CARTAS DEL EMIGRANTE 183
Voz de España 183
Cuéntame, viajero 184
¡Ay, calorcico de la tierra! 186
La voz de la tierra 188
Murcia, la de las flores 190
Las malas no son las tierras 191
Cantares 196
Alábega fina 196
La vieja 198
El zagal de los papeles 201
La guerra 203
Tierra de promisión 205
Las golondrinas 211
Ayúdate y te ayudaré 213
La yarará 214
En el desierto 219
El carro triunfante 220
Florecica de almendro 222
Dulce es el agua que corre 223
Abonico 226
En busca del pan 227

Págs.

QUINTA PARTE: ¡ALLA LEJICOS!
COSTUMBRISMO - PAISAJE 229

Mi pueblecico 229
Nacimiento 235
Reyes 238
Carnestolendas 242
Pasión y muerte 245
Calvarios 250
Desde las peñas 257
Animas 259
¡Yo qué sé! 261
Zagalico a por istiercol 263
¡Bonicos y baratos! 266
Arcas cerraïcas 266
Ojo de rayo 268
Los folasteros 270
Los gatos de la tiá Mariá Remedios 273
Seré uno más 276
La madrastrona 278
Los pelirrojos 280
En la plaza 284
La espigaöra 286
Olivares 287
La almazara 293
El retrato 297
El chasco del molinero 298
Don Eduardo el Cura 304
El sastre de Archena 308
Carmencica la Peña 315
Mi tierra morisca 321
Los oäsis de Murcia 328
Tránsito 331
Ejecutoria 333
Oro de mi tierra 335
Envío de este libro 336

ISBN 84-87408-40-0

REAL ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO

Biblioteca Murciana de Bolsillo